

*Ayminda Cangar*



*Tu y Él*

**EL JUEGO**

*Arminda Cangar*



*Tu y Él*

**EL JUEGO**

El

Juego

Tú y Él

Azminda Cangar

El Juego: Tú y Él

Copyright © 2015 Azminda Cangar

Primera Edición Marzo 2015

Todos los derechos reservados.

Bajo las sanciones establecidas en las leyes,  
queda rigurosamente prohibido, la reproducción  
total o parcial de esta obra, ni su tratamiento  
informático, ni la transmisión de ninguna forma o

por

cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros medios, sin el permiso previo del autor. Así como la distribución de ejemplares mediante el alquiler o préstamo públicos.

La licencia de uso de este libro electrónico es para tu disfrute personal. Por lo tanto, no puedes

revenderlo ni regalarlo a otras personas. Si deseas compartirlo, ten la amabilidad de adquirir una copia

adicional para cada destinatario. Si lo estás leyendo

y no lo compraste, ni te fue obsequiado para tu uso

exclusivo, haz el favor de adquirir tu propia copia.

Gracias por respetar el arduo trabajo del autor.

Esta historia es pura ficción. Sus personajes y las situaciones vividas son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con la realidad, es coincidencia.

Las marcas y nombres pertenecen a sus respectivos dueños, son nombrados sin ánimo de infringir ningún derecho sobre la propiedad de ellos.

© Edición y Diseño: Azminda Cangar

© Portada: Daniela Romero

© Idea original: Agatha Damaso

Dedicado

A todas y cada una de mis Mujeres Fénix &  
Amigas, que siempre están dispuestas a soñar  
conmigo y a leer mis locos sueños.

A Agatha y Daniela. Que hicieron este sueño  
realidad.

El Juego es para Ustedes.

El juego del amor no es egoísta.

Tu Juego, Tus Reglas.

Tabla de Contenido

[Prefacio](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[¿El Fin?](#)

[Agradecimientos Especiales](#)

[Agradecimientos](#)

[Azminda Cangar](#)

**Prefacio**

—Que tenga los ojos azules.

Deseó Alex.

—No. Mejor verdes.

Jadeó Owen.

—Ya sé. Uno verde y uno azul.

Los dos adolescentes soltaron una carcajada mientras seguían subiendo y bajando el agarre de su mano.

Bajo la sombra de la luna y las estrellas, y la tenue iluminación de la alberca como compañía, podían hacer lo que ellos quisieran. De todos modos no había nadie que les brindara mucha atención. Y

la única persona que se preocupaba por ellos, ya estaba en la cama desde hacía un par de horas. El siempre fiel Gamble.

—No, así va a parecer tuerta. O azules o verdes.

—Verdes.

Decretó Owen. Alex asintió aceptando la decisión.

—Que sea la criatura más bella en la tierra.

—Que nos lleve al cielo y al infierno.

Siguió deseando Owen.

—Pero que no sea tonta. No sé cómo

soportas a todas esas muñecas. ¿No te cansas de

escuchar estúpideces?

Owen aumentó la velocidad y el agarre. Le faltaba poco para estallar. Acordarse de la última muñeca; Rubia y con mucha carne, justo como le gustaban, le ayudo.

—Tú que las usas para hablar. La rubia tenía un culo bien rico... No te hagas, bien que te la cogiste.

Alex sonrió y jadeó. La rubia se dejaba hacer de todo, para tener diecisiete años contaba con mucha experiencia.

—Me gustó más la pelirroja. ¡Joder! Esas tetas.

Recordar cómo se bamboleaban las tetas de la pelirroja mientras él se la cogía por adelante y Owen por detrás, lo hizo estallar. Un chorro de crema blanca saltó y cayó directo en el agua transparente de la alberca.

Owen gruñó y se dejó ir. Otro chorro de crema caliente cayó en el agua, causando una onda tras otra en el agua cristalina.

—¡Te gané!

Jadeó Owen. Alex negaba mientras se abrochaba la bermuda.

—Estás loco. El mío cayó más lejos.

En realidad no importaba, lo importante era

jugar. Jugar es lo que había permitido que el mundo

no los consumiera.

Owen prendió un porro y se dejó caer de espaldas sobre el cuidado pasto verde. Desnudo y con los pies dentro del agua, dio una primera succión. Alex le quitó el cigarrillo y se lo llevó a los

labios. Después de succionar y que el fármaco invadiera su sistema, volvió a meter los pies en la alberca y se dejó caer junto a Owen.

—De cabello largo...

—Para poder sujetarla.

—Y culo redondo...

—Para poder cogerla.

—Y tetas grandes...

—Para que se muevan en mi cara.

—Que sea inteligente...

—Pero no más que yo.

Las risas murieron cuando Alex volvió a desear.

—Y que nos quiera...

—En la misma medida.

Y las estrellas se los concedió.

**¡Bum!**

**Kaira**

¡Bum! El estallido de mis mundos al chocar fue ensordecedor. Ni Owen o Alex mostraban señales de seguir vivos, fue hasta que mi princesa abrió la boca, que volvimos a respirar.

—¿Quién es el enano gruñón?

¡La madre que la pario!

—¡Sophie!

Finalmente los dos enanos volvieron en sí.

—¿Enano gruñón? No sé.

Owen se agachó y le ofreció la mano a mi chica para presentarse.

—Pero yo soy Owen, Sophie.

Sophie sonrió y tomando la firme mano de

Owen entre sus delicados deditos, se inclinó.

—Yo soy una princesa.

Owen sonrió todavía más y haciendo una ostentosa caravana, se inclinó ante ella.

—Todo un placer, Princesa Sophie.

Mi princesa le indicó que se levantara con un desdeñoso movimiento de mano y cambio su atención al otro enano. Le extendió su manita y con la dulce voz que solo usaba cuando quería algo, le preguntó a Alex:

—¿Tu eres gruñón o dormilón?

¡Que la parto en dos! Afortunadamente

Gruñón sonrió. Se puso en cuclillas junto a Owen

y

tomando la manita de Sophie la besó.

—Me temo que soy gruñón princesa. Pero prometo comportarme hoy.

Mi princesa rio y con un lento asentamiento de cabeza contestó.

—Son lindos los enanos, Ami.

Los

enanos

sonrieron

abiertamente,

dejándome estupefacta. Ya los tenía comiendo de su

manita.

—Y este caballero ¿quién es?

Preguntó Alex dirigiéndose a mi chico.

—No soy un caballero, soy Kurt. A mí no me gustan los juegos de niñas.

¡Diablos! Mi chico traía la espada

desenvainada. Con la mirada única de un niño que está acostumbrado a ser el hombre de la casa, les advirtió.

—Y no me gusta que nadie se acerque a mi

Ami.

Los enanos se vieron entre sí y se sonrieron.

Me pareció ver que en sus ojos brillaba cierto...

¿Orgullo?

—Ami.

Puntualizó Alex.

—En eso estamos de acuerdo con Kurt. A nosotros tampoco nos gusta que nadie se te acerque.

Alex le brindó su mano a mi hijo. Kurt la estrecho e intercambiaron una mirada. Algo paso con esos dos, un acuerdo implícito de que nadie se acercaba a Ami. Cada uno de ellos se iba encargar de cuidar su frente.

—Los intente alcanzar, pero corren como

diablos.

Elena no venía corriendo, venía comiendo un helado con toda la pericia del mundo.

El tono de voz de Owen se endureció en cuanto vio a Elena.

—Tú debes de ser la prima enferma.

Owen me reclamaba sin dirigirse a mí.

Agache la mirada y me concentre en mis chicos.

—¿Yo? Yo no estoy enferma. Estoy

perfectamente sana, buena y disponible.

¡Qué la mato! ¿Quién diablos se creía? Elena

sacó todas sus armas.

Éramos muy parecidas físicamente, la diferencia radicaba en que ella era el espíritu libre que yo nunca fui. Era “artista”, había viajado con mochila al hombro durante toda su vida buscando la inspiración, hasta que se acabó el dinero que heredó de su padre. El día que quiso establecerse, nadie la tomo en serio. Su fama de “alma libre”, tenía marca de abandonar sin avisar, no consiguió trabajo y decidió doctorarse como niñera. Cuando me vi sola, con dos niños a los que alimentar, vestir y educar, Elena alzó la mano y se convirtió en mi niñera, con un horario estricto de nueve a cinco. Y de alimentar a dos, pase a alimentar a tres.

Me llevaba casi diez años, pero se comportaba como si fueran diez menos.

—¡Elena!

Gruñí tratando de persuadirla.

—Preséntame Ami.

—¿Ami? ¿Por qué, Ami?

Owen ignoró completamente a Elena y se enfocó en mí. Esa mirada de “te pasaste” me estaba quemando.

—Porque es mi Mami.

Contestó Sophie por mí. Incluso con sus notorios enojos, Owen dejó escapar una pequeña

sonrisa y Alex una mueca.

—Soy una mami.

Me levante y los mire desafiante. Si, era una mami y también era extremadamente feliz de serlo.

—En casa todos me conocen como Ami.

Alex asintió viéndome a los ojos. Me estaban castigando con la mirada. No quería ver lo que me esperaba cuando estuviéramos a solas.

—Ya que sabemos finalmente quien eres

¿Qué les parece si los invitamos a cenar? Tenemos mucho que platicar.

Owen se dirigió a mis chicos, mientras Alex

no dejaba de verme a los ojos.

—No. No creo que...

Alex alargó la mano y sujetó mi antebrazo firmemente.

—Insistimos.

Ordenó. Como buena niña que soy, acepté la invitación. Alex me tomó de la mano, mientras

Owen agarraba de la mano a mis dos hijos. Toda una

familia feliz.

Nos dirigimos con pericia hacia la Pizzería

Tres, aun con la calma que reflejaba Alex, mi

corazón bombeaba a toda prisa. Nunca, ni en mis

más locos sueños, imagine un escenario como este.

Owen contestando las constantes preguntas de

Sophie y divirtiéndolo a un reservado Kurt.

Tampoco

imagine que Alex y Owen se presentaran así, sin...

sin anunciarse. Esto no era un comportamiento

característico de ellos. Ni de mí. Mis hijos no  
tenían

contacto con ninguno de “mis amigos”, mucho

menos con algún hombre del que estuviera

enamorado. ¡Dios! Y yo no me andaba por las  
ramas,

no era uno, eran dos.

Suspire tratando de ganar un poco de calma.

Sentí la presión de la mano de Alex, y hasta ahí me di

cuenta que mis manos estaban vacías, Alex se había

encargado de llevar mis bolsas. Voltee por un segundo y volví a temblar, cuando vi la reprobatoria mirada de Elena.

Después de que nos dieran mesa, Owen pidiera dos enormes pizzas al gusto de los chicos y Elena se los llevara al área de juegos por “sugerencia” de Alex, me atreví a hablar.

—¿Qué... qué hacen aquí?

Mi voz salió como un lamento. ¡Carajo! No

era momento para convertirme en damisela. Y Alex

estuvo de acuerdo.

—No, no, no Kaira. La que va a hablar corto y directo, eres tú.

Ordenó con su potente voz.

—¿Cómo tienes hijos, sin decirnos?

Agregó Owen. Los dos me veían con mucha intensidad. No les agrado mi pequeño secretito.

Tome valor de mi limonada y me lance al vacío, esperaba que la caída no fuera muy dura.

—Para empezar, no conocen la historia.

Puedes hacer todo “bien” en la vida y aun así

terminar como un padre soltero. Así que eviten juzgar.

Alex empezó a echar fuego por esos ojos azules que me encantaban. Owen parecía más tranquilo. Aunque no baje la guardia, los dos eran unos camaleones si se lo proponían.

—Se los voy a explicar, solo para que desaparezca esa mirada de desaprobación que tienen en esas horrorosas caras.

Alex entrecerró los ojos y acabó de fulminarme con la mirada. Owen hizo una mueca que casi llega a sonrisa. Iba ganando terreno.

—Todos los padres y madres solteros

tenemos colgado del cuello un estigma; Que hemos llegado a donde estamos por estupidez o acciones inmorales, y una bola de estupideces que no vale la

pena mencionar, la gente es muy idiota.

Espere que les llegara el pelotazo, pero fingieron no notarlo.

—Cuando lo único que pasa, es que la vida sucede. Así de sencillo. Nadie es perfecto y aunque

en mi caso fue un embarazo no planeado, fue y es, lo mejor que me ha pasado. He hecho mi mayor esfuerzo para que mis hijos se sientan amados,

protegidos y cuidados. Para que sean felices.

Las últimas palabras salieron un poco entrecortadas.

—Ey, tranquila.

Alex acercó mi silla a la suya y me envolvió con su brazo. Por una milésima de segundo me deje

querer. Enseguida me resistí, no venía sola.

—Tenía veintiún años cuando salí con mí...

gracia. Estaba en la universidad, a punto de

terminar mis estudios como traductora. Un muy

mal momento para estar embarazada. Seguí hasta

donde me lo permitió el embarazo. Cuando llegue

a

casa con una panza de nueve meses mi madre no lo tomo muy bien. Como pude aguante las últimas semanas, nacieron los chicos y cuando salí del hospital no tenía a donde ir. Elena estaba estrenando departamento y me recibió con dos bebes en los brazos y cero dinero en el bolsillo. Obviamente me puse a buscar trabajo como loca. Hice de todo, y poco a poco me fui haciendo de contactos. Cuando supe que el señor Carter estaba buscando una asistente para su hijo, me postule. El motivo por el que me dieron el trabajo,

fue justo por los niños. El señor Carter no pensó que

te interesaras por una mujer con niños. Además, de

que yo no me iba a involucrar con mi jefe, tengo mucho que perder. ¡Este! es el trabajo que me va a

permitir comprar una casa para mis hijos.

—Tus hijos.

Gruñó Alex.

—¿Cómo diablos escondes a tus hijos?

¡Carajo! Estaba que echaba fuego por los ojos.

—No los escondí. Solo no hable de ellos.

Owen...

A

Owen

le

cambió

el

semblante.

Inmediatamente rectifique.

—Cuando empecé a trabajar con Owen y vi su estilo de vida, imagine que lo que menos le interesaba, era saber sobre mis hijos.

Recordé los primeros días, su intento de acercarse a mí y cómo lo rechace. Con una sonrisa

proseguí.

—En su estilo de vida no eran admisibles los niños. Insistí en mi horario y el no preguntó.

—Si pregunte. Y fuiste muy clara al decir que tenías una tía enferma.

—La mamá de Elena estaba enferma. Elena había ido a verla y los niños estaban con la vecina.

Tenía que salir de ahí para poder llegar a corriendo

por los niños. No me iba a quedar y explicar toda la

historia.

—Y supongo que después no surgió el tema.

—No. Me dedique a trabajar y difícilmente nos hablábamos. Por eso tenemos que terminar, yo no tengo relaciones o novios. Y mucho menos con dos personas a la vez.

Alex iba a protestar y lo pare con la mirada.

—Además, de alguna forma entiendo que salir con una madre soltera no es para todos, y honestamente, si a alguien se le ocurre decir que mis hijos son una carga...

Vóltee a ver a Owen directo a los ojos para que le quedara claro.

—Me voy directo a la yugular. Mis chicos

son cosa seria, son lo más importante de mi vida y es imperativo que se les respete.

Owen respondió sonriendo.

—¿Quién es el papá de los niños?

Cuestionó Alex.

—Un imbécil que solo dejó humo cuando le dije que estaba embarazada.

—¿No tienes ningún contacto con él?

El abogado Northman se hizo presente.

—No. Desde un principio dejó claro que estaba sola. Me pidió que abortara, me negué y desapareció. Fin de la historia. Los niños están

conscientes que son solo míos.

—¿No pediste manutención?

—No. Nada. Era joven, pero no estúpida,

Kurt y Sophie son solo míos. Él no tiene ninguna obligación y por lo tanto ningún derecho.

Mi abogado anoto los hechos en el acta y prosiguió.

—¿Registrados a tu nombre solamente?

Asentí

ligeramente.

Alex

me

estaba

impresionando. Era el más frío y se estaba preocupado por la seguridad de mis hijos. Una llamarada se prendió en mí. Inoportuna, pero muy intensa.

—Él no puede llegar a reclamar nada. Lo último que supe de él, es que había dejado la escuela y regresado a vivir a Kentucky... No hay ningún tipo de drama con él.

No supe interpretar sus expresiones, no me dejaron ver si mi explicación les había convencido o no.

El ambiente se relajó notablemente cuando

Owen volvió a hablar.

—¿Algún otro secretito?

Negué apuradamente. Con el que acababan de descubrir era más que suficiente.

Dormilón acarició mi mano con la punta de su dedo índice. Solo una diminuta línea que prendió fuego en toda mi piel.

—Estas excitada.

¡Dios! Owen me conocía perfectamente. No era pregunta, era la razón de que mi cuerpo se prendiera hablando.

Sabía que mi relación con ellos había

acabado. Cometí el grave error de romper las reglas

y enamorarme. Nadie quiere jugar con el

participante que rompe las reglas y aunque eso

doliera como el infierno, era lo más sensato. Por millonésima vez me recordé que debí ser más

inteligente y correr en sentido contrario cuando los

vi venir, aunque muy dentro de mí, sabía que ellos

no me iban a dejar ir.... hasta que ellos lo decidieran.

—Un poco...

¿Para qué negarlo? Los dos sonrieron

diabólicamente. ¡Malditos!

—Pero eso no cambia nada, así como  
ustedes tampoco cambian.

—¿Ahora que hicimos?

Preguntó casi indignado Alex.

—¿¿Qué hicieron?! ¿¿Qué no hicieron?!

Abrieron la boca con indignación. ¿De veras  
no se daban cuenta o me había enamorado de un  
par  
de enanos idiotas?

—¿Cómo sabían que estaba aquí? ¿Dónde  
está el tiempo que me iban a dar?

Y que yo iba a usar para huir.

—Les dije que mañana hablábamos, ¡Ah!

Pero no. Ustedes quieren, Ustedes tienen, ¿Verdad?

Vi la lucha que tenían por imponerse, pero

esta la tenía ganada y ellos lo sabían. Alex sacó el teléfono y marcando un solo número, ordenó.

—Dejate ver.

Owen levantó la mano y señaló una mesa en

la esquina del restaurante. De ahí se levantó el

enorme cuerpo de Anthony Nash. Con su

inmaculado traje negro y sus lentes oscuros, era

enorme y sin embargo se perdía entre la gente como

una sombra. Increíble.

—¿Siempre me está siguiendo?

—Siempre te está cuidando.

Rectificó Owen. Levante la mano y la moví saludando a Tony, que muy correctamente regresó el saludo con un asentamiento de cabeza.

Me llevó un segundo darme cuenta que era una perfecta idiota.

—O sea que Ustedes ya sabían de los chicos.

¿Desde cuándo?

Tuvieron el acierto de verse contrariados.

Eso no redujo la molestia que bullía cada vez más fuerte en mi cuerpo.

—Desde el principio.

—¡¿Desde el principio?!  
—¿Desde el principio?!

No pude evitar el grito hacia Alex.

—Tienes que entender Kaira...

No cariño. Estaba muy enfadada, pero

enseguida brinque al no escuchar el apelativo con el

que me hablaba. ¿Tan rápido se alejaban de mí?

Era

de esperarse...

—debemos tener mucho cuidado con la

gente que trabaja con nosotros. Y más, si viene de la

mano de Charles.

—¿Creyeron que los espiaba para Charles?

Esa fue la gota que derramo el vaso. Me

levante y tomando las bolsas a tropezones les llame

a mis chicos.

—¡Sophie, Kurt, es hora de irnos!

Mis chicos corrieron y sin rechistar se

pusieron los abrigos. Ellos sabían que no debían

contradecirme cuando usaba el tono de voz de “ya,

es ya”, algo que todavía no aprendían Owen y

Alex.

—No te puedes ir.

Se quejó Alex.

—¡Siéntate!

Le gruñí a Owen, cuando intentó detenerme.

—Chicos, despídanse del señor Carter y del señor Northman, por favor.

Espere lo justo para que los chicos le dieran la mano a los enanos y salí con una mano llena de bolsas y con la otra sosteniendo a Sophie que brincoteaba llena de energía. Elena venía a mis espaldas con su acostumbrada languidez, tomando de la mano a Kurt.

Pase por la mesa donde había visto a Tony y ya estaba vacía, se había convertido nuevamente en sombra.

**Al día siguiente**

**Kaira**

Me senté en la cama pocos minutos después de que los niños salieron para el colegio. A esta hora salía rumbo al trabajo, era la hora donde mis hormonas despertaban, donde dejaba de ser Ami, para convertirme en Kaira. La nostalgia se instaló en mi pecho en forma de un nudo, grueso, pesado y tirante. Una noche de sufrimiento no iba a ser suficiente para olvidar. Las lágrimas se empezaron a formar nuevamente y por instinto de supervivencia me levante de la cama.

No me podía permitir rebozar en la tristeza.

Eso era un lujo que no podía tener. Mi cuerpo pedía

a gritos llorar, berrear si era necesario, olvidarme del universo a base de tequilas, revolcarme en la miseria con canciones de Adele y Amy Winehouse, y

luchar conmigo misma para no mandar un texto o hacer una llamada que solo alargaría más el dolor.

Todo eso era un lujo que yo no tenía, lo que tenía, era a dos personitas que dependían completamente de mí y que no les podía fallar.

Obviamente ya no podía regresar a trabajar al penthouse, si regresaba, no iba a trabajar, iba a coger como animal herido. Y si me mantenía en esa

cama, simplemente no me iba a levantar hasta que llegaran los chicos del colegio y me encontrarán con

la pijama puesta y los ojos hinchados de tanto llorar.

Opte por lo más sensato, ir de compras.

Era medio día y las tiendas ya estaban abarrotadas

de

compradores

ansiosos

por

deshacerse de su dinero. Recorrí un par de tiendas

buscando los obsequios perfectos de navidad para los chicos, comprar amor siempre ayuda en estado de depresión.

Aun con el traicionero de mi corazón, que no permitía que me olvidara del dolor y que cada vez que pasaba enfrente de una tienda de caballeros, el cuchillo se retorciera en mi pecho al imaginarme a Owen y Alex con la ropa del aparador,

logré mi cometido. Sin darme cuenta, pasaron dos horas y mis manos ya no podían sostener tantos paquetes.

Afortunadamente

contaba

con

unos

ahorros, el adelanto para la casa de mis sueños, se convirtió en el salvavidas perfecto para sobrevivir

la ruptura, las fiestas y buscar trabajo hasta Enero.

Encontré espacio en una de las mesas del

área de comida rápida del centro comercial y saque

el teléfono. Lo había apagado después de la quinta llamada de Owen y la tercera de Alex, ellos no iban a

dejar de insistir y yo necesitaba olvidarme de ellos,

era apagarlo o tirarlo por la ventana.

Dude un segundo con el teléfono en mano,  
lo más sencillo era prenderlo y pedir se número.

Pero opte por lo más insano, voltee hacia atrás y  
grite fuerte y claro:

—¡Tony!

Para mitigar la mirada reprobatoria de los  
comensales, Tony salió de atrás de una columna y  
se

dirigió hacia mí con pasos apresurados.

—¿Esta bien? ¿Necesita algo?

Le sonrío y estirando mi cuerpecito le di un  
beso en la mejilla como saludo.

—Que almuerces conmigo, odio comer sola.

—Oh...

Lo deje sin palabras y eso me ayudo a que bajara la guardia.

—¿Qué quieres? Tenemos comida mexicana, china, japonesa, italiana... pizza, ensaladas...

Dije, observando los stands de comida rápida.

—¿Usted que va a querer?

Preguntó con el centinela en estado de descanso.

—Primero que me llames Kaira. No me

gusta que me hables de Usted ¿Cuánto me llevas?  
Un

par de años a lo más. Soy Kaira y tú eres Tony

¿Trato?

Extendí la mano y afortunadamente se dio cuenta de que no iba a ceder y él cedió por mí.

Tomo mi mano y con un fuerte apretón cerramos el trato, ya éramos amigos.

—Para mí está bien una ensalada Kaira.

Hice un guiño y camine hacia el stand de las ensaladas. Mientras esperaba en línea, lo voltee a ver y me percate que no dejaba de escanear el área,

su cuerpo no se relajaba, ni siquiera sentado en la diminuta silla del comedor perdía esa aura de animal al asecho con la que se vestía.

—¿Estuviste en la marina o en el ejército,  
Tony?

Pregunte, organizando los platos y las  
bebidas en la diminuta mesa.

—Preferiría no hablar de eso, Kaira.

Me senté y disculpe, a veces cruzaba la línea  
de lo “correcto” con suma facilidad.

—Me parece perfecto. Perdón, a veces soy  
un poco... Sophie.

Sonrió y me supe perdonada.

—¿Entonces eres mi sombra?

Si ya me caía bien, con el sonrojo que le

cubrió las mejillas mientras asentía y agregaba aderezo a su ensalada para distraerse, me ganó.

—Mis hijos no tienen sombra ¿Verdad?

—Por el momento, no.

Huy, esa contestación no me sirvió de mucho.

—¿A quién le reportas? ¿A Alex o a Owen?

—A los dos.

Reconoció, recuperando la compostura.

Guarde silencio, mientras empezábamos a comer nuestras respectivas ensaladas.

Tenía dos opciones: Me enojaba todavía más

con Owen y Alex o convertía a Tony en mi aliado.

Lo segundo me pareció lo más sensato. Me convenía

tener a un aliado, algo me decía que Alex y Owen no

iban a ser sencillos de vencer.

Pasamos lo que restaba del día juntos. Yo

comprando, el cuidando mis espaldas y cargando las

bolsas. Sabía que me acompañaba porque era su

trabajo, pero me gustaba su presencia. Me entere

que estaba casado y tenía una niña un poco mayor

que los míos.

Al llegar a casa, tenía a un aliado y lo más

importante, a un amigo. Aunque dejó claro que seguía trabajando para Owen y Alex, y que tenía que seguir reportando mis movimientos.

Sé que debía estar indignada con los Owen y

Alex, pero muy en el fondo, me sentía alagada de que se tomaran tantas molestias por mí. ¡Maldito corazón de mierda!

## **Al día siguiente**

### **Alex**

Deje el insípido café sobre el escritorio, sin dejar de observar el blanquecino lago Michigan.

Desde la posición de mi oficina, podía ver prácticamente todo el lago. Incluyendo el

penthouse, que estaba a unas calles del edificio  
Carter.

No llegó y algo en mi interior murmuraba  
que no iba a regresar. Solo los continuos reportes  
de

Tony mantenían un poco de cordura en mi cabeza.

La única razón para sonreír se había despedido de  
nosotros. Botados como basura, abandonados  
como

perros, no era una sensación nueva y no por ello,  
dejó de doler.

Desperté solo en una cama vacía, con olor a  
ella. Si cerraba los ojos podía sentirla, olerla,  
saborearla.

El timbre del teléfono interrumpió el sueño  
y la miseria. El cielo y el infierno.

—No llega.

Se quejó Owen.

—Ni llegara.

Guardamos silencio. Por primera vez no  
sabíamos qué decir, qué hacer. Kaira acabó con  
nuestras voluntades y nuestro cerebro. Volvimos a  
ser un par de chiquillos sin rumbo, ni dirección.

—¿Qué vamos a hacer?

¿Qué íbamos a hacer?... Después de matarla,  
amarla.

—Lo único que podemos hacer: Perseguirla, atarla y castigarla. Y cuando acabemos, encerrarla bajo llave para que entienda el mensaje.

Con un rechinado de dientes, Owen aceptó mi propuesta.

—Suen a plan.

Justo antes de que colgara, lo pare.

—Antes tenemos que hablar. Quitate la pijama y trae tu trasero a la oficina.

—¡No estoy en pijama!

Su queja me hizo reír. Después de todo, Owen también me hacía reír.

—Aquí te espero.

Colgué el teléfono y como si fuera un imán, mi mirada se clavó en la foto de Kaira. Se la había hecho en la habitación de su oficina, desnuda, amarrada y vendada. Era la mujer más bella del planeta. Tan jodidamente bella. Con esos carnosos labios que tan bien sabían besar... chupar, que siempre me daban la bienvenida. Con solo verla, me endurecía. Respire profundo para controlarme o tendría que usar el baño y desahogar un poco de presión. Lo dicho, maldita mujer.

—¡Carla!

—Dime Alex.

Carla entró a la oficina con su acostumbrada eficacia. Ágil, inteligente y confiable, así era Carla.

—Cancela mis citas de la mañana. Owen no tarda en llegar y necesito tiempo para hablar con él.

Asintió y se acomodó los lentes.

—¿Es todo?

Negando, dije lo que nunca antes había dicho:

—Convoca a una junta con los directores de todas las áreas... Este año, vamos a tomar

vacaciones.

Sus ojos se agrandaron llegando a la comicidad.

—Vamos Carla, no es la primera vez que te doy vacaciones.

—No. Pero si es la primera vez que tú las tomas. ¿Estás bien? ¿Estás enfermo?

Olvido su papel de empleada y se sentó frente del escritorio. Me deje caer en la silla a lado suyo y suspire. ¡Suspire! Maldita sea, si me descuidaba mis pelotas se iban a convertir en ovarios.

—¿Es Owen?... ¿Una mujer?

Inquirió finalmente dando en el clavo.

—¡Oh, por Dios!

Se levantó y cerró la puerta de la oficina, yo seguía viendo al infinito cuando se volvió a sentar a lado mío.

—¡Estás enamorado!

—No suenes tan impresionada, no es para tanto.

Levante un hombro para darle énfasis al “no es para tanto”, que solo confirmo que estaba arrastrándome con corazoncitos en los ojos.

—¿Quién es? ¿Dónde la conociste? ¿El amor es correspondido?

Levante la mano para que se callara. A veces regresaba en el tiempo y volvía a ser mi niñera.

—Owen me dijo que la conociste en el penthouse.

—¿Su asistente? ¡Oh, es guapa!

Sí. Kaira era bella desde todos los ángulos:

Inteligente, graciosa, cariñosa y con unas tetas y un culo, de aquí me muero.

—Pero...

pero

Owen

también

está

enamorado de ella.

Expresó con preocupación.

—¿Por qué lo dices?

De algo servía tener ojos en todos lados. Te daba información clasificada. Carla ni siquiera lo dudo, me dio los datos que necesitaba.

—Fue notorio. Se le ilumino la mirada en cuanto la vio. Su postura cambio, se volvió protectora. Ni siquiera me volteo a ver cuando ella

subió a la oficina, la siguió como un cachorrito tras

su dueña. Supuse que iban a tardar y me fui sin esperarlo... Venga, que había tanta electricidad, como para abastecer todo Chicago.

—¿Y ella?

Carla lo dudo. Su mirada se dirigió al techo, al piso, a todos lados menos hacia mí. Eso confirmaba que Carla seguía siendo mi niñera, por más que yo creciera.

—Está bien Carla, puedes decirme.

Suspiró y finalmente me vio a los ojos.

—A ella se le cayó la cara. Supongo que se

imaginó que yo era una de las muñecas de Owen.  
Su

mirada lo decía todo, estaba herida. Y no herida  
por

el orgullo, sino por algo más... Ella también lo  
veía

con amor.

En vez de sentir molestia, sentí alivio. Si

Kaira amaba a Owen, existía la posibilidad de que  
nos aceptara.

—Pero eso no es bueno para ti. Si ella está  
enamorada de él, entonces no...

Bufé con su conclusión. ¿Si ella estaba

enamorada de él, entonces no podía estar

enamorada de mí? ¡Joder con las normas sociales!

¿Dónde estaba escrito? ¿Quién lo decía? Kaira podía

no solo con Owen y conmigo, también tenía a los mellizos. Tenía tanto amor, que inclusive le tocaba a

Gamble, a la perra de su prima, Kaira podía amar a

todo el jodido planeta si se le daba la gana, así de grande era su corazón.

Antes de que el temperamento me ganara, la

despache. No iba a perder tiempo en explicarle que

en el juego, cada quien pone las reglas.

Owen llegó quince minutos después, un

poco más ojeroso de lo habitual y con el interruptor

apagado del buen humor.

—Hablale y dile que no me puede dejar así.

Ordenó, en cuanto cerró la puerta de la oficina. Ahí estaba junior.

—¿Por qué no le hablas tú y se lo dices?

Alguien tenía que guardar la calma y para no variar, me tocaba a mí. Deje a un lado la laptop y observe como se retorció en la silla. Se levantó y camino de un lado a otro con la mirada perdida. Y no con su usual caminar de lobo al acecho, sino como un cachorro herido. ¿Así me vería yo también?

—¿Crees que no lo he intentado? Le llame, le mande mensajes, inclusive le mande un email y nada.

Volvió a sentarse con expresión cansada.

Nunca lo había visto así, y mucho menos por una mujer.

—Owen... ¿Esto es lo que quieres?

Me volteo a ver, sin descifrar a dónde iba.

—Creí que estábamos de acuerdo. ¿Tú no la quieres?

—Oh, yo si la quiero, sin duda... Pero yo no la quiero solo para coger, yo la quiero conmigo.

—¿Solo contigo?

El temor en su voz, me causo risa.

—Y contigo... si tú la quieres como yo.

Medito mis palabras y me vio confundido.

—No entiendo lo que quieres decir.

O no quería discutir. Uno de sus mayores debilidades eran las confrontaciones, odiaba discutir. Prefería ir por el camino fácil.

—Kaira tiene hijos. No es una mujer para coger y dejar. Es una mujer con responsabilidades.

Y yo quiero compartir sus responsabilidades... ¿Y tú?

Ví claramente la tensión en sus ojos. Frunció los labios de una manera extraña, por un momento pensé que se iba a echar a llorar. Siguió sin decir palabras y la tensión creció. Esto podía romper todo.

—Los niños... ella no va a dejar a sus hijos.

Le aclare.

—No, claro que no.

Bueno, sabíamos algo en común.

—¿Te molestan los niños?

Bajo la mirada pensativo. Después de unos segundos que se me hicieron eternos contestó:

—No, no me molestan, ni me incomodan.

Ella es ella con hijos o sin ellos... Yo la quiero a ella.

—Pero ella viene con hijos.

Recargo la cabeza en el respaldo de la silla y bufó.

—¿No te puedes quedar con los hijos y yo con ella?

—¡Imbécil!

Era un imbécil y también mi hermano, fue imposible no reír con él.

**Al día siguiente**

**Owen**

No podía creer que simplemente se negara a

vernos, a contestar el jodido teléfono. Podíamos plantarnos en su casa, pero eso era un poco maniático y demasiado desesperado. Además, de esa

manera no podíamos evitar a Sophie y a Kurt. Y todavía teníamos que arreglar ese... detalle.

Mientras Alex se deshacía del último

director de “algo”, me enfoqué en apreciar la nevada vista de Chicago. Parpadee varias veces tratando de enfocar el mundo, inclusive eso también estaba perdiendo el foco, decolorándose y oscureciéndose como una fotografía antigua. No podía sacarme de la cabeza a Kaira, su aroma, su

sedosa piel en las yemas de mis dedos.

Mi pecho empezó a doler nuevamente, el

vacío que se había instalado ahí desde que salió del

penthouse tres días atrás, cada vez crecía más. Se me dificultaba respirar, suprimir la angustia al

pensar que ya no la iba a sentir, a oler, a saborear.

¡La maldita me iba a matar y ni siquiera contestaba

las llamadas!

El pitillo de un teléfono me sacó de mi nube

y volví a tierra. Carla entraba y salía de la oficina con papeles en mano. ¿Cómo lo hacía Alex? Se veía

tan... tan en su reino. Firmando documentos,

tomando decisiones, siendo el rey del Grupo Carter.

Y yo me sentía completamente jodido.

Tal vez yo la quería más que él. Así no

sonaba tan descabellada mi idea; él los hijos, yo a la

madre... sonaba completamente equitativo.

Otro pitillo sonó y vibró en mi pantalón. La

fotografía de Kai apareció en la pantalla y por un largo segundo el mundo volvió a tener color,

después apareció el nombre de mi padre y todo

volvió a ser gris. Definitivamente estaba perdiendo

la razón.

—¿Qué quieres?

—Buenos días, hijo.

¡Mierda! Charles había despertado en plan padre.

—¿Qué quieres?

Hubo un gruñido de enojo del otro lado de la línea y eso, aunque infantil, me daba cierto ánimo.

—¿Quiero saber cuándo puedes recibir a tu nueva asistente? Ya hice un par de entrevistas y tengo una candidata perfec...

—¡Ya basta!

Toda la tensión, la furia comprimida por la

partida de Kaira explotó y Charles lo iba a pagar.

En

realidad era su culpa, si no hubiera mandado a Kaira

al penthouse, yo no me sentiría tan jodido.

—¡Soy perfectamente capaz de contratar a

mi personal! ¡Ya basta de intentar meterte en mis asuntos! Joder padre ¿no te da vergüenza tratar de robarme?

Hubo un largo silencio. Escuche que la

puerta de la oficina se cerraba y que Alex finalizaba

una llamada.

—No quiero que te metas en mis asuntos. Lo

he permitido porque mi madre me lo ha pedido,  
pero ya basta. Ya no más...

Espete con voz cansada. Una pesada loza me cubrió los hombros y de repente me sentí muy cansado.

—Por favor mantente alejado de mí, de

Alex, del trabajo. Gasta el dinero que le damos a mamá y piérdete en Europa o Asia...

No tardo en convertirse en lo que él realmente era.

—¿Esto es por tu asistente? ¿Por Kaira?

¿Crees que ella es diferente? Es un capricho y nada

más. En unos días la olvidas y te consigues otra.  
Ella

ya te olvido, ya está trabajando con Márq...

No espere a que escupiera todo el veneno.

Simplemente le colgué e inmediatamente le marque  
a mi madre.

—Querido...

Eran las diez de la mañana y ya estaba  
borracha. Una madre ejemplar.

—Se cerró el grifo. Ya no cuentas con la  
mensualidad de tu marido. Y si quieres seguir  
recibiendo la tuya, vas evitar marcarme o marcarle  
a Alex rogando dinero para Charles. ¡Se acabó!

¿Entendiste?

Tenía que asegurarme que escuchara. A veces se olvidaba de las llamadas y de lo que hablábamos.

—¿Qué les hizo?

Preguntó “casi” preocupada, y yo “casi” le creí.

—No madre. No es lo que me ha hecho a mí o a Alex, es lo que le hizo a la familia. Lo que te hizo a ti.

Por un segundo, solo por un segundo deje que la esperanza creciera en mí, que mi madre

reaccionara, que no me iba a topar con pared,  
como

cada vez que intentábamos ayudarla. Pero solo fue  
eso, un simple segundo de esperanza que mi madre  
se encargó de romper.

—¡A mí no me ha hecho nada! Ustedes  
siempre han sido melodramáticos. Su padre es un  
buen hombre. Lo mejor que nos pudo pas...

Escuchar el mismo discurso un millón de  
veces es suficiente, tuve que callarla.

—Ya te advertí. Se cerró el grifo. Que pases  
buen día.

No espere el reproche que continuaba y

colgué.

—¿Qué dijo Charles para que te pusieras así?

Preguntó Alex con su voz de mando y de hermano mayor.

—Ya está buscando el remplazo de Kaira. Y también que Kaira está trabajando con Márquez.

Una sombra roja empezó a cubrir su piel.

¡Ja! Alex estaba igual de jodido que yo.

Y aunque me gustaba que estuviéramos enamorados de la misma mujer, no me hacía gracia la idea de que estuviera sufriendo igual que yo. Porque esa era la palabra, estábamos sufriendo

como un par de adolescentes enamorados. Esa mujer

nos convirtió en un par de adolescentes atrás de la chiquilla en turno, con tirones de trenza y todo.

—Vamos a hacer que Kaira recupere la razón.

Declaró firmemente. Acepte, acercando mi cuerpo al escritorio. Esa mujer tenía que recuperar la razón, sino quería que nosotros la perdiéramos.

El replique de la llamada solo sonó una vez, Tony contestó todo propiedad.

—Señor Northman.

—Tony, comunicame con Kaira.

—Un segundo.

Se escucharon un par de pasos y el

murmullo de un par de voces. El “No quiero hablar

con ellos” sonó como música para mis oídos, la VOZ

de Kai me encantaba. Era una mezcla de ronroneo y

sensualidad que se acrecentaba cuando estaba enfadada, justo como ahora.

Tony tuvo que decirle un par de cosas más, y finalmente su voz surgió del manos libres.

—No quiero hablar contigo.

Gimió contenida.... Mi Kai.

—¿Cuál es tu plan? Independientemente de nuestra relación, tienes un trabajo al cual responder. No puedes dejarlo así porque sí.

Alex uso la voz de amo y señor. Nunca fallaba.

—Tienes razón. Disculpa...

Kai guardo silencio y nosotros paramos de respirar.

—¿Owen esta en casa?

Mi corazón se hincho al oír mi nombre en sus labios. Me llenaba de orgullo, de posesión.

Empezaba a tener la sospecha de que esa mujer me

había embrujado.

—Sí. ¿Lo quieres ver?

—¡No!

Y mi corazón se desinfló. Fue visible mi pesar, porque Alex con un puñetazo en el brazo me dijo que no desesperara.

—Puedo arreglar que el penthouse se quede vacío.

—Te lo agradecería...

Me pareció que Kai estaba sufriendo igual que nosotros, su voz se oía apagada, no con esa efervescencia que nos hacía brincar.

—Recojo lo que tengo pendiente y te lo llevo a la oficina. Mandame un mensaje...

—¿Cómo te lo mando, si tienes el teléfono apagado?!

Ahora fui yo el que le dio un puñetazo en el brazo, a Alex se le acababa la paciencia. Suspiró y retomó el control.

—Disculpa...

Kai no respondió, la llamada no estaba funcionando como estaba planeado.

—En cuanto el penthouse se encuentre vacío, te mando un mensaje con Tony.

—Está bien.

Susurró Kai con la voz entrecortada. Mi corazón se volvió a contraer, no quería que ella sufriera. Causarle dolor era lo último que quería causarle.

El inconfundible pitido de la línea muerta nos avisó que había cortado la llamada. Aun así, ninguno pulso el botón para colgar. Era como desear que el eco de su voz volviera a surgir del teléfono. Eso confirmaba que éramos un par de imbéciles.

Finalmente Alex colgó y como idiotas, suspiramos con anhelo. Nuestra carcajada retumbo

en la oficina como bomba en el desierto, teníamos muchos años de no reír con esa libertad, con esa pureza. Kaira nos hacía reír, sufrir, vibrar... nos hacía vivir. No solo se trataba de sexo, se trataba de ella.

## **Por la mala**

### **Kaira**

El silencio del penthouse me dio la bienvenida. Las puertas del elevador se cerraron, y la estancia quedo en penumbras, así como el mundo.

Era medio día y parecía media noche, por los ventanales no entraba luz, solo sombras. Lo que

una

vez me pareció el cielo, ahora era el infierno.

Sin prender las luces vague por la estancia.

Con los dedos roce las fotografías de la chimenea,  
la

coqueta sonrisa de Owen y la enérgica mirada de

Alex vibraron bajo mis yemas. Me recompuse con

trabajo, no podía tirarme a llorar en la estancia,  
Owen podía llegar en cualquier momento.

Subí las escaleras y entre a mi ex oficina

confiada de mi soledad. No imagine lo que me  
esperaba.

Di un pequeño grito justo antes de que la

armadura que era el cuerpo de Alex me atrapara por

la espalda, cubriendo mi boca para ahogar mis gritos y ayudando a Owen a atar mis manos.

Empecé a patear, a luchar para que me liberaran.

La adrenalina corrió por mis venas a raudales.

En cuanto Owen sometió mis manos,

levantó mis piernas y con el apoyo de Alex me

llevaron a la habitación trasera de la oficina.

Sabía lo que iban a hacer, sabía lo que ellos

querían de mí y lo que mi traicionero cuerpo

deseaba también. La adrenalina se convirtió en

excitación y se extendió por mi sistema a la

velocidad de la luz, Owen desabrochaba mi blusa  
y

liberaba mi busto de los confines del sostén con  
manos imperiosas. Viéndome a los ojos y de un  
solo

lametazo lleno mi pecho de deseo.

El “¡No!” quedo ahogado bajo las manos de

Alex. Yo no quería ceder, no quería perder.  
Aunque

nadie le aviso a mi cuerpo que se mostraba más  
que

deseoso por participar en su juego. Fue tal el  
anhelo

de mi cuerpo, que resulto doloroso.

No les gustó mi reacción. Alex me apretó

todavía más hacia a él, y los movimientos de Owen

para desnudarme se volvieron más animales.

Fue cuestión de dejarme desnuda, para que

Alex se dejara caer en la cama conmigo entre sus brazos. Owen separó mis piernas y por primera vez

sin mi autorización, llevó su boca al centro de mi cuerpo.

Los lametazos eran cadenciosos, subían y bajaban creando oleadas de placer indescriptibles.

Fue nublando mis protestas a base de mordidas, de succiones, de saborear cada gota de humedad que mi cuerpo creaba. Alex ya no atrapaba protestas

bajo su mano, atrapaba gemidos, jadeos de necesidad. Mordí ligeramente su mano y me respondió acariciando mi piel; abandono mi boca, para recorrer el camino que lo llevaba a mi pecho. Apretó uno de los endurecidos pezones y por un segundo me deje caer. ¡Dios, que me lleve el Diablo!

Ya nada importaba.

Volví en mí, cuanto sentí que se avecinaba el primer orgasmo. Luche y logré detenerlo a tiempo, justo a tiempo para no perder.

Owen subió por mi cuerpo, hasta que logré ver el azul tormentoso de sus ojos.

—¡No! Estás luchando contra nosotros.

Puedes decir tu palabra de seguridad o puedes obedecer, pero no puedes luchar. Dila ¿Cuál es tu palabra? ¡Dila!

Guarde silencio, luchando conmigo misma.

—Voy a hacer que supliques por nosotros.

Amenazó. No quise decir nada. No pude decir nada. ¿Cómo me resistía a lo que más quería?

Alex empezó a besar mi cuello, a

mordisquear la piel que se estremecía con su calor,

mientras Owen regresaba su boca a la parte baja de

mi cuerpo. Pequeñas lamidas, largos lametazos, todo para mantenerme al borde de la locura. Mi cabeza cayó hacia atrás, justo en medio del pecho de Alex, que seguía sosteniendo mi cuerpo con sus largos brazos, creando una jaula de amor a mí alrededor.

—Dale lo que quiere, cariño. Lo necesitas y nosotros te necesitamos... ¡Joder! voy a morir si no puedo tenerte pronto. Te deseo... Te he extrañado tanto.

Murmuró Alex en mi oído. Yo también iba a morir si no entraban en mí pronto.

—Por favor, Owen... Por favor, haz que  
acabe.

Rogar era lo único que me quedaba. Owen  
se apiado de mí. Me penetro con sus dedos y me  
dejó caer en la profundidad infinita del placer. Una  
ola tras otra me regresaba a la vida. En cuanto  
terminaron las contracciones de mi interior,  
levantó  
la mirada y abandono mí empapada intimidad.  
Abriendo ligeramente los ojos, alcance a  
percibir mi excitación brillando sobre sus labios,  
los  
volví a cerrar para no volverme loca. Los  
deseaba,

los deseaba como demente.

—De nuevo.

Gruñó Owen. Todas las terminales nerviosas de mi cuerpo vibraron en respuesta.

—¡No! Owen, por favor.

No estaba segura de poder soportar otro. Mi cuerpo zumbaba, me sentía despojada, desnuda, perdida hasta el alma.

—Una vez más, Kai. Te lo dije. ¡Hasta que supliques por nosotros! No me gustó que nos abandonaras.

Su boca se adentró en mi coño, y con su

lengua cerco toda posibilidad de lucha. No había nada más que hacer. Simplemente me rendí.

Los dedos de Alex no le dieron tregua a mi busto, ni su boca a mi cuello. Mi respiración volvió a

entrecortarse cuando los dedos de Owen rozaron el

punto arcoíris. La conexión se apodero de nosotros,

ese hilo invisible que me unía a ellos, tan de ellos, se

volvía más fuerte, más irrompible. No pude evitar sentir miedo. En cierta forma, estos dos hombres me completaban y a cambio, yo los completaba a

ellos. ¿Cómo los iba a olvidar?

Sabía lo que ellos querían; Querían que mi entrega fuera total. Querían que dejara de lado el miedo, las heridas, las dudas. Y abrazara lo que podíamos tener juntos. Mis lágrimas salieron a flote cuando volví a caer de la cima.

Me estremecí mientras mi ritmo cardiaco se regularizaba. Más allá de cualquier orgasmo, esa conexión era lo que más anhelaba. Mi corazón estaba ganando terreno, se estaba dejando conquistar.

Con mi rendición en su boca, me deje llevar.

Ellos eran mi guía, las estrellas en el cielo para que

no me perdiera. Me besaron despacio, con calma, sin

prisa, saboreando la sensación de dulzura y que creció poco a poco hasta transformarse en locura.

No había suficiente piel, suficiente calor, suficiente tiempo, suficiente vida. Solo ellos, ellos y

el amor que sentía que explotaba en mi pecho. Me hicieron el amor despacio, rápido, por turnos, al mismo tiempo. Me hicieron de ellos con todos los sentidos hasta que la pasión mermó y solo quedaron

tres corazones heridos.

—El juego me sobrepaso. Ya dejó de ser un juego y se está convirtiendo en una pesadilla. Todo me duele... me duelen.

Desnudos, con el aroma a sexo invadiendo nuestros pulmones, y cubriéndome con una simple sabana, era el peor de los momentos para hablar.

—Escuchame... por favor.

Cerré la boca y calle todos mis miedos. Alex se sentó viendo hacia mí, tomó mi mano y se la llevó al pecho.

—Muerdo de celos solo de pensar que alguien más pueda desnudarte, que alguien más se enamore

de ti.

La tensión en Owen creció con las palabras de Alex. También se sentó, recargo la espalda en la cabecera y con un movimiento que me hizo jadear, me sentó entre sus piernas. No sé por qué —bueno si sé, pero no quiero pensar que sé—, deje la cabeza caer en su pecho y me abrí a lo que decía Alex, escuchando el fuerte corazón de Owen como fondo.

—Vas a deslumbrar a alguien más y ese alguien no va a ser tan imbécil como nosotros. Él va a hacer que nos olvides, que puedas vivir sin

nosotros, cuando nosotros no podemos respirar sin ti.

Los brazos de Owen me aprisionaron dolorosamente.

—No lo podríamos soportar Kai.

Susurró Owen pegado a mi cabello. Owen y

Alex estaban locos. ¿Eso es lo que les preocupaba?

¡Eso era una locura! Eso nunca iba a pasar.

—A pesar de lo que digas, yo sé que tú nos quieres. Aceptanos cariño, no nos hagas sufrir.

Sufrimiento, maldito sufrimiento.

—No... no puedo.

No podía ¿De verdad no podía? Mi cabeza

no podía funcionar si estaba bajo las sábanas con ellos. Su calor, era mucho más de lo que podía manejar.

—Vamos a vestirnos, así no puedo hablar.

Sin medir más palabras salí de la cama. Y

para acabar con mis defensas, ellos me siguieron sin

rechistar.

**Te amo**

**Alex**

Recién bañada, envuelta en capas y capas de

ropa y en el balcón con el helado aire de  
Diciembre

como compañía, fue como conseguimos entablar una conversación sin quitarle la ropa.

—No podemos tener una relación. Yo soy solo sexo para ustedes. Y ya rompí las reglas, ya me

enamore. Ya perdí. Mejor lo aceptamos y cada quien

sigue por su camino; Ustedes durmiendo con todas las muñecas del planeta...

Tan solo con decirlo, se le descomponía el semblante.

—y yo criando a mis hijos.

Espere a que acabara su monologo para

poder contradecirla. Había salido de la cama como

corderito, pero mientras más tiempo pasaba fuera de ella, más soberana se ponía.

—¿Ya acabaste?

Me ejecutó con un par de rayos láser color esmeralda, sin embargo asintió ligeramente.

—Cariño...

—¡No me digas cariño! Me llamo Kaira.

¡No, se llamaba necia!

—Escucha bien...

Gruñí.

—No vas a ir a ningún lado, no vas a

cambiar de trabajo y definitivamente no vas a terminar nuestra relación.

Se sentía retada, se le veía en sus ojos de esmeraldas, lista para contradecir las órdenes.

—¡Jodete!

Murmuró con la mirada fija en mí.

—No abuses Kaira.

No quise usar el tono de voz de comando,

pero la mujer no se callaba. Bajo la mirada y Owen

me dio un puñetazo en el hombro. ¡Joder!

—¿Te puedo abrazar, Kai?

Owen sacó el encanto Carter y Kaira calló

redondita. Maldito.

—Alex está desesperado y para hacerte honesto, yo también estoy impaciente.

Owen susurraba calmando a la bestia, pasando su mano por el caramelo de su cabello. La calmo lo suficiente, como para que volviera a tomar

color. Di un paso hacia ella y entrelace mis dedos con los suyos. Kaira se fundió entre nosotros. Ese era el secreto, tocarla. ¡Owen era un maldito genio!

—Me temo que somos un poco bestias y no sabemos expresarnos. Pero tienes que entendernos, no somos más que un par de peones atrás de la

reina.

Kaira rio e inclusive el aire se calentó.

—Son un par de bestias, eso son. ¿Cómo se les ocurre acorralarme así?... no es justo.

Parecía pequeñita entre nosotros, la cubríamos perfectamente. Y sin embargo...

—Lo que no es justo, es que decidas terminar la relación. En este juego somos tres, tú no estás sola.

Eso me ganó un par de puntos, presionó mi mano contra su pecho y suspiró acercándose todavía más al pecho de Owen. A Kaira le gustaba

estar así, ser el centro de nuestro universo.

—No Alex, no estoy sola. Tengo dos niños que dependen de mí, que me esperan todos los días y que están en mi lista de prioridades antes de todas las cosas, inclusive antes de mí y de mis sentimientos.

Eso no sonaba muy alentador.

—Lo siento, de verdad lo siento. Pero se acabó... ya se acabó.

Juro que deje de respirar. No fueron las palabras, fue el tono que uso al decirlas. No había duda, no había resistencia. Eran hechos.

—¿No importa lo que nosotros digamos?

Yo no podía respirar y Owen se mostraba completamente sereno. ¿Se iba a dar por vencido?

—Por supuesto que importa lo que ustedes digan.

Se separó de los brazos de Owen y él la dejó ir. Yo me resistí y no solté su mano. Con sus dos esmeraldas me pidió que la soltara y tuve que dejarla ir.

—No soy lo suficientemente fuerte para ir contracorriente.

La tuve que contradecir.

—Te amamos precisamente porque eres

fuerte. Dices que este no es un juego, pero de alguna

manera lo es. Probablemente crees que lo mejor es no seguir jugando, pero en este momento sostienes las cartas que deciden nuestro destino. ¿Vamos a ganar o vas a dejar que la gente te gane? Es tu decisión, solo tuya. Nosotros apostamos todo por ti.

Kaira negó.

—No puedo ganar. Alguien va a salir dañado... Los mellizos, ustedes, yo.

—¡Si puedes! Ya ganaste cariño. Desde el momento que nos aceptaste, que nos amaste. Desde ese momento ganaste. Dejanos ganar la partida

completa.

Levantó la mirada y mirándome directo a los ojos, me apuñaló.

—Ya se acabó.

Dio un paso atrás y se dispuso a entrar al penthouse por las puertas francesas. Un helado viento me empujó hacia ella, no podía dejarla ir. Owen me detuvo con su mano en mi pecho.

—Dejala ir.

—No... ¡No!

Justo antes de que se perdiera de mi vista, me deje vencer. Si ella se iba, nada iba a tener sentido.

—Solo jugaste con nosotros...

Se detuvo. Y sin dignarse a voltear, escucho mi sufrimiento.

—¡El verdadero amor, no abandona! Si tú te vas, si nos abandonas, quiere decir que solo jugaste

con nosotros, que realmente no nos quieres. Vas a ser como mis padres, como los padres de Owen.

Cuando se ama, se olvidan los errores y las mentiras

y el rencor. Simplemente se ama.

Un temblor sacudió sus hombros y supe que estaba llorando. ¡Maldita sea! Yo también estaba llorando y no con lastimeras lágrimas, estaba

llorando por dentro, me estaba arrancando el corazón.

—Mi amor por ti no se quiebra, ni se forzará.

Yo sí te quiero.

Owen me abrazó y volví a tener diez años, a ser un huérfano desprotegido, con un único lazo en este mundo. Owen.

Al abrir los ojos, Kaira ya no estaba.

**Por la buena**

**Owen**

Escuche movimiento en la oficina, como un pequeño picoteo entre las sombras. Salí de la cama

dónde solo daba vueltas sin conciliar el sueño y  
descalzo me dirigí a la oficina.

Ahí estaba ella, con un vestido negro

envolviendo cada valle, colina, tierra prohibida  
que

era su cuerpo. Su cabello caía desordenado

acariciando sus hombros. Levantó la mirada y no  
se

inmuto. Nada, su expresión no cambió ni un poco.  
El

suelo bajo mis pies se hundió.

—Esperaba que despertaras más tarde.

Se movía de un lado al otro sin pausa, con  
movimientos ágiles y firmes.

—Aquí está el itinerario del día de hoy. La agenda de la semana. Las llamadas que debes de hacer antes de acabar el año. Y los documentos a firmar.

Señaló cada montículo de papel con dedos sólidos.

—Aquí está la carpeta con todos los contactos, los movimientos y el proceso para cada trámite. Dásela a mi remplazo para que no pierdan tiempo y retomen todo donde yo lo deje.

Aventó la carpeta en el escritorio, haciendo que las pequeñas montañas de papel brincaran. Tomó su bolsa del sillón, justo del mismo lugar

dónde se había abierto de piernas y me había

invitado a su interior con ojos llenos de deseo, no muchos días atrás. Y salió de la oficina con pasos seguros.

—Kaira.

—¿Qué?

Sus ojeras me dieron un poco de esperanza.

No estaba durmiendo tampoco.

—¿No vas a preguntar por Alex?

El dolor en sus ojos atravesó mi pecho, la dignidad de su cuerpo me mató. Guardo silencio y por un momento reino la calma. Volvió el caos, cuando dio el primer paso para alejarse de mí.

—Espera.

Paro y espero en silencio.

—Gracias por dejar esto en orden.

Por un segundo la vi decepcionada ¿Tal vez quería que rogara? A punto estuve de tirarme de rodillas, hasta que me di cuenta que no era así.

—Si tienen alguna duda sobre lo que está en el escritorio, ya conoces mi número.

Dio la media vuelta y se fue. Me mantuve en el mismo lugar hasta que escuche el pitillo del elevador que la llevaba fuera de mi mundo.

Aspire el aroma que dejó en su camino, me

deje caer en el sillón, recargue la cabeza en el respaldo, cerré los ojos y la pude sentir. Juro que sentí el arco de su espalda cuando se empujaba

hacia mí, el jadeo que escapaba de su boca cuando la

llenaba, el temblor de su voz cuando estaba cerca de

estallar, el color de su piel cuando un orgasmo la arrastraba. La olí, la sentí, la escuche, la deguste con

mi memoria.

Tenía que recuperarla.

Tarde seis segundos en marcar el teléfono

de Alex. Solo tenía una cosa que decirle.

—Voy a recuperarla.

Alex tardó unos segundos en contestar.

Completamente inusual en él.

—Suerte.

Alex entró en estado puro de desamor. Está de más decir que nunca lo había visto así, él era el fuerte, el decidido, el que nada se interponía en su camino. Solo ella. Y yo se la iba a devolver.

—¿Podemos tomar un café?

—No tengo nada que hablar contigo.

La mujer tenía los ovarios hinchados. No tenía piedad por nosotros.

—Por favor...

Suplique. El orgullo debía esperar cinco minutos mientras la recuperaba.

—¿Solo tú?

No Kaira, no era solo yo el imbécil.

—Sí, solo yo.

—No voy a ir al penthouse.

Después de poner un millón de trabas y otro de condiciones. Quedamos de vernos en un pequeño restaurante cerca de su casa.

Llegue quince minutos antes de la cita, ella ya estaba ahí. Con sus ojos verdes y su boquita esponjosa. No sonrió al verme, para mí fue lo de

menos. Con solo verla, ya me sentía completo.

No confiaba en mí mismo, evite acercarme a ella para no caer en la tentación de arrastrarla a mi casa, al coche, los baños. ¿Debajo de la mesa?

Cualquier plataforma plana me servía con ella. Me observó con enojo, y aun así logré ver el anhelo en el fondo de sus preciosas esmeraldas. Me senté enfrente de ella y mi mueca se amplió. No podía evitar sentirme feliz de verla. Por muy duro que quisiera ser, ella simplemente me ablandaba.

Negó muy despacio viendo la carta y con una mueca en esa boquita que moría por besar.

—Si sabes que tu sonrisa es la del diablo,  
¿Verdad?

Una llamarada entró por mis pies y se  
instaló en mi entrepierna.

—¿Ya sabes qué quieres?

Cerró la carta de un fuerte golpe. Varios  
comensales voltearon a vernos y yo solo logré  
removerme en la silla. No era precisamente fan de  
las audiencias.

—Sí, sí sé lo que quiero. Y también lo que no  
quiero. ¡No los quiero a ustedes!

Me recordé que la quería de vuelta y que no  
me podía ir sin hacerla entrar en razón.

—Me refería a la comida, Kaira. ¿Ya sabes que vas a pedir?

Se sonrojó hasta las orejas y me olvide de su pataleta de hacía unos segundos. Si ella quería tirarse al suelo y hacer un berrinche, simplemente podía hacerlo. Ella podía hacer lo que se le diera la gana.

—Solo un café.

Espere a que la mesera tomara la orden, y nos dejara en paz.

—Quisiera que me escucharas. Y que abrieras esa cabecita ¿Creés que sea posible?

Me encantaba cómo me mataba con la  
mirada.

—Tú dirás.

Nunca me había sentido tan nervioso. Esa  
sensación de sentirse juzgado y declarado culpable  
sin un juicio justo, no era mi favorita.

—Quiero disculparme por la última vez que  
estuviste en el penthouse. No fue una manera  
apropiada de acercarnos a ti. Estamos un poco...  
ansiosos. No solemos... acechar a las mujeres.

Una mezcla de quejido—gemido—jadeo  
empapado de sarcasmo salió de su boca. Cerré los

ojos y espere a que la ola de enojo desapareciera.  
No

era fácil. Yo no era el experto en negociar.

—Solo quisiera que me explicaras una cosa,

Kai. Alex y yo estamos muy seguros de lo que

queremos. Teníamos la impresión que tú también

querías lo mismo. ¿Qué paso? ¿Por qué abandonar

algo que nos hacía felices a los tres?

Dejó la taza de su café en la mesa y miró al

techo. No creí que fuera a contestar. La verdad es  
que su silencio me reconfortaba. Yo la quería  
cerca

y en ese momento, estaba a un paso de mí. Si  
quería

se podía tomar lo que restaba del día, yo podía aprovechar y dormir un poco, su presencia me regalaba la paz que me había hecho falta las últimas noches.

—Estoy enamorada de ustedes.

Fuerte y claro, así lo lamentó.

—Eso es bueno ¿no?

—No. Es lo peor que me pudo pasar.

¡Mierda! Eso se sintió terrible. No dije nada por temor a humillarme más.

Movió su cuerpo hacia adelante y rozó con uno de sus dedos mi entrecejo.

—Es lo peor que me pudo pasar, porque

estoy enamorada de los dos. No uno, ¡dos! No puedo

tener una relación con dos hombres al mismo tiempo.

—Ya la tenías, Kaira.

Retiro su dedo y enseguida extrañé su

contacto. ¿Cómo se puede necesitar a alguien que no

quiere estar contigo? El amor es una mierda.

—No. Me acostaba con dos hombres. Estoy

hablando de amor, Owen. No de tener sexo sucio y

alucinante. Amor, de ese sentimiento que te hace

desear dormir, despertar y envejecer con esa  
persona... personas. Ni siquiera se puede decir  
apropiadamente.

Se quejó.

—Hay mucha gente que tiene relaciones  
“diferentes”. Y solo digo “diferentes” por decir  
una  
palabra. No hay ninguna ley que establezca que  
solo  
te puedes enamorar de una persona. Tú, por  
ejemplo; lo acabas de decir, estas enamorada de  
dos  
hombres. Si puedes amar a dos personas, puedes  
tener una relación con dos hombres.

Era lo más sensato que había dicho en toda mi vida.

—¿Y cómo se lo explico a mis hijos? Porque tengo hijos, Owen.

Ah, no podía esperar que tuviera todas las respuestas... ya lo veríamos.

—Mira Owen. Yo te quiero... los quiero.

Pero es imposible una relación entre nosotros. Ya no puede ser lo mismo, porque yo ya no siento lo mismo que cuando empezó. Ahora estoy a tiempo de retirarme y eso voy a hacer.

Se levantó y caí en pánico. ¡No la podía dejar ir!

—¡Espera!

De un jalón la senté en mis piernas. ¡Su culo se sintió exquisito!

— Tilda Swinton.

Explique, rodando en la desesperación.

—¿Qué? ¿Quién?

Tuvo la intención de levantarse, y con un solo acercamiento de mi boca en su mejilla la detuve.

—No te muevas... Dejame sentirte...

Aspire su aroma profundamente. Y pude escuchar su corazón, acompañar al mío en una

carrera de velocidad.

—¿Quién es Tilda? ¿Una de tus muñecas?

Inquirió con los ojos cerrados.

—No bruja. La única muñeca que quiero la tengo en mis piernas.

Se levantó de un solo movimiento. Creo que no le gustó el intento de piropo.

—¡Joder! ¡Kaira!

Antes de que me diera cuenta ya había

salido del restaurante. Saque un par de billetes y los

avente en la mesa, antes de salir corriendo tras ella.

¡Con lo que me gustaba llamar la atención!

—Kaira...

En tres pasos la alcance. No se puede correr cuando traes zancos como zapatos.

—Vete a jugar a las muñecas, Owen. A mí, dejame en paz.

Caminaba furiosa entre la gente. No le

importaba

que

nos

observaran,

ella

iba

refunfuñando a diestra y siniestra. No tuve más remedio que explicarme en medio de la calle.

—Tilda Swinton es una actriz, que mantuvo una relación con dos hombres a la vez. No sale en los tabloides, porque su vida privada es privada.

Aun así, si le preguntan, ella contesta abiertamente.

“Si, tuve una relación con mi novio y el padre de mis

hijos al mismo tiempo, no es nada del otro mundo”

—¿Tuvo?

—Bueno, si... No todas las relaciones funcionan.

—Más bien, ese tipo de relaciones están destinadas a fracasar ¿no crees?

Bajó el ritmo de sus pasos y yo con ella. Si la bruja era dócil, solo había que tratarla con mano dura.

—No, no creo. Hay actores que tienen relaciones abiertas y llevan años juntos.

Empezó a reír entre divertida y sarcástica.

—Dame un ejemplo, Owen. Solo uno.

—Te doy tres, para que dejes de burlarte de mí.

Dejó la risita tonta y volvió a comportarse como una adulta.

—No era mi intención burlarme.

Se disculpó. Su edificio ya estaba a la vista, necesitaba meter segunda, si quería llegar a algo.

—Megan Fox, tiene una relación semi—

abierta ¡Y! tiene dos hijos. Will Smith, se sospecha que también. Gwen Stefani, lo niega, pero las malas

lenguas dicen que sí. Hay muchos casos, lo

importante es que nuestro caso, sea único. Alex y yo

conocemos a muchísimas personas que tienen

relaciones diferentes. Si se puede.

Paro en la puerta de su edificio y me

observo detenidamente.

—Dime una cosa, Owen. ¿Quieres tener hijos?

Oh, oh. Esa no era una pregunta que fuera ayudar en mi caso.

—¿Me imaginas limpiando traseros y preparando mamilas?

Contestar con una pregunta, era bajo. Kaira lo paso por alto y respondió.

—No, en realidad no.

—¡Ya está! Me evitaste toda la pena.

Formó una sonrisa triste y sin verme a los ojos me abrazó. En ese instante supe que no había

logrado mi cometido. ¡Mierda!

—Eso no es un sí, Owen... Dale un beso a Alex y... que les vaya bien.

Me aferre a sus brazos, como a un bote salvavidas en una tormenta.

—Nosotros queremos tener una relación abierta, honesta, sana, feliz. Una relación madura. Si

nos aceptas y trabajamos juntos, vamos a tener una.

Soltó mi torso y nos dimos las manos, ninguno de los dos, quería separarse. Apretó mis manos en su pecho, recargó su mejilla en ellas y cerró los ojos. Kaira se estaba despidiendo de mí.

Y

la odie, la odie como nunca pensé odiar a nadie.

Retire mis manos de un jalón y la deje ahí. Sola  
con

su compasión.

Busque con la mirada a Charly y lo encontré

a escasos metros, estacionado en doble fila. Evite  
voltear a la entrada del edificio. Fue suficiente

humillación por un día.

El teléfono de Charly sonó y solo pulsando

un botón del volante, se escuchó la voz de Alex en  
estéreo.

—Todavía estoy en línea, Owen.

¡Mierda! Se me olvidó por completo.

Charly colgó y saque el teléfono de la americana.

—¿Cómo fue?

Preguntó directamente.

—¿Qué escuchaste?

—Muchos “No”.

—Así fue.

**Acoso**

**Kaira**

Pasaron

veinticuatro

horas,

después

cuarenta y ocho, al llegar a setenta y dos, el vacío se

tornó insoportable. Hay quien dice: Que el tiempo lo

cura todo, creo que yo era la excepción de la regla.

El dolor en mi pecho crecía, se hacía más profundo,

más doloroso. Me sentía... expuesta. En cambio cuando estaba con ellos, era más sencillo todo;

Cubierta, protegida, viva, mujer. Ellos me hacían más mujer, ahora solo era un pedazo de piel, vacía,

seca, muerta.

No dormía, no comía, no respiraba, me atormentaba pensando en el dolor que les provoqué. Alex diciendo que me amaba se convirtió

en una pesadilla, y también en un sueño. Con ese gruñido oscuro y meloso diciendo lo que tenía que hacer, ordenando que lo amara, como si tuviera otra

opción. Me costó todo mi autodominio resistirme a él. Nadie era tan dominante como Alex o tan seductor como Owen. Owen y su sonrisa de diablo.

¡Era una santa! Por haberme resistido. Nadie me

había perseguido en sueños o creado recuerdos como ellos. Nadie estaba a la altura de ellos.

—¿Estas enferma Ami?

Preguntó mi princesa, en el desayuno. Era el último día clases, empezaban las vacaciones de invierno y mis chicos estaban felices.

Por tradición, pasábamos Navidad en una cabaña perdida de la civilización a las afueras de Illinois. Perteneecía a la familia de mi madre, y tenía

muchos recuerdos de la niñez de Elena y mía. La familia la tenía abandonada, solo Elena, los mellizos

y yo, íbamos una vez al año. Y para mi suerte, este

año Elena no nos acompañaba, iba a un viaje a

Centroamérica del que no dio mucho detalle. Así era

ella, juntaba un poco de dinero, preparaba su vieja

mochila y desaparecía. Era el único tiempo que

podía disfrutar de los mellizos sin que me estuviera

jorobando. Me ayudaba mucho, pero ¡como

jorobaba!

—No princesa ¿Por qué preguntas?

Respondí lo más alegre que me fue posible.

—Estas triste.

Explicó Kurt. Mis mellizos y su conexión, a

veces daban miedo.

—Estoy triste, porque tía Elena no viene con nosotros de vacaciones.

Sophie y Kurt se sonrieron a sabiendas de que mentía. ¡Tan preciosos! Terminamos de desayunar con el ambiente más relajado, creo que a los tres nos daba gusto ir de vacaciones solos. Cuando los mellizos se perdieron en el mar de niños corriendo y gritando en la entrada del colegio, volví a estar sola y regresó la molesta soledad.

—Más te vale cambiar de actitud Kaira. No

puedes seguir como muñeca de trapo, llorando por los rincones.

Elena se distinguía por su compasión.

—Yo salgo mañana en la tarde. ¿Por qué no sales con Isa, esta noche? Te coges a alguien y regresas con un poco de color, pareces muerta.

¡Vaya manera de dar consuelo!

Me deje convencer. Llevaba cuatro días sin saber de ellos y sentía como la depresión caminaba

lenta y silenciosamente por mi cuerpo. Llorar en las

noches, dormir por las mañanas y actuar por las

tardes. Ese fue el itinerario de la semana.

Afortunadamente contaba con ahorros y me di

permiso de esperar hasta Enero y estresarme por la

falta de trabajo. De todos modos, en estas fechas y

con las fiestas, nadie contrataba. Al contrario, todo

mundo

preparaba

vacaciones

y

reuniones

familiares.

—¡Vamos!

Isa me arrastró afuera del departamento.

Mis niños ya estaban en la cama y esperaba que un poco de aire fresco, me hiciera bien.

Llegamos al bar a media noche, muerta de frío. Entre el clima, la nieve y mi estado de ánimo, no había nada de calor en mi cuerpo. Fuimos directo

a la barra, nos pedimos un caballito y sin dudarlo, lo

tome de un solo golpe. La flama asustó al frío por un

segundo, necesitaba más caballitos para que el calor

se quedara.

—Tranquila. No quiero sacarte a rastras.

Me advirtió Isa con el tercer caballito.

—Na. Por una vez, no va a pasar nada.

La música empezó a sonar más fuerte y los pies de Isa cobraron vida.

—Ve a bailar Isa, estoy bien. Otro y bajo el ritmo.

Isa lo dudo tres segundos, al cuarto ya jalaba a un tipo que se encontró en el camino, rumbo a la pista. No sé si pasó un minuto o una hora, pero los caballitos empezaron a calentar mi cuerpo, la música subía cada vez más de volumen y el techo

empezó a girar en diferentes velocidades.

Quería olvidar, recordar, llorar, reír, sufrir hasta que los sacara de mi sistema y pudiera volver a mi vida.

—¿Alguna vez oliste el arrepentimiento? A eso huele el tequila.

Un hombre de traje azul dijo manteniendo su caballito cerca de la nariz. Frunció la nariz y despacio acercó el tequila a la mía. Suspire y llene mis pulmones del olor del arrepentimiento.

—Huele bien.

Sonrió y chocó su caballito con el mío. Lo lleve a la boca y de un solo trago corrió el

arrepentimiento por mi sistema.

El tiempo es relativo cuando estas

alcoholizada y dolida. Manuel, el hombre de traje

azul y que seguramente era lo único que iba a

recordar de él, seguía hablando y hablando sin

parar. Mientras lo medio veía a través de una nube

de alcohol, lo único en que podía pensar, era en lo

diferente que era de mis enanos. No tenía la voz de

Alex, ni la sonrisa de Owen, no se parecía en nada

a

los hombres que hacían que mi cuerpo se  
prendiera

de un solo fogonazo con un solo toque.

Volví a perderme en el tiempo, porque al

abrí los ojos nuevamente, estaba pegada al traje azul

y moviéndome en la pista del bar. Fue su voz, la que

hizo que despertara.

—¡Desaparece!

La orden provenía de una voz oscura y

gruñona. ¡Mi gruñón!

—¡Ja! ¿Tú y quien más, me lo va a ordenar?

Esta chica es mía.

—O desapareces o te hacemos desaparecer.

Tú eliges.

Le contestó Owen tomándome de la cintura,  
separándome

del

traje

azul.

Mi

cuerpo

instantáneamente se prendió en llamas con su

toque, el alcohol sirvió de detonante. Fue súbito el

cosquilleo en mi vientre, la pesadez de mi pecho,

la

humedad pidiendo a gritos que la saciaran. Lo

necesitaba. Los necesitaba... ya.

Di la media vuelta y me abalance sobre la

boca de Owen ¡Dios! Era divino. Si estaba  
soñando,

era el sueño más bonito que había tenido en toda  
mi

vida. Pero el sueño se convirtió en pesadilla,  
cuando

de voladas me sentaron en un carro y empezaron a  
gritar.

—¿Estás loca?!

—¿Cómo te arriesgas así?!

Siguieron gritando, pero no fue hasta que

me dieron un café, que mi cabeza volvió a

funcionar.

—¡Tienes prohibido salir con esa amiguita tuya!

Aulló Alex.

—¿Qué mierda de amiga te deja sola y borracha?!

Gruñó Owen.

Pase un último trago de café y murmure con voz pastosa:

—No hablen así de Isa.

—¿Qué?!

El grito no me dejó saber quién bramaba. Mi cabeza empezó a dejar de dar vueltas, pero en la misma medida, un dolor de cabeza empezaba a

taladrar mis cienes.

—¿Se pueden callar un momento?

Me levante del sillón y al voltear hacia fuera, me di cuenta que estaba en el penthouse. ¡Carajo!

¿Cómo diablos llegue ahí? La cabeza arranco y arranco muy enojada.

—¿¿Cómo supieron que estaba en el bar?!

Pobre Tony, va a acabar odiándome.

Me contesto el silencio. Alex caminaba a lo

largo de los ventanales profundizando el surco en la

alfombra, que empezó la última vez que discutimos.

Y Owen se servía un trago. Nada había cambiado.

Solo el día y las circunstancias. Pero nosotros tres seguíamos siendo los mismos.

—Ya no trabajo con ustedes. Ya no tengo una relación con ustedes. ¡Ya me pueden dejar en paz!

Estaba descalza y sin bolsa. Busque y finalmente encontré los zapatos tirados junto al elevador. Me calce a tropezones y pulse el botón que me iba a sacar de ahí.

—No te puedes ir así.

Advirtió Owen.

Era cierto, todavía me daba vueltas todo.

Solté la bolsa y los zapatos, y me dirigí al bar. Me serví un trago, sin poner atención al licor y deje que

mis venas se volvieran a emborrachar.

—No vayan a despedir a Tony. Solo quiero que pare de seguirme.

No contestaron. Creo que estaban tratando de controlarse.

—Prométanlo.

Nada. Solo malas caras, miradas furibundas y hombres musculosos, guapos y sexis, que gritaban sin hablar “Ven y cogeme”.

Me acerque a Owen y le busque la cara.

Evitaba mirarme directo a los ojos. Dejó de tener opción cuando lo abraza y lo arrincone entre el sillón y mi cuerpo.

—Prométemelo...

No quería. Podía ver su resistencia.

—Por favor...

Susurre, cerca de su boca. Cerró los ojos y asintió ligeramente.

Con su aroma, con la dureza de sus músculos y la enorme erección que presionaba mi vientre, se me ocurrió que lo más educado cuando terminas con alguien, es despedirse.

Me separe de Owen lo justo para

desabrochar el botón en mi cuello que mantenía la blusa en su lugar. Saque el pedazo de seda azul por la cabeza y quedó mi torso desnudo en exhibición para la mirada hambrienta de mis enanos.

—¿Qué haces?

Gruñó Alex, que obviamente seguía

enfadado conmigo. Mi respuesta fue desabrochar el

pantalón de mezclilla y a pataletas deshacerme de

él. Quede expuesta ante ellos, como llegue a este mundo. Bastó un solo segundo para tener a Owen

pegado a mí, venerando mi desnudes. Acarició la

parte más estrecha de mi espalda despacio,

viéndome a los ojos y preguntándose, qué diablos estaba haciendo.

Antes de que iniciáramos el juego de no retorno, tome la mano de Alex y lo senté junto a Owen; los quería a los dos, los necesitaba a los dos.

Tenía que despedirme de los dos.

—¿Kai?

Oír mi nombre en los labios de Owen, era chocolate fundido derramado en mi vientre.

Siempre sonaba a plegaria. Atrape sus labios y lo callé con mi lengua.

Sentí que Alex dejaba a un lado su enojo y se nos unía, lo caliente de su cuerpo era

inconfundible.

No hablamos por un par de minutos, solo nos dimos

las buenas noches con nuestros cuerpos. Acaricie y desabroche sus ropas, habida por sentir sus cuerpos.

Alex se levantó y de un solo movimiento me subió a su hombro.

—Vamos a la habitación, Gamble puede salir en cualquier momento.

Explicó subiendo los escalones de dos en dos. Ya estaba excitada, pero con esa demostración

de fuerza, hizo que explotara.

Lo que quisieran, cómo quisieran, dónde quisieran... yo les iba a dar todo.

Me aventó en su cama y rebote como pelota, mi pecho se movió siguiendo la inercia y Alex lo detuvo con su boca. Mi cabeza se perdió en una nube de pasión, dolor y alcohol, inimaginable.  
Owen

acariciaba mis piernas, mi cadera, mis empapados labios, me guiaban al infinito magistralmente.

—Estas muy mojada Kai. ¿Qué quieres? ¿Me quieres?

Owen perdió un par de dedos en mi interior,

abrí más las piernas y subí las caderas como respuesta. Lo quería todo.

—¡Mierda!

Jadeó Owen. Levantó mi pierna derecha y sin más preámbulo se enterró en mí.

—Mierda... mierda... mierda.

Mientras más “mierda”, más jadeos, más fuerza, más desesperación.

—Mi turno.

A Alex le faltó poco para golpear a Owen. De un solo jalón lo separó de mi cuerpo y tomó su lugar.

—¡Joder mujer!

Llegaba tan profundo... tan dolorosamente profundo. Bajo su talle y mordisqueo mi pecho fuerte, mis endurecidas cimas fueron torturadas hasta que me venció. El orgasmo estalló como bomba nuclear, se llevó todo a su paso: Dolor, conciencia, depresión, culpa, todo se hizo cenizas, no quedo nada. Solo ellos.

—¿Los dos?

Susurró Owen con sus labios volviendo loca a mi mejilla.

—Sí, por favor.

Alex me envolvió con sus brazos y me

levantó sin esfuerzo. Después de un piquito rápido, se dejó caer de espaldas en la cama sin salir de mi cuerpo. El hombre era malabarista y yo una muñeca de trapo.

—Estoy muy mojada.

Advertí.

—Si cariño. Y abierta... Estas perfecta.

Gimió Alex, retomando el vaivén de sus caderas. Owen se acomodó a mis espaldas, se amarró a mi cabello y con delicadeza mojó sus dedos donde Alex seguía entrando y saliendo. ¿En qué momento lo hizo? No lo sé. Solo sé que en un momento Alex estaba solo y al siguiente un dedo

de

Owen lo acompañaba... Y después dos. Y después

Owen completo. Era la sensación más insana que

había sentido, una mezcla de dolor y placer

infinitamente maravillosa.

Jadeos en forma de “mierda” y “joder”,

acompañaban mis gemidos. Nunca me había  
sentido

tan llena, tan amada, tan... perfecta.

Los movimientos se intensificaron y ya no

hubo poder que me detuviera. Cada órgano, cada

poro, cada célula de mi cuerpo estalló y estalló y  
estalló, hasta que caí rendida en el pecho de Alex.

Desperté por un dolor en el brazo. Lo tenía  
amarrado a la cabecera con un lazo de seda negra.

La muñeca era lo peor, la moví circularmente y el  
dolor me hizo gemir. ¡Jodidos enanos! Que yacían  
durmiendo profundamente a cada orilla de la  
cama.

Owen completamente desnudo y Alex cubierto con  
un simple pantalón de dormir. Tan perfectos.

Owen se movió y detuve los movimientos  
de mis manos para liberarme de la seda. Espere  
hasta que su respiración se volvió constante.

Rezando para que siguieran durmiendo, continúe  
con mi labor, al lograrlo me arrastre para salir de  
la

cama. De puntitas baje desnuda, con un dolor de cabeza infernal busque mi ropa, me vestí y salí del penthouse. Abandone a los amores de mi vida. Si eso

no era dolor, era lo más cercano a la muerte.

## **Humildad**

### **Owen**

Si necesitabas una dosis de humildad, Kaira te la podía dar.

Éramos un par de hombres no de mal ver, con más dinero que conciencia, atentos, un poco maniáticos, pero venga ¿quién no tiene manías? Y llegaba esta mujer, que no me llegaba más allá del

hombre, con su pelo castaño cayendo en ondas sobre sus hombros, sus ojos tan verdes como las más delicadas esmeraldas, sus jugosas tetas que se movían acompasando tus movimientos, el culo del siglo, y por supuesto, su muy mal carácter, y nos dejaba tirados en la cama. Usados.

Hicimos lo humanamente posible para satisfacerla hasta que desfalleció, y sale de la cama a hurtadillas.

—Oí a la señorita Kaira anoche.

Y medio Chicago. Kaira no era precisamente silenciosa a la hora de demostrar lo que sentía. Tan

podía gritar cuando se enojaba, como gritar de gozo

cuando un orgasmo la alcanzaba.

—Ya te dije que podemos insonorizar tu

habitación Gamble. Así puedes dormir tranquilo.

Porque hacerla callar, era algo así como

imposible.

—No es eso. ¿Ya arreglaron sus problemas?

Alex y yo nos observamos sin saber que

decir, ni que hacer, ni que pensar. La verdad es que

ninguno de los dos tenía pista de nada. No sabíamos

si reír o llorar, si arrastrarla de los pelos o quererla

más.

—No Gamble, nada está arreglado.

Seguí comiendo el insípido yogurt y volví a recordar la noche. ¡Qué noche! Había que embriagar

más seguido a Kai, claro que teníamos que prescindir de su amiguita de mierda. ¿Qué clase de amiga te deja tirada, borracha? Esa no era una amiga, esa lo único que buscaba era problemas.

Afortunadamente Tony estaba con ella, que sino...

—¡Mierda!

—¿Qué?

Alex no tenía intenciones de cambiarse la

pijama. Los sábados usualmente eran para nadar y  
retarnos en el gimnasio, no para andar en pijama.

—Tengo que despedir a Tony.

Busque el teléfono y marque el número de  
Charly.

—No lo despidas. Mantenlo en banca. Es  
bueno en su trabajo.

¡Na! Alex lo que quería, era usarlo para  
llegar a Kaira.

—Charly.

Charly era la única persona que conocía, que  
contestaba el teléfono con su nombre. Ya sabía que

era él, yo le había marcado, era completamente ilógico.

—Necesito que le busques un lugar a Tony.

Desde ya, deja de cuidar a Kaira.

—¿Y quién la va a cuidar?

Exacto ¡¿Quién demonios la iba a cuidar?!

—¿Quieres que me haga cargo yo?

Lo pensé. De verdad lo pensé. Pero no lo hice, eso nos hubiera ahorrado un par de molestias.

—¡¿Dónde mierda se metió?!

—No sé señor. Charly me marco a las diez

de la mañana, a las diez quince deje mi puesto. Y

la

señorita Jones seguía en su departamento. No sé dónde puede estar.

El imbécil de Tony miraba hacia adelante con su infalible posición militar. Costaba una pequeña fortuna emplearlo, pero el hombre sabía lo que hacía.

—Tony, yo sé que tienes una buena relación con Kaira. ¿Dónde está? ¿La ayudaste a escapar?

Tony volteo a ver a Alex sin expresión en la cara. Si queríamos saber dónde diablos se había metido esa mujer, no lo íbamos a lograr con Tony.

—Señor Northman. No estaba enterado que la señorita Jones necesitaba escapar. Le aseguro que no sé dónde está.

¡A la mierda las promesas! Este hombre me estaba sacando de quicio. Alex intuyó que estaba a punto de perder los estribos y despacho a la bestia de Tony

—No lo puedes despedir, por hacer su trabajo. Tú lo quitaste de su puesto.

Alex y su razonamiento me cayeron como piedra en el estómago.

—¿Seguro que no te dijo nada más Gamble?

—Ya se los dije. Le marque para desearle felices fiestas y escuché un claxon. Le pregunte dónde estaba y me dijo que iba de viaje. No me dio más detalles.

Gamble seguía tomando su té, al modo inglés. Tenía cerca de veinte años sin regresar a su país y no modificaba sus hábitos. Era un adorable viejo.

—Gamble, tú nunca le marcas a nadie. No estarás jugando a la casamentera ¿verdad? Hizo una mueca y se le marcaron todas esas arrugas que enmarcaban su vieja cara.

—No joven Carter, yo nunca haría eso.

Alex le dio un beso en el canoso pelo y salió de la cocina.

—Gamble...

—¿Sí, Joven Carter?

—¿Ya te dije que te quiero?

Se le volvió arrugar la cara por la sonrisa.

—Sí, Joven Carter. Todos los días.

**Acoso**

**Alex**

—¿Pediste verme?

Charly entró a la oficina con pasos firmes.

Pobre Carla, siempre salía asustada.

—Necesito que localices a alguien.

—¿A quién?

Preguntó sin inmutarse.

—A Kaira. ¿Tienes forma de encontrarla?

Dudo un par de segundos. Kaira era querida

por todos, con todos era amorosa y por lo tanto, todos la apreciaban. Finalmente se dio cuenta de

quién era el jefe.

—Sí, señor. Conozco a alguien en personas desaparecidas.

—No, No quiero un reporte. No está

desaparecida. Solo no sé dónde está en este

momento.

No sentí vergüenza al decirlo, solo sentía desesperación por saber dónde se habían metido.

—Confío en él. Podemos hacer esto sin reportes.

Siempre se podía contar con Charly

—Bien.

—Estoy en eso.

Salió de la oficina y empezó el tormento. A nadie le gusta la espera, y yo nunca la lleve particularmente bien. Me hacía sentir inútil, atrapado... abandonado.

—¿Ya hablaste con Charly?

Últimamente Owen estaba tan amargoso como yo. Ya no había saludo, bromas, ni buen humor.

—Sí, ya hable con él. Está en eso.

—¡Mierda! Ahora somos unos acechadores.

Más bajo, es imposible caer. ¿Cierto?

—No sé. Deja que la vuelva a ver y nos abandone otra vez. Ahí te digo.

Gruñó y me contagió.

—Tienes razón. Cuando nos vuelva a rechazar hablamos.

Termino la llamada y me perdí en papeles y decisiones. Siempre pensando en ella.

A Charly le llevó setenta y dos horas averiguar dónde andaba la mujercita. Estaba en un pueblito perdido de la mano de Dios, a las orillas de

Illinois, lo único aceptable, era la cabaña. Era una cabaña de lujo ¿Cómo lo pudo costear? Ella no tenía

para esas frivolidades.

—¿Qué hacemos? Vamos, la dejamos pasar las fiestas con sus hijos en paz, o nos enfrentamos al

hecho de que este con alguien más.

—¿Crees que este con Márquez?

Si Charles estaba en lo cierto, iba a hacer la primera vez y no para nuestro beneficio. ¡Joder!

—¿Qué te dijo exactamente antes de que colgaras?

—Eso, que Kaira ya estaba con Márquez. No le di tiempo a que me diera detalles. Y no pienso marcarle para que me venda información. Prefiero ir yo mismo y desengañarme de una buena vez.

—Ya hiciste el plan. Prepara una maleta, porque nos vamos de cacería.

Gamble, ya había salido hacia Paris. No regresaba a Inglaterra, pero si iba a visitar a su

hermana en Nanterre, las últimas navidades lo habíamos acompañado, ahora teníamos cosas más importantes que hacer.

Kaira no estaba con Márquez, ni con Elena, estaba disfrutando de la nieve y los mellizos.

Incluso con ese pantalón desgastado de mezclilla y ese sweater de rayas rojas y blancas, era

la cosita más deseable del planeta. Un pequeño pirulí para chupar y morder. La vi, y olvide que venía maldiciendo el momento en que la conocí. Ese

maldito momento en que deje de pensar con la cabeza y empezó a latir mi corazón.

Tardamos tres horas en llegar al pueblo, y la recompensa se nos presentó de repente.

—¡Ahí está! ¡Ahí está!

Gritó Owen. Fue gracioso verlo tan emocionado. Incluso Charly contuvo la risa.

—Par de amargados, a ustedes no les emociona nada.

Se defendió por nuestra burla. Iba a salir del auto, para presentarse de repente, pero lo detuve justo a tiempo.

—No Owen. Esta con sus hijos, deja que disfrute en paz.

—¿Y entonces a qué diablos venimos?

Buena pregunta.

—¿Y si le compramos un par de regalos a los mellizos? Así no nos puede rechazar.

Owen venía desatado.

—Venga Charly, muestra esas dotes de espía y consigue una tienda para niños.

Charly sacó su teléfono y empezó a buscar, mientras nosotros observábamos a una preciosa mujer reír a carcajadas, y aventar bolas de nieve a dos niños que parecían osos de tanta ropa que los cubría.

Sentí un puñetazo de amor en el pecho que

me dejó sin aire. Solo comparable con el golpe de amor que recibí cuando tuve a Viri en mis brazos la

primera vez. Kaira cargó a Sophie y le dio un beso en su enrojecida naricita, la niña se recostó en el hombro de su madre y se arremolino en sus brazos.

Kaira se veía tan... amorosa. Agarró de la mano a Kurt y se metieron en la cabaña, privándome del espectáculo más bonito que había visto. Estar en vísperas de Navidad, me estaba afectando.

—Cuando ustedes digan.

Nos anunció Charly. Ninguno de los dos contestó, los dos queríamos formar parte del espectáculo.

**Navidad**

**Kaira**

Justo

cuando

había

terminado

de

acomodarme en el sillón, con café en mano y

piernas cubiertas por una frazada de lana para

observar a mis chicos abrir sus regalos, tocaron a  
la

puerta.

¿A quién Diablos se le ocurre molestar a las

ocho de la mañana en Navidad?! ¡Es algo así como pecado mayor! Refunfuñando, deje a los chicos destrozando los envoltorios que con tanto esmero había preparado las últimas semanas, para abrir la puerta.

El helado frío de la mañana me recibió, junto con un dedo advirtiéndome que guardara silencio. Alex venía cargando unos enormes regalos, solo su dedo índice sobresalía bajo los paquetes.

—¿Qué diablos haces aquí?!

—¿Tú qué crees? Persiguiendo a la mujercita.

No pidió permiso para entrar, me hizo a un lado con la ayuda de los regalos y se adentró en la sala. Los gritos de mis hijos me advirtieron que era bien recibido.

—¡No cierres! Owen ya viene.

El alboroto en la sala era divertido, Sophie y Kurt hablaban al mismo tiempo, mientras Alex trataba de explicarles su llegada. Vi que el Mercedes

del día se alejaba, dejando a Owen y otra pila de regalos caminando hacia la puerta.

—Que sepas que estoy muy enojado contigo.

Me advirtió al pasar por mi lado. Aunque la

advertencia no alcanzaba a llegar a enojo, era algo así como “Te pasate”.

¿Cómo? Yo... ¡Carajo!

Mis hijos volvieron a gritar y alborotarse con la llegada de Owen. Definitivamente no dulces para mis entusiasmados hijos por hoy. Si les daba un poco de azúcar eran capaces de estallar.

Alex y Owen no me hicieron mucho caso, se acomodaron junto a mis hijos en el piso y se dedicaron a abrir los recién llegados regalos. Me volví acomodar en el sillón y me regocije del bip

---

bip de mi corazón, que se empezó a escuchar cada vez más fuerte con cada minuto que pasaba. Si en algún momento dejaba de funcionar, era porque el pobre órgano no soporto la felicidad que sentí al ver

a las cuatro personas que más quería en este mundo,

riendo y compartiendo por primera vez, todos juntos, como una familia, como el sueño que nunca me atreví a soñar.

Les habían regalado toda clase de juguetes, libros, ropa. Cuando Sophie empezó a hacer preguntas, la respuesta fue simple: “Los regalos tenían los nombres: Sophie y Kurt. Y son los

únicos

niños que conocemos con esos nombres. Yo creo que son para Ustedes ¿No crees?”. Mi princesa asintió repetidamente, asegurando que los regalos no tenían otros dueños.

Jugaron, celebraron y se cansaron durante horas. Después del desayuno—almuerzo que prepare y que devoraron, deje salir a mis chicos. El

frio no era tan intenso, como siempre que nevaba.

La ligera capa de nieve que caía, era casi refrescante.

—Esto es para ti.

Me dijo Owen, mientras tomábamos una  
taza de café en el porche y veíamos a los mellizos  
hacer angelitos sobre la nieve.

Tome la pequeña caja blanca temblando. No  
habíamos hablado mucho, los tres nos dedicamos a  
consentir a mis chicos. Aunque algo era seguro,  
estaban enfadados conmigo.

Abrí la pequeña caja y me enamore de su  
contenido. Un par de aretes brillaban con mucha  
intensidad. Aretes con dos enormes esmeraldas en  
forma de lágrimas, el aro que las sostenía estaba  
formado de pequeños brillantes en forma de  
estrella

de cinco picos. Ostentosos y por mucho, fuera de

mi

alcance.

—¡Son preciosos!

Saque uno, solo para verlo de cerca, solo para... deleitar a la bruja que gritaba dentro de mi cabeza “¡Aceptalos!”.

—Pero no puedo.

En contra de mi misma, metí el arete en la caja y la cerré.

De repente Alex estaba atrás de mí. Su espesa voz, calentando mi cuello.

—No podemos alejarnos de ti... Queremos estar alrededor de ti... Adentro de ti... Llenarte de

nosotros.

Mi cuerpo se convirtió en cenizas. Mis poros se abrieron por la necesidad de extraer algo de ellos;

Su aroma, su presencia. Un gemido brotó de mi pecho. Estaban tan cerca, tan calientes. Owen acabo

con la distancia que nos separaba y me vi envuelta en piel y músculos que exudaban calor.

Voltee a ver a Sophie y Kurt, que jugaban entre ellos, sin hacernos mucho caso.

—No puedo...

—¡Oh, Dios! Incluso cuando me niegas lo

que más quiero, sueñas sensual. Sexi como el diablo.

Alex y su aliento estaban causando que mis tropas empezaran la retirada. No me tocaban, pero nunca desee más, ser tocada como en ese momento.

Deseaba sentir sus enormes manos sobre mí.

Di un paso a un lado y salí de la trampa que eran sus cuerpos.

—Dije que no puedo.

Me sorprendió lo firme que sonó mi voz, cuando por dentro me estaba desasiendo.

—Solo dime una cosa. ¿Si fueras tu sola, nos

aceptarías?

Alex, era experto en esconder sus emociones. Un requisito obligado en el mundo de los negocios. Me había acostumbrado a verlo así, a ser seco, frío, a llamadas impersonales cuando se trataba de trabajo. Prefería a ese hombre, este, el que demostraba sus emociones, el que me había dicho que me amaba... me estaba matando lentamente.

—Pero no lo soy.

—Si lo estuvieras.

Insistió. Di un pequeño suspiro y finalmente

acepte la realidad.

—Si fuera yo sola. Nunca hubiera regresado a casa, después de la primera vez.

—Bien. Porque si lo estuvieras, nosotros no te habiéramos dejado ir.

¡Dioses de los hombres bellos, románticos y estúpidamente necios, denme fortaleza!

Limpie

una

lágrima

que

recorría

calmadamente mi mejilla. Sentí el dolor que les estaba causado al alejarlos de mí, heridos, todos estábamos siendo heridos.

—Te odio.

Más lágrimas cayeron con la voz de Owen, fue de completo dolor.

—Owen.

Voltee, pero Owen no me veía.

—¿Qué necesitas Kaira? ¿Qué quieres de nosotros?

A ellos, yo solo los necesitaba a ellos.

—Lo siento...

Volteo a verme a los ojos y se lo confirme.

—De verdad lo siento. Siento herirlos... pero no puedo.

Owen asintió, dio la media vuelta y entro a la cabaña.

—No es que no puedas, es que no quieres.

El reproche me llego hasta el fondo del alma. Alex se dirigió a los mellizos y se despidió. Y otra vez me quede sola...

**Baby don't go**

**Alex**

Salimos de la cabaña con el alma en el suelo.

Lo único que nos detuvo para no regresar ese momento a la ciudad, es la promesa a los niños de regresar el día siguiente. Y así lo hicimos.

Llegando

al hotel termine de arreglar los pendientes en Grupo

Carter para tomarnos un par de días libres. Tenía años de no tomar días para mí. Iba a ser algo nuevo

y necesario. En estas condiciones simplemente no podía trabajar.

Lo

más

sorprendente

fue

Owen,

continuamente hablaba de lo inteligente que era

Kurt y de la capacidad de razonamiento de Sophie.

Esos niños iban diez pasos delante de nosotros.

Dejaban salir pequeños comentarios, que iban

disfrazados de inocencia.

—Ami no tiene novio, ¿Tú tienes novia?

Me preguntó Sophie mientras le ayudaba a

armar la casa de campaña en forma de castillo que

le había traído Santa.

—Estoy

pensando

seriamente

en

preguntarle a alguien. Pero ya sabes cómo son las mujeres, les gusta hacernos sufrir.

Sophie rio y yo hice un guiño. Ella sabía

perfectamente a lo que me refería. Era igual de

inteligente que su madre y empezaba a volverme

loco, igual que su madre.

Después de que levantamos el “castillo” en

la enorme estancia de la cabaña, se acercó a mí y me

dio un beso en la mejilla.

—Gracias.

En mi interior hubo un festín de fuegos artificiales. Me noqueó. Empecé a sentir que se desasían los pequeños nudos que me costó tanto trabajo hacer. Esos nudos que se habían formado al perder a Viri. Mi pequeña.

—Regalale flores. A las niñas nos gustan las flores.

Dejó salir una pequeña risa y escapó a los brazos de su bellísima madre. Como si fuera la más inocente de las niñas le enseñó su nuevo castillo.

Verlas juntas fue un golpe directo al corazón. Tan parecidas, tan adorables, tan mías.

Regresamos el siguiente día dispuestos a finiquitar completamente nuestra relación con

Kaira. Si no quería, no podía, o lo que fuera... pues

así era.

El plan se fue al demonio, cuando Sophie

nos abrió la puerta y nos llevó a la cocina. Kaira cantaba junto con Kurt “Baby don’t go” de Sony y Cher. ¿Cómo sabía esa canción un niño de seis años?

Esa canción mínimo tenía unos cuarenta años.

Kaira sonreía y bailaba y se le veía tan feliz.

Observe cada parte de su cuerpo, y no con la

lujuria

que era una constante en mi cuerpo desde que

apareció en nuestra vida, sino con la parte cerebral,

con esa parte que razonaba y nos mantenía alejados

de problemas. Y lo único que logré, fue sentir una necesidad innata de posesión. De cogerla, castigarla

y amarla con todo mi ser. La quería encerrar,

amarrar para evitar que se alejara de mí. Matar esa

parte de ella que insistía en alejarla de nosotros.

Nos vio y sin dejar de cantar para que los

niños no se dieran cuenta, se le derramaron un par

de lágrimas. Vi su dolor, su pesar por alejarse de nosotros, llevo sus manos al pecho y las apreté contra su corazón. Esa mujer nos amaba... y no iba a regresar con nosotros.

—Dime que quieres Kaira. Dime que necesitas para dejar de resistirte a lo que sientes y dejar de hacernos daño.

Tenía que hacer un último intento. Bajó la mirada y cruzó los brazos en una pose defensiva y sumisa al mismo tiempo. Solo causo que la amara y me encabronara todavía más.

No estaba logrando mi objetivo. Quería que

se abriera, que mantuviera esa cabecita abierta,  
esa

misma cabeza que nos dejó entrar en su cuerpo al  
mismo tiempo, ahora necesitaba que nos dejara

entrar en su vida. Y más aún, en la vida de Sophie  
y

Kurt.

—Tengo dos hijos.

Susurró.

—Ya no se trata de mí, se trata de mis hijos.

Del daño que les puedo causar si sigo con esto.

—Explicame Kaira. ¿Por qué demonios les  
estaríamos haciendo daño a los niños? Ellos han  
jugado y reído con nosotros. Nosotros jamás les

haríamos daño.

Levantó la mirada y logré ver en esos ojos de esmeraldas su alma. Esa alma pura, honesta y llena de amor que la caracterizaba.

—Tú y él. No son hombres de familia. Y mis hijos merecen una familia. Me he mantenido alejada

de los hombres, porque nunca apareció alguien merecedor de convivir con mis hijos...

—¿Estás diciendo que nosotros no somos suficientes para los niños? ¿Qué...

—¿Me permites acabar?

Ah, finalmente apareció la mujer de la que

estaba enamorado. Cerré la boca y levante las  
palmas en forma de rendición. Si ella lo deseaba,  
yo

podía arrastrarme solo por su entretenimiento.

—El problema es que ahora aparecieron dos  
hombres, no solo uno. Yo... yo no quiero que el  
vínculo se rompa, que me tenga que ver en la  
posición de elegir. Simplemente no podría. Yo...  
yo

los amo... a los dos.

Y mi corazón estalló. No nos habíamos  
equivocado; Kaira Jones era para nosotros.

Finalmente la habíamos encontrado.

Fue imposible no sonreír. La amaba, la  
amaba profundamente solo por eso, porque no  
podía escoger entre los dos, porque nos amaba a  
los  
dos.

—¡No! Para.

¿En qué momento la rodee con mis brazos?

No importaba. Solo importaba que ella estuviera  
ceñida a mí. Acerque mi boca a esos labios  
carnosos

que tanto me gustaban y espere la queja.

La queja nunca llegó.

Se abrió para mí. Me amo con ese beso... y

también se despidió.

## **Un hombre**

### **Owen**

Era un hombre que complacía a las mujeres.

Y ¡Carajo! Me gustaba ser ese tipo de hombre.  
Había

tenido toda clase de mujeres en mi cama y ninguna  
nunca había salido insatisfecha de ahí. Y ahora que  
había salido el cavernícola que me gritaba ¡Es  
tuya!

La mujer no quería.

De alguna manera tenía que lograr que nos  
aceptara. Y no mañana, tenía que ser hoy. Ya  
estaba

harto de gastar tiempo. Yo la quería y la iba a tener.

Solo tenía que encontrar una manera de llegar a ella.

Y lo íbamos a hacer juntos. No hubiera

sobrevivido sin Alex. Alex tenía que acompañarme,

ser jodidamente feliz por una vez en la vida. Ella era

nuestra.

Los niños se quedaron dormidos viendo una

película, ese día no estaban tan activos como el

anterior. A lo mejor los contagiarnos con nuestro

estado de humor, ninguno de los tres se sentía feliz.

Los busque y los encontré en el porche. Alex rodeaba su cuello y cintura, mientras la besaba.

¿Por qué eso no me dio esperanza? No sé. A lo mejor

muy dentro estaba conectado con Alex y sabía que no era un beso de reconciliación.

Salí y cerré la puerta con cuidado. No quería que Sophie o Kurt despertaran.

—¿Mi turno?

Se alejaron uno del otro. Despacio... con dolor. Me encabrone. ¡¿Por qué?!

—Al parecer no entendiste el mensaje. Te lo voy a decir con palabras para que quede claro; Tú

eres nuestra por el resto de tus días, así tenga que buscarte, perseguirte, acosarte, ¡no importa! Tienes que regresar con nosotros, estar con nosotros toda tu vida.

—Owen... no puedo...

Empezó a llorar y eso me encabronó todavía más.

—Cielo, tierra, infierno, no importa. Así pongas barreras, cierres fronteras, tu vida nos pertenece. Este amor... ese jodido sentimiento que tú despertaste, no es una apuesta. Es una maldición y te toca pagar el precio. ¡Tú eres nuestra!

La agarre de los brazos y la forcé a que me

besara. No fue un beso, fue una agresión. La solté  
y

rodee la cabaña hasta la entrada principal. No  
llegue

al auto. Solo llegue a las escaleras de la entrada,  
me

senté en ellas y la maldije.

Simplemente no podía verla más y no

tenerla. Quería estar enterrado, bien enterrado en

ella. Sentir sus paredes contrayéndose a mí

alrededor. Me sabía cada uno de sus gestos, su  
risa,

sus palabras, su vida, ella era el maldito amor de  
mi

vida.

No quería rogar, ¡yo no rogaba! Mis pulmones se llenaron del helado aire de invierno y ni así logre apagar el fuego que consumía mi pecho.

Ella quería arrancarme de su vida, y lo único que yo quería, era estar atado a ella. A sus hijos, a su vida.

De conocerla más y hacerla feliz.

Por más que lo pensaba, no lograba entender. Me sentí perdido con su silencio, con su desdén.

Cuando me di cuenta, ya había anochecido.

Y yo estaba congelado. Ahora la gran decisión era

¿Auto o cabaña? Alex no se había aparecido, y el olor a chocolate llamaba desde la puerta de la

cabaña. Deje de pensar y volví a rodear la cabaña hasta llegar a la parte trasera.

Y ahí estaba, congelándose como yo. Solo

que ella fue más inteligente y sostenía en las manos

una taza humeante. Estiró las manos y me la ofreció.

Sin decir palabra recibí la taza y le di un sorbo al chocolate caliente. Eso hizo que mis órganos

volvieran a funcionar.

—Te gusta ¿verdad?

Me senté junto a ella en el pórtico.

Necesitaba redimirme. No había manejado muy bien

su negativa. Los chicos seguramente seguían dormidos y se escuchaba a Alex hablar con uno de sus muchos empleados.

Al sentarme roce su hombro y no se retiró.

Eso ya era un avance. No me iba a romper las pelotas. Alce la mirada para contemplar lo que la tenía ensimismada. Un millón de estrellas alumbraban la noche.

—Cuando niñas. Elena y yo solíamos acampar ahí...

Dijo señalando un pequeño claro, entre los árboles y el patio de recreo que por el momento estaba inservible. La nieve lo cubría casi en su

totalidad.

—Mi papá nos prendía una pequeña fogata,  
y mientras oíamos la madera quemar. Pedíamos  
deseos a las estrellas... ¿Tu alguna vez pediste un  
deseo?

Solo uno. A ella.

—No. En mi casa fue diferente. Mi papá  
siempre fue un carbón sin corazón y mi madre  
estaba muy ocupada auto convencándose que las  
amantes de mi papá, eran solo “empleadas” o que  
la  
muerte de su hermana no era su culpa. Mi madre  
bebe mucho.

—¿Por qué iba a ser su culpa? ¿No fue un accidente?

Trague saliva al escuchar los pasos de Alex.

Era un tema que le dolía y simplemente lo evitábamos.

—Mi papá salía con mi tía, antes de fugarse con mi mamá.

Afirmó Alex al sentarse junto a Kai. Ya la teníamos como debía de estar siempre, entre los dos.

—Mi madre solía decir, que se enamoraron instantáneamente. Mi tía nunca se recuperó del

engaño.

Alex tomó la mano de Kai y se la llevó a la boca. El muy imbécil era un romántico sin remedio.

—Pero si ella fue la ofendida, ¿Por qué iba a tener la culpa del accidente?

Los dos tragamos saliva. Los dos sabíamos que las probabilidades de que hubiera sido un accidente eran mínimas.

—¿Podemos hablar de otra cosa?

Kaira se soltó del agarre de Alex y se puso a la defensiva. El aire se hizo más denso, se cargó.

—¿De qué te gustaría hablar, Owen? ¿De

cómo supieron dónde estaba o del modo que me gritaste hace un rato?

Bufé cerrando las piernas. En un descuido me dejaba sin pelotas.

—Kaira, ya no eres una mujer libre. No puedes esconderte así, no de nosotros.

Cerró los ojos y me quitó la taza de las manos. Esperaba que no se le ocurriera estrellármela en la cabeza.

—¿Realmente crees en los finales felices, Owen? Yo no creo que nadie este programado para vivir cincuenta años juntos. No creo en el

matrimonio, no creo en la fidelidad. Pero si creo en

el amor, en el compromiso que tengo con mis hijos

de hacerlos personas de bien. Fue mi decisión

tenerlos, es mi responsabilidad hacer lo mejor para

ellos. Y no creo que involucrarlos en una relación donde su madre se acuesta con dos hombres a la

vez, los vaya a beneficiar en nada.

Oh, eso dolió. Dolió duro, fuerte. Fue un

dolor... encabronado.

Alex se levantó, se ajustó la chamarra y con

mirada fría murmuró.

—Owen. No podemos forzar a nadie que

nos quiera...

—Alex...

Intente mediar, pero las cosas ya estaban fuera de control.

—¡No! Todo se puede forzar, menos el cariño. Y lo que menos queremos es hacerle daño a

ella o los mellizos ¿Cierto? Vámonos, aquí no somos

bien recibidos. No es la primera vez que nos rechazan, y te aseguro que tampoco va a hacer la última.

Me dolió más verlo sufrir, que el rechazo de Kaira. Yo sabía que con tiempo y paciencia, Kaira

se

iba a dar cuenta que estábamos destinados a estar juntos. Pero ver a Alex sufrir... rechazado. Eso era otra cosa.

Alex se inclinó, y le dio un beso en la coronilla, antes de dar la media vuelta y caminar rumbo al auto. Kaira empezó a sollozar, calladamente, dolorosamente.

Antes de levantarme, pase un brazo por sus hombros y acerque mi nariz a su cabello para aspirar su aroma. Lo memorice. Temía que eso era lo único que me iba a quedar de ella. El recuerdo de su aroma, de su sabor, de su calor.

—Tú y él...

Un sollozo interrumpió sus palabras. Antes de que hundiera más el cuchillo, me dirigí al auto.

Cerré la puerta y dejé afuera a la mujer de mis deseos, a la mujer que soñé.

**Chicken soup for the**

**soul**

**Alex**

Pasamos lo que restaba de la semana

jodiendo a la gente. Alguien tenía que pagar el dolor.

Y nadie mejor que los empleados. Incluso Gamble que regresó antes de tiempo, se mantuvo a

distancia.

Para año nuevo Gamble nos echó de casa.

Viajamos a Nueva York con la esperanza de que los

juegos sucios de la gran manzana nos despertaran.

No funciono, regresamos con resaca, con menos dinero y sin haber olvidado a Kaira por un solo minuto.

Paso un día, después dos. Una semana, dos.

El vacío del pecho no se cerraba. Mi cuerpo se hizo

pesado, lento. Pase mucho tiempo en la piscina

nadando hasta que mis brazos y piernas no

respondían. Me quería hundir, quería olvidar,  
quería

desaparecer.

No volvimos a repetir su nombre. No

volvimos a hablar de ella. Dejó de existir.

Retiramos

definitivamente a Tony de su labor y la dejamos

sola. Lo único que hicimos por ella, fue mantener  
el

depósito mensual de su sueldo.

—Tres meses. No más.

Asegure. No estaba seguro si eran tres meses

de sueldo o tres meses de duelo. Porque algo era  
seguro. Nos estábamos muriendo, lenta y

dolorosamente.

—Quiero ir.

—Pues ve.

Me encerré en mí mismo. Ni siquiera el

trabajo me sacaba del letargo en el que me había hundido. Ya habían pasado nueve semanas, tres días

y siete horas desde que la dejamos ir y nosotros no teníamos para cuando salir del duelo.

—No. Quiero que vengas conmigo. No podemos seguir así.

—Ve tú. Yo tengo cosas que hacer.

Estaba tirado en el sofá de mi habitación

“leyendo” a King. Una lectura muy adecuada para el

desamor, mejor “Misery” que “Chicken soup for the

soul”. Aunque leer era decir mucho, tenía dos

semanas con el libro en las manos y seguía en la misma página.

—Si voy solo, no me vas a sacar de ahí hasta que me seque de tanto coger. Alguien tiene que cuidarme.

Ojala pudiéramos...

—¿No extrañas coger?

—¡Joder Owen! Una hora, no más.

Por supuesto que extrañaba coger. La bruja

nos rompió el corazón, no las pelotas.

¿Por qué nos dirigimos a “Surprise”? Porque éramos masoquistas. En ese lugar estuvimos por primera vez con Kaira. Por primera vez escuchamos

sus gemidos, presenciamos el sonrojo de sus mejillas cuando el orgasmo la atrapaba. Ahí fue donde me hundí en su boca por primera vez, donde sentí la calidez de su piel, donde me enamoro.

Entramos con paso firme al bar que no tenía pinta de bar. Con su entrada discreta engañaba a cualquiera. Nuestros pasos retumbaron en el mosaico blanco, y a nuestros oídos llegó el sonido

inconfundible del erotismo hecho música.

Parecía el mismo sitio, pero la verdad era que todo había cambiado. Owen, ella, yo, ya nada era igual. Y lo comprobé, al ver mujeres desnudas, excitadas del erotismo que se respiraba en el ambiente y no sentir nada. Nada. ¡Ni cosquillitas carajo!

Después de la tercera copa, ya quería regresar al penthouse y meterme en la cama para seguir revolcándome en su recuerdo. Para vaciar las pelotas, ya tenía mis manos.

—Ahora vengo.

Balbuocé Owen. Vi cómo se desaparecía en una de las habitaciones múltiples y me pregunte si realmente lo iba a hacer.

Lo seguí solo por curiosidad. Si él podía olvidarla lo suficiente como para meterse en un cuerpo que no fuera el de ella, seguramente yo también podría.

Una morena de cabello castaño como Kaira, estaba platicando con una rubia delante de nosotros, Owen se acercó y paso su mano por el talle de la morena.

¡Qué listo! No puedes tener el original,

tomas una copia. Una copia mala de una mujer perfecta. Antes solo las rubias y pelirrojas le llamaban, hasta en eso nos había cambiado.

La trigueña le sonrió como si hubiera ganado el premio mayor. Owen no le devolvió la sonrisa, solo se dignó a besarla y manosear su cuerpo. No la acariciaba. La manoseaba buscando el deseo que Kaira se llevó.

Y como era de esperarse, no lo encontró. Le susurró algo a la trigueña y dejándola atolondrada se dirigió a donde yo estaba.

—La voy a matar.

Masculló cuando paso a mi lado. Levante mi

copa como aprobación al plan. Era justo, ella nos mató primero a nosotros.

No hubo asesinato, ni plan. Solo dos

hombres vacíos, que compartían el mismo dolor.

Eso también era justo, si compartimos el cielo, había

que compartir el infierno también.

Como todos, había días en que la distancia

devoraba mi sentido común. La quería tener, tanto

amor necesitaba salir y lo quería hacer a través de la

piel. Esos días sentía que moría, estando a su lado estaba salvado, no teníamos nada, hasta que ella

llegó. Yo estaba roto, llegó ella y me compuso.

Ahora no paraba de sentir; quería sentarme a llorar,

sacar de adentro mil cosas, todo... me sentía tan débil.

Esos días no había lucha, simplemente me dejaba ir.

Uno de esos días tuve suerte. La vi saliendo del edificio con Sophie y Kurt de la mano. Su cabello

volaba con el viento, libre y en ondas perfectas. Iba

de mezclilla y con zapatos bajos. No usaba los tacones que la acercaban a mí boca. Los niños

brincaban, reían y no paraban de hablar. Kaira les contestaba con una sonrisa; tierna, cariñosa, así como era ella. Deseo tanto estar con ellos, reír con ellos, hablar con ellos, incluso brincotear con ellos.

Y dolió tanto.

Di la media vuelta y camine con el frío aire azotando mi cara, hasta que encontré un taxi que me regresara al infierno. No podía seguir viéndola y no tenerla.

**Touch**

**Owen**

Tres meses. Trece semanas de vacío. Desde

que se fue no quedo nada que sentir. Donde estaba el corazón que ella hizo latir, solo quedo un hueco. Nada. Ni siquiera un triste recuerdo de lo feliz que me hizo sentir.

Lo que si quedo, fue confusión, coraje, frustración. Logré mantenerme lejos de ella diez días, solo una semana en la que luche con toda mi energía para dejarla sola. Nos fuimos a Nueva York,

la oficina estaba vaciá por la brillante idea de Alex

para que todos tomaran vacaciones. Solo había uno

que otro despistado que pago con nuestro mal

humor.

¿Qué había con esa maldita bruja que me hacía sentir como un maldito loco? Ya había tenido mujeres bellas en mi cama. Pero ninguna de ellas logró mover mi mundo de la manera que ella lo hizo. No era solo su belleza, ni sus secretos, ni el reto que representaba. Era ella... fue como si mi corazón la reconociera. ¡Mierda! Eso sonaba tonto, cursi, aunque era la verdad. Mi corazón la reconoció... era ella, la mujer que mi corazón amaba y mi cabeza deseaba. Y la muy bruja me dejó. Con el paso de los días me fui

acostumbrando a sentirme vacío. Dedique mis días a la exposición, a la fundación, a resistirme a la necesidad de verla, de sentirla. Pero había días de debilidad en los que sencillamente no lo podía manejar. No era mi culpa, era de ella, despacio me había hecho suyo. Me acostumbró a su presencia cada minuto del día. La extrañaba tanto, que los segundos se hicieron eternos.

Había días, en que le pedía a Charly que se estacionara en frente del edificio donde estaba su departamento con la esperanza de verla, no importaba que fuera de lejos. Solo quería constatar con mis propios ojos que estaba bien, que seguía viva.

En lo que me debatía en lo que quería y lo que debía, la puerta de cristal se abrió y salió la causante de todos mis pesares. Tan sencillo que era

aceptarnos, invitarnos a dormir con ella y jugar con

los mellizos. Esa mujer lo complicaba todo.

Y no tenía piedad de mí. Vestía un pantalón

de yoga color negro, con letras rosas en la parte trasera que decían “Touch” ¡Touch! ¡Yo le iba a

tocar, nalguear y coger ese trasero, hasta que le fuera imposible sentar!

Cruzó la calle y se metió a un local antes de

que pudiera cubrirla a besos. A quien engañaba,

temblaba con solo verla. Salí del auto sin importar

la

fuerte nevada que caía, me acerque al local y la vi

saludar a un grupo de mujeres que la recibieron a besos, lograba verla perfectamente a través del

enorme ventanal del local. Hablo con ellas un par de

minutos, antes de que un imbécil la rodeara por la

cintura y la abrazara. Kaira sonrió. Sonrió... y

termino de matarme.

Me recargue en el muro de la entrada antes

de que hiciera un espectáculo y me dejara caer en la

acera, suficiente era con jugar al acosador. Se quitó

la enorme chamarra que la cubría y dejó a la vista su

preciosa figura. El pantalón de touch y una

minúscula playera rosa, eso era todo lo que usaba.

Sus preciosas tetas se marcaban perfectamente y

para nadie quedo duda lo sabrosas que estaban;

llenas, firmes, listas para una buena mordida. La vi

subir a una de las bicicletas e iniciar la clase de spinning.

Veinticinco

minutos

me

quede

observando cómo pedaleaba, cómo se apretaba su trasero, cómo empezaba a humedecerse su playera por el sudor. Y la nieve a mí alrededor empezó a deshacerse por el calor que emanaba de mi cuerpo.

Bajo la velocidad del pedaleo para tomar agua y una gota recorrió la comisura de su boca con tormentosa lentitud. El cabello se pegaba a su cuello, cómo yo quería pegarme a ella. Se limpió el sudor con el antebrazo y vi cómo arqueaba la espalda. ¡Dioses del pecado, ayúdenme! Recordé cada vez que su espalda se arqueó para recibirme, cada vez que sudó bajo mi cuerpo, cada vez que

retire de su sonrosada cara el cabello que caía en su

frente después de un orgasmo.

—Vámonos.

Le ordene a Charly en cuanto subí al auto.

Directo a Dite, donde ahora solo vivíamos Alex y yo.

## **Quiero Amar**

### **Kaira**

No logré olvidarlos, ni siquiera deje de pensar en ellos. No había respiro, no había nada.

Hablaba conmigo misma sobre ellos. Recordando sus palabras, sus acciones, sus gestos cuando los

tocaba. Despertaba en las noches y abrazaba la almohada para aferrarme algo y no caer al vacío.

Todo estaba desafinado, equivocado. Pasaba madrugada tras madrugada de la misma forma.

Extrañaba la voz de Alex; fuerte, autoritaria, bella. La sonrisa de Owen, burlona, sexi como el diablo. Sus miradas, su toque. La soledad era lo peor.

¿Y qué haces cuando estás sola? Hacer estupideces.

—Quiero salir. ¿Vamos?

Treinta minutos después, Isa entraba el departamento lista para matar. Elena había llevado

a los mellizos a un carnaval y tenía la noche para mi

solita.

—¿Y los niños?

—Elena se los llevó a uno de esos  
carnavales que organiza su gente.

—¿Y por qué no fuiste tú?

Preguntó mientras se probaba uno de mis  
abrigos.

—Porque el año pasado fui y regrese

pintarrajeada y con trencitas en la cabeza. Sophie  
y

Kurt estaban encantados, mientras yo me sentía un

personaje de caricatura. Además, Elena insistió.

Cosa que se me hizo muy rara, pero se lo atribuí a mi poca tolerancia a sus constantes “comentarios”, que no eran más que críticas.

Últimamente

no

estaba

para

críticas,

ni

comentarios, ni nada...

Caminamos por la zona de bares, buscando

algo que nos llamara. Finalmente nos decidimos por

uno que tenía buena música.

—¿Quieres un trago?

Me preguntó Isa en cuanto entramos.

—No. La última vez no me fue muy bien.

La última vez que salimos, le había

inventado una historia macabra que incluía vómito,

y un mal besador. Además, ahora no contaba con el

apoyo de Tony. Ahora me tenía que cuidar por mí

misma.

—¿Ningún galán?

Negué, mientras buscaba alguna víctima. A

lo mejor eso era lo que necesitaba para dejar de sentirme tan miserable. Un amigo, por una noche.

—Yo no soy como tu Isa. Mi lema es: “Evita el amor a toda costa”.

—Eso es jodidamente depresivo.

—Es realista Eli. Ahora vamos a conseguir con quien fornicar hasta que se nos salgan los ojos.

—¡Ey! ¿Quién eres?

Me agarró del brazo para llamar mi atención. Se veía preocupada.

—Son la nueva Kaira Jones. Hasta nombre de película tengo. Es hora de que vea algún movimiento.

Me levante del banco y me dirigí a la pista.

No tarde en estar rodeada de candidatos para ser el

“amigo” de la noche. ¿Y qué hice? Con el pretexto de

ir al tocador, salí de la pista, del bar y tome un taxi.

¿Por qué fui al penthouse? No sé, añoranza,

temor a que me olvidaran, celos incontrolables por las mujeres que seguramente estaban en sus camas,

Amor, un amor tan profundo que dolía cada vez

más. Solo necesitaba verlos una vez más.

Entre al lobby del edificio con pasos

cansados, lentos. En vez de dirigirme al ascensor,

me senté en los sillones color crema, viendo al infinito y a la nada.

—Kaira

Gamble, el siempre fiel Gamble.

—¿Cómo estás?

Sonreí tratando de esconder el dolor.

—¿Cómo estás tú?

—Solo. Últimamente el penthouse está muy solo.

¿Cómo debía sentirme? Aliviada porque

Owen no lleno el penthouse de muñecas, o más culpable de lo que ya me sentía. Simplemente dolió,

dolía mucho a todos. Inclusive a Gamble que solo nos había dado apoyo.

—Lo siento.

Murmure.

—Yo lo siento más.

Su gesto se endureció más de lo que ya era.

—Te quieren Kaira. Te quieren mucho.

Y yo a ellos.

—¿Sabe qué creo, Kaira?

Se acomodó en el sillón, parecía que había ido hasta ahí, para una sesión. Y la verdad es que me

hacía mucha falta. No tenía con quien hablar. Y

Gamble parecía dispuesto a hacerlo.

—Que lo único que los detiene es el miedo.

Solo una gran y delgada pared que los separa de lo realmente quieren. Una pared de miedo. Solo hay que cruzarla.

Suspire y lo medite. No quería creer que me había escudado atrás de mis hijos para no afrentarme a lo que sentía. Yo no era una cobarde ¿O sí?

—Creo que es más complicado que eso.

Me defendí. Sacó su preciado reloj de oro y me lo enseñó. En la parte trasera venia inscrito:

“L'amore è essere con te. Voglio amare” —El amor es

estar contigo. Quiero amar—. Lo firmaba Simone.

—Qué bello, Gamble.

Le regrese el reloj, y mientras lo guardaba, me dejó sin palabras.

—Simone, era hombre.

Calladita y taradita, así me quede. Nunca me lo imagine.

—Complicado es, una relación entre un

Ingles de color y un Italiano hijo de socialistas en los

años sesenta. Lo de ustedes, es un juego de niños.

Baje la mirada sintiéndome cucarachita.

Todo es relativo, cuando se ve desde afuera. Y yo estaba muy, muy hundida.

—¿Le pido un taxi?

—No, Gamble. Ya me voy.

Me levate y fui caminando con calma hacia

la nada. Antes de perderme, defendió a sus hijos.

—Mis muchachos cuando aman, aman bien.

Debería considerar, amarlos de la misma manera.

¡Mierda, Joder y Carajo! Todo junto.

—Kaira, otra vez es el tal Márquez.

Joder con el hombre. Tres semanas

marcando todos los días, estaba cruzando la línea

del acoso.

—Dile que no estoy.

—Díselo tú, yo no soy tu secretaria.

Elena aventó el teléfono en la cama y salió

de mi habitación refunfuñando. Me senté en la  
cama

y tome el teléfono. Lo deje en mis manos sin saber

qué hacer. Ya no podía darle información sobre

Grupo Carter. ¿Qué querría?

—Señor Márquez.

—Señorita Jones. Qué gusto finalmente  
encontrarla.

Obviamente sabía que me estaba negando.

¿A qué quería jugar?

—¿En qué lo puedo ayudar?

—A dado en el clavo, necesito su ayuda.

Uso un tono condescendiente que no me gustó nada.

—El señor Carter me comentó que ya no está trabajando con su hijo y me pareció una excelente oportunidad para mi empresa. Sé que hizo un muy buen trabajo para la Fundación Carter y me gustaría contar con su apoyo. ¿Sabe? Después de que los Carter rechazaran mi donación, me pregunte

¿Por qué esperar a que otros hagan el bien? Así que

he decidido iniciar nuestra propia fundación, para ayudar a los que realmente necesitan ayuda. Usted sabe que en Latinoamérica los índices de pobreza son mucho más grandes que los de Estados Unidos.

Tengo planeado no solo ayudar con donaciones, sino crear empleos para los más necesitados. Es un

proyecto muy grande y sé que con usted a cargo, podríamos hacer la diferencia para mucha gente.

Por un segundo no supe que decir. Esperaba un soborno, incluso una amenaza, pero no un

empleo y menos de ese tipo.

—Le agradezco que pensara en mí, pero ya tengo trabajo.

Conseguí un empleo de medio tiempo como asistente de oficina que me pagaba una sexta parte de lo que ganaba en mi trabajo anterior. Aunque peor, era nada.

—Por favor considérelo. Estoy dispuesto a pagarle lo doble que ganaba con los Carter. Su experiencia en el

rubro

nos

beneficiaria

enormemente. Queremos hacer las cosas bien.

Ya no sonó tan condescendiente y por un momento me sentí tentada a aceptar.

—Lo siento señor Márquez, es una oferta muy generosa, pero me temó que no puedo aceptar.

Si Owen o Alex se enteraban, me mataban o lo mataban. Seguro alguien acababa muerto. ¿Para qué tentar a la suerte?

—No lo haga por mi o por mi empresa.

Hágalo por la gente que se beneficiaría con su trabajo.

¡No me tientes satanás!

—¿Qué le parece si la invito a cenar? Solo para platicarlo. Le llevé lo que hemos planeado hasta el momento y me da su punto de vista. Sin compromiso.

Total. Nada pasaba por ver los planes

¿Cierto?

—¿Qué le parece si lo cambiamos a almuerzo? No prometo nada, pero puedo darle un par de sugerencias para que inicien con pie firme.

Acepto el almuerzo sin discutir. Me dio los

datos del restaurante y la hora que me esperaba.

Todo parecía profesional y sin truco. Sin embargo era Márquez, amigo de Charles, no podía confiar en él.

Hice lo más sensato que se me ocurrió, pedir refuerzos.

—¿Tony?

—Kaira. ¿Estás bien?

—Sí, todo bien. ¿Cómo estás? ¿Cómo están tus mujeres?

—Bien

Kaira...

Dime

que

necesitas.

Hablamos hace dos días y todo sigue igual. ¿Pasó algo?

Tony no se distinguía por ser chacharero.

Cuando hablábamos, eran pláticas cortas y directas.

A lo mejor le marcaba porque me recordaba a Alex,

directo al punto.

—Es que...

—Dime Kaira.

—¿Sigues trabajando con los Carter?

—Si Kaira ¿Quieres que te comunique con ellos?

Nunca tocábamos el tema Northman—

Carter. Así evitaba cualquier tentación.

—¡No! Nada de eso... Al contrario. Lo que

menos necesito es que ellos se enteren de que hablo

contigo.

—¿Necesitas algo?

—Un favor.

—Siempre Kaira. Lo que sea.

**El regreso**

**Alex**

—Alex. Tiene una llamada del señor Nash.

—¿Nash?

—Tony. El que se hacía cargo del cuidado de la señorita Jones.

Murmuró con cuidado Carla. Kaira, un tema que todos obviábamos, incluyéndome. Eso no evitó

que una sirena sonara fuerte y claro, con luz intermitente roja neón en mi cabeza.

Le hice una señal a Carla para que pasara la llamada y se retirara.

—Tony.

—Señor Northman. Lamento molestarlo

pero...

—Dime Tony.

Al grano, hombre.

—Tal vez no le interese, señor. Pero ayer la

señorita Jones me marcó y me pidió un favor. Que la

acompañara a una cita de trabajo. Estoy con ella en

estos momentos, pero...

—Tony. Estoy perdiendo la paciencia.

Mi pecho empezó a palpar dolorosamente.

—La cita de trabajo es con el señor

Márquez. No ...

—¿Dónde están?!

Márquez. ¡Maldito, Hijo de Puta! Si le tocaba un cabello, juro que...

—En el City.

—No la pierdas de vista Tony. Por favor...

—No se preocupe señor. Yo la cuido.

El muy maldito de Márquez la quería entre sus piernas. No me preocupe por las reuniones que tenía pendientes. Ya Carla se las arreglaría para excusarme.

Salí de mi despacho con el saco en una

mano, y el teléfono en la otra.

—Estoy en una reunión Alex. No puedo hablar.

¿Apostaba?

—Kaira está almorzando con Márquez en el City.

—¡Hijo de puta!

—Te veo allá.

Ya no contestó. Casi escuche sus pasos al salir corriendo de su reunión.

**El regreso**

**Owen**

Si la tocaba... Si la tocaba...

Era en lo único que podía pensar. Si la tocaba, lo mataba.

## **El regreso**

### **Kaira**

Tony no me quitaba los ojos. Podía sentir su mirada y aun así no logré sentirme segura.  
Márquez

mostró las cartas sobre la mesa en cuanto nos sentamos.

Él pagaba – Yo jugaba. Bajo sus reglas, en su tablero y en su tiempo. No mencionó nada sobre el Grupo Carter, eso era un alivio. Su plan era otro,

era

ganarse mi confianza poco a poco y encontrar otras maneras de lavar su sucio dinero. El problema era eso, que era mucho dinero. No es que fuera aceptar el trabajo. Pero la propuesta hizo que saltaran mis ojos. Era una casa, seguridad, universidad. Todo el paquete para los mellizos y yo.

—¿Qué me dice, Kaira?

—Yo no hago nada ilegal.

—Yo tampoco.

Exclamó ofendido. Uno de sus matones se acercó y le susurró algo al oído. El semblante de Márquez cambió. Entrecerró los ojos y se recargó en la mesa para acercarse a mí.

—Supuse que ya no salía con los hermanitos

Carter, Kaira. ¿Todavía juega con ellos?

¡Ojala! Gritó mi destrozado corazoncito.

—No señor. Ya no tengo ninguna relación

con ellos, ni con el Grupo Carter. Así que si la oferta

se trata de llegar a ellos, hemos perdido el tiempo.

No voy a dañar a nada, ni nadie que esté relacionado

con el apellido Carter.

Sonrió y un escalofrío recorrió mi espina

dorsal. Ese hombre no me gustaba ni tantito.

Maldije

nuevamente a la necesidad, necesidad de comer,

de

calzar, de vivir con dignidad.

—Me parece que los señores Carter no aceptaron su renuncia. Mi personal me informa que el señor Northman viene en camino.

Lo sentí antes de verlo. El aire volvió a ser respirable. El sol volvió a salir.

Alex, entró al restaurante custodiado por Charly, que se unió a Tony a unas mesas de nosotros.

—Es mucha gente para una entrevista ¿No te parece? Primero su amigo Tony y después el

señor Northman. El trabajo es solo para usted.

Me susurró, Márquez acercándose más de lo debido. Arrastre la silla hacia atrás y llame la atención del personal del restaurante. Alex llamó más la atención, cuando me tomó del codo y encajando los dedos en mi piel, hizo que me levantara.

Márquez hizo el intento de pararse, pero

Owen salió de la nada y lo detuvo con una mano en

su hombro. Inmediatamente los matones de

Márquez se acercaron y con ellos Tony y Charly.

Me contraje esperando, el golpe, el disparo,

cualquier forma de agresión que desatara el caos.

Márquez les hizo una señal con la mano a sus matones y se detuvieron a unos pasos de nosotros.

—Caballeros, ¿gustan acompañarnos? Kaira y yo estamos pasando un rato muy agradable.

La mano de Alex me estaba haciendo daño.

El brazo se me empezó a acalambrear por el dolor. Y

él no lo estaba notando. Se estaba controlando, no quería saber si el dique se rompía.

—Márquez, te lo voy a decir una única vez.

Rugió Owen fuera de sí.

—Alejate de Kaira. Alejate de nosotros. O...

—O ¿qué?

Se burló Márquez.

—O te juro por lo que más quiero, que yo mismo me voy a hacer cargo de ti.

Si le temblaron las patitas a Márquez lo supo ocultar atrás del sarcasmo.

—Vamos, Joven Carter. No es para tanto.

Siéntese con nosotros y ayude a negociar a Kaira su contrato.

Por un momento me dio miedo. Nunca había visto a Owen con esa mirada asesina.

—Ya te advertí. Te vuelves a acercar a mi mujer y terminas hundido en el Michigan.

Apenas y pude agarrar mi bolsa de la silla.

Alex me rodeo la cintura y me cargó pegado a la suya, mis zapatos no tocaban el piso, me sentí pequeña, más de lo que realmente era.

Las puertas del elevador se cerraron y me reduje todavía más, estaba rodeada de cuatro hombrezotes. Charly y Tony miraban hacia la puerta cerrada sin inmutarse. Íbamos por el piso sesenta, cuando el agobio me ganó. Sorbí y me limpie las lágrimas con el dorso de mi mano.

—¿Cómo?! ¿Cómo se te ocurre? Ese hijo de

puta te quiere entre sus piernas desde que lo conocemos. ¿Quieres estar entre sus piernas?

Alex, nunca hablaba en frente del personal, era muy celoso de su privacidad. Y menos para hablar de piernas e hijos de puta.

Mis lágrimas estaban a punto de derramarse sin reservas, mi labio empezó a temblar y los sorbos de mi nariz estaban empeorando.

—Yo... yo solo... No importa. Lo importante es qu...

—¡Si importa! ¡¿En que estabas pensando?!

Las puertas del ascensor se abrieron y Alex

me volvió a tomar del codo para arrastrarme a la salida. Empezamos a llamar la atención, cuatro

hombrezotes custodiando a un pedacito de mujer

llorosa, no era algo que se viera comúnmente.

No me resistí, cuando me subieron al carro.

Volví a estar entre los dos, solo que ahora iba con la

cabeza baja y las manos entrelazadas, nadie me las agarraba.

—¿Me van a llevar a mi casa?

Owen gruñó, y decidí que lo mejor era, que me llevaran a donde se les diera la gana.

Llegamos al edificio del penthouse y al

bajarme, le di la mano a Tony. Sabía que era él, el que les había avisado a los enanos y también sabía,

que era su manera de cuidarme.

Owen casi me arranca la mano, con la que le agradecí a Tony su ayuda.

—¡No hagas eso!

Fue lo primero que gritó Owen cuando se cerraron las puertas del elevador.

—¡No puedes tocar a nadie más! ¡Tú eres de nosotros!

Fue lo segundo. Volví a limpiar mis lágrimas con el dorso de la mano e intenté con todas mis fuerzas guardar un poquito de compostura. Esto no

era como yo había imaginado volver a verlos.

Owen estaba fuera de sí. Y tenía toda la razón, sí, si era de ellos.

—No fue mi intención alterarlos. Ya lo

decidí, voy a cambiarme de estado y buscar trabajo

en otro lado.

Mi voz sonó más firme de lo que esperaba. A

lo mejor mi inconsciente me gritaba que eso era lo

correcto, aunque ni siquiera yo me imaginaba más

lejos de lo que ya estaba de ellos. Saber que

estábamos en la misma ciudad me consolaba un

poquito. Pero les estaba haciendo daño, me estaba

haciendo daño ¡Dios! Yo los amaba.

—Así que si no les importa, me gustaría salir de aquí, para poder ir a ...

Alex volvió a enterrar sus dedos en mi brazo dolorosamente, antes de sisear en mi oído.

—¿De veras crees, que voy a permitir que te alejes más de nosotros? ¿Qué encuentres a alguien más y tome lo que es de nosotros? ¿Qué te entregues, noche tras noche, a alguien que no te ama como te amamos nosotros? Si crees eso, es que no nos conoces en absoluto. Tú eres de nosotros y de nadie más.

Me acercó a su maravilloso cuerpo y sin preámbulo tomó posesión de mi boca, de mi mente y de mi alma. De todo mi ser. Ya no tuve voluntad, los había extrañado tanto y los amaba todavía más. —Le voy a hacer daño.

Jadeó Alex. La advertencia fue para él y para Owen. Un gemido se me escapó cuando mordió mi hombro. Inmediatamente intento separarse. Lo detuve con mis puños apretando su camisa. Me deje caer sobre mis rodillas, toque su erección y me enardecí al sentirlo. Alex... mi Alex.

—Aquí no.

Owen me levantó y me sacó del elevador en brazos. Directo a la segunda planta.

—Hare que olvides a cada uno de los hombres que osaron tocarte. A Márquez, a Tony, incluso hare que te olvides de gruñón.

Lo vi a los ojos petrificada. Alex no entraba en la lista negra. Me relajé cuando empezó a reírse y a besarme el cuello.

—Te extrañé, Bruja.

Sí. Yo era su bruja.

—Las cosas no han cambiado.

Susurré, pegada a su cuello.

—Deja de preocuparte. De lo único que te tienes que preocupar, es de que cada vez te amamos

más, cada vez va a hacer más insoportable contarnos, de amarnos de la misma manera que nosotros de amamos. De eso es lo único que te tienes que preocupar.

¿Quién estaba preocupada? Observe su rostro tan seguro, tan lleno de vida, con esos ojos salvajes que hacía que mi pequeño cuerpo se contorsionara bajo su protección.

—Lo sé.

Contesté temblorosa. ¡Basta! Ya le pagaría

terapia a los mellizos.

—¿Qué?

Me dejó en el piso de su habitación y empezó a desabrochar mi vestido.

—Que no puedo escapar. Que soy de ustedes.

Me besó con urgencia. Con necesidad de tenerme. Con gratitud.

—Finalmente.

**Maldita Mujer**

**Alex**

Entre a la habitación y me encontré con

Kaira recargada en la cama. Su pecho se comprimía

con el edredón, mientras Owen entraba en ella parado a un lado de la cama. No se estaban midiendo nada. La estaba usando a su antojo y tomando todo su placer.

Me senté en la cama, cerca de su boca que se abría cada vez que Owen entraba en ella.

—¡Mídete!

Jadeó, sin aliento.

—¿Por qué? ¿Por qué me mediría? Tú no te has medido con nosotros. Haz hecho lo que se te ha

dado la gana con nosotros, nos has dejado, nos has mentido, te has ocultado y nosotros somos los idiotas que te siguen esperando...

Owen hizo un movimiento que la hizo gritar fuera de todo límite. Si Gamble se quejaba del ruido, ahora se iba a quejar la ciudad entera.

—Así... Grita como nosotros hemos gritado por ti. Maldita mujer...

Salió de su cuerpo, la volteo y volvió a entrar en ella con ferocidad animal. Se estaba desquitando de los meses de sequía.

Tome mi dolorosa erección y empecé a

subir y bajar la mano. Iba a terminar así, solo viendo

como Kaira se sonrojaba por un orgasmo, como sus

tetas se contoneaban sin control, como sudaba sexo por todo su cuerpo.

Abrió los ojos llenos de placer y no los aparto de mí. Mi erección se agrando, se hincho.

Abrió la boca y me invitó a ella.

Me engulló completo, su lengua jugaba con la cabeza y succionaba mis ideas desde abajo. Me enrede en su cabello y la forcé a tomarme todo. Le dio una arcada, pero ella sola regreso a su cometido.

Adentro, afuera, tan jodidamente perfecto. Mis pelotas temblaron y sin contenerme, le di meses de dolor, rencor, amor.

Espere a que Owen acabara con ella, para sentarla entre mis piernas y hundirme en su empapada concha. Salpicaba de él, de ella, ronroneaba en mi cuello, con su mojada frente recargada en mi hombro. La abrí más y la moje por todos lados. Estaba tan apretada y sin embargo nos aceptaba, se abría para nosotros. La levante y me separe de su cuerpo. Protestó con un quejido, solo dejó de protestar cuando sintió mi intensión. Sin dejar de verme a los ojos, me dejó entrar en su

pequeña puerta trasera. Poco a poco, sin prisa, disfrutando cada centímetro que conquistaba. Me hundí completo y sus esmeraldas se ocultaron tras los parpados. Su cabeza se venció hacia atrás y juró

por todo lo bello que hay en este mundo, que no existió, existe o existirá, mujer más hermosa que ella. Era perfecta.

—Prometelo.

Kaira ya no pensaba, ya no era ella.

Simplemente se dejó llevar en la caja de pasión donde la encerramos.

—¡Promete que no te vas a volver a ir!

Promete que no nos vas a dejar.

Me besó, me mordió, me lamió y me amó.

—Prometelo...

Susurre más despacio en su oído. Un

orgasmo invadió su cuerpo, me atrapó con sus

paredes y me succionó hasta que estalle.

Jadeantes,

sudorosos y sin barreras que impedían que las

mentiras se formaran, contestó:

—Te lo prometo.

Pasamos un par de horas, haciendo que

prometiera todo lo que se nos ocurrió. Incluso, que

me aceptara como novio. Como niños de escuela,

ahora éramos novios.

—Mis novios.

—Yo puedo ser tu pareja, no tienes que decir que soy tu novio.

Owen mordió uno de sus dedos y lamio su empeine. Ni siquiera sus delgados pies nos faltaron por marcar. Volvió a ronronear y a recargar su cabeza en mi pecho.

—Yo no tengo problemas en ser tu novio...

¿De veras, quieres ser mi novia?

Me sonrió y su mano acarició mi cabello.

—Sí, sí quiero ser tu novia.

Owen no me dio tiempo para besar a mi nueva novia. Sus manos rodearon su cintura, acercando su cuerpo al de él.

—¿Y mi pareja? Eres mi pareja.

Sentenció.

—Si Owen. Soy tu pareja.

Volteó hacia atrás y acerque mis labios a mi recién estrenada novia. Owen pidió su turno y atacó

su boca con lengua y dientes. Reafirmando el compromiso entre nosotros.

Llene mi mano de una de sus tetas y la envolví de calor. Mi lengua saboreo el endurecido

pico, hasta que volvió a sonrojarse. Los dos le brindamos el placer que solo nosotros podíamos darle. La envolvimos en una nube de amor, de pasión, de infinita felicidad.

**Tú y él y yo. Nosotros**

**Kaira**

—Te hice daño.

Murmuró Alex acariciando las marcas rojas de mis brazos. Le di un beso en la frente y acabe con el tema.

—Y adolorida.

Gimió, Owen. Si lo estaba, pero era un dolor

delicioso. Y podía ver la inmensa erección de Alex a

través de la sabana, pulsaba con necesidad y una gotita de su excitación se marcó en la sabana, eso pudo conmigo.

—Yo también te necesito.

Susurró Owen, al ver que mi mirada se perdía en la sabana.

—Y yo a ustedes.

Los dos estaban sobre mí casi al instante.

—Tenemos que cambiar posiciones. Ahora Alex adelante y tú atrás.

Dije entre mordisco y mordisco.

—Tenemos que hacer cara a los hechos.

Bromeó Owen, sonriendo.

—Hemos creado un monstruo.

Nos llenamos de una sensación de bienestar, de que el mundo finalmente giraba en el sentido correcto. Todo fue tan sencillo, cuando acepte que estaba ligada a ellos, como el calor al fuego.

Era notorio como la tensión abandono

nuestros cuerpos, me dieron un beso en cada mejilla

y con un gran suspiro los tres caímos contra la espalda viendo el techo. El placer tintineaba a través de mi cuerpo, rodeados del calor que

emanaban los tres cuerpos bajo la sabana. La esencia de los tres se mezclaba deliciosamente.

Realmente podía quedarme ahí; Viendo el infinito, pegada a los cuerpos de los hombres que amaba, disfrutando de ellos todo el día... ¡Oh! Sonaba a sueño, un suspiro escapo de mi pecho, era un sueño.

—Solo tenemos que adaptarnos a nuevas reglas, cariño. Así podemos estar para siempre.

Le sonreí enternecida a Alex, eso sonaba tan fácil.

—¿Me acompañas a la regadera?

La mano de Alex se deslizo de mi estómago

hasta mi cuello pasando por el valle que formaba mi

busto, buscando mi mirada. Guio mi cara hacia él y

después de que me negara a su invitación con un pequeño movimiento de cabeza, me dio un beso duro y rápido, muy de él.

Con un movimiento fluido abandonó la cama y se dirigió al baño. No pude dejar de ver su impresionante cuerpo, todo dureza y musculo por donde quiera que vieras.

Owen rio y supe que me había cachado viendo a Alex.

—Es impresionante ¿Cierto?

Murmure intentando evitar su mirada. Un

sonrojo cubrió mi rostro y quise esconderme de sus

burlas. Pero él no se burló, mientras acariciaba mi cuello solo dijo:

—¡Na! Si te gustan los hombres pedantes y mandones.

Una pequeña carcajada brotó de los dos. Si

alguien era pedante y mandón era él, sobre todo entre sabanas.

—¿Vas a cumplir?

Trate de separarme, pero sus brazos me

apretaron hacia él, evitando que moviera un solo cabello. Me deje ganar ¿Qué sentido tenía resistirme?

Por más que intentaba que mi parte racional se impusiera, terminaba en la cama con ellos. Lo más importante, terminaba entre ellos. Ya no importaba el impresionante sexo, importaba que terminara entre ellos. Entre sus cuerpos, sus cabezas y rezaba con todas mis fuerzas, que también entre sus corazones.

—Supongo... Creo que no tengo otra opción.

Fue una mezcla de queja y deseo. Ya se vería

con el tiempo, hacia donde se inclinaba la balanza.

—¡Alex! ¡Sí va a cumplir!

Gritó Owen con su característica sonrisa de demonio.

Alex salió de la ducha a medio enjabonar, corrió hacia nosotros y se abalanzó contra mí.

—¡No! Estas todo mojado.

No fue queja, más bien dicha.

—Te amo, Kaira.

Suspiró Alex, pasando su mano por mi cara para retirar el cabello que se pegó a mi piel con el agua que escurría de su rubio cabello. Lo vi a los ojos y me encontré con una mirada de adoración.

Owen se acercó por el otro lado y con dos de sus dedos hizo que lo viera a él.

—Yo también, Kai. Esto es increíble. Ya verás que va a funcionar.

Deje que sus palabras se abrieran camino por cada parte de mi cuerpo. Y por primera vez, les creí. La felicidad brillo tan fuerte dentro de mí, que seguro resplandecía si abría la boca. No la abrí. No quería correr riesgos.

**Anti Niños**

**Owen**

—La conexión que tenemos va más allá de lo físico y tú lo sabes. Nosotros no podríamos sentirlo si tú no lo sintieras también.

—Habla Kai.

Mi orden funcionó. Kaira asintió y susurró un pequeño:

—Sí.

—Yo también lo siento Kai. Es real y único.

Te prometo que va a funcionar.

Mis palabras sonaron a juramento, a promesa para siempre.

—Pero la gente...

—Deja que el mundo entero se joda en

llamas por la envidia. Solo tú y él, cuando estemos

solos, solo ahí es cuando nos podemos joder unos  
a

los otros; Gritar, morder, maldecirnos si tú  
quieres.

En el día podemos ser las personas más correctas,  
en la noche, cuando solo estemos nosotros tres en  
la

habitación, ahí es cuando son solo míos. Solo  
míos,

así como yo solo soy de ustedes, nunca olvides  
eso.

Suspiro abrazándome fuertemente, casi  
dañándome.

—Entonces... ¿estamos claros?

Casi sentía la victoria en las manos... casi.

—Owen, para mí el amor es un regalo, no una obligación. No quiero que estés conmigo porque te gusta como cojo. Sino por la persona que

soy. Lamento mucho que tus planes no hayas incluido niños. Pero ya te lo dije, yo soy paquete completo.

—¿Por qué me ves a mí? ¿Por qué no le hechas la mirada a Alex?

—Porque tú eres el anti niños. Tú eres el que no quiere tener hijos.

Ya empezaba a surgir la madre. Tenía que arreglar sus mierdas, si quería algo de Kaira.

—No, no, no. Yo nunca dije que no me gustaban los niños.

—Claro que sí.

—No.

Puntualice.

—Yo dije que mi instinto paterno todavía no despertaba. Deja que despierte, dejame conocerlos y que ellos me conozcan.

Kaira volvió a guardo silencio y después de unos minutos que se hicieron eternos, balbuceó:

—Si mis hijos salen lastimados...

—Ey, ey, ey. Nadie va a salir lastimado.

Estamos juntos en esto. ¿Está bien?

Como siempre, Alex sacó mi trasero del

fango. Kaira asintió y volvió a sonreír. Así de fácil,

esa mujer confiaba en nosotros ciegamente. No podíamos fallarle.

El infierno que vivimos, rápidamente fue

reemplazado por risas, y palabras de amor. Todo lo

que era mío, se volvió de ella, especialmente mi corazón. ¿Quién lo iba a decir?

Le pedimos a Tina que nos subiera algo de comer. Ya casi era hora de ir por los mellizos y Kaira empezaba a estresarse.

—Los mellizos no han tenido imagen paterna. Siempre han estado rodeados de mujeres...

—Y de Elena.

Sonrió y se volvió a iluminar la habitación.

¿Cómo se podía ser tan bella y no venir con advertencia? Sus padres tenían que haber sido dioses para crear tanta belleza.

— Y de Elena.

Concedió.

—No sé cómo manejar la situación. Cómo...

cómo

—No te estreses, cariño. Las cosas se van a ir dando como se deben dar, Naturalmente y sin forzarlas. Ya verás.

Prometió, Alex. Aunque a mí no me quedaba muy claro, cómo iba a funcionar.

Guardó silencio por unos minutos y por un momento pensé que íbamos a volver al principio.

—Kai, No pasa nada porque nuestro amor no sea perfecto... es perfecto para nosotros.

Nosotros somos honestos, nosotros nos amamos.

¡Compartimos, nos compartimos! Si no lo

intentamos, si no te unes a nosotros, nunca vas a poder ser feliz. Yo quiero estar contigo, con ustedes.

Y lo decía de corazón.

## **Cita con Alex**

### **Kaira**

¿Qué haces cuando tienes nuevo novio o

pareja? Tienes citas. Y las mías se decidieron de la manera más equitativa. Con un volado.

—Tú sabes todo de mí, ahora es mi turno.

Alex no era un hombre de sonrisa fácil, pero cuando lo hacía, el cielo se abría.

—Dispara. ¿Qué quieres saber?

Acepte la oferta inmediatamente. No fuera ser que cambiara de opinión. El restaurante era íntimo, elegante y rico. Muy del estilo de Alex.

—Hablame de tus padres.

—Los mejores. Simplemente los mejores...

Dio un trago a su vino tinto y la sonrisa murió.

—hasta que fallecieron, por supuesto.

No quería que se entristeciera, lo mejor era cambiar de tema.

—Si es algo doloroso, mejor hablamos de

otra cosa... ¿de Owen?

—Ah no, señora mía. Owen va a tener su turno, ahora es el mío.

Arrastre mi silla y la junte con la suya. Lo agarre por el cuello, apreté su rubio cabello y lo forcé a besarme. Que nos sacaran del restaurante por indecorosos se convirtió en el menor de mis preocupaciones. Alex tenía que saber que en ese momento solo existía él, y solo él.

Lo solté hasta que un jadeo fue lo suficientemente audible, como para sacarme del paraíso que era su boca.

Jadeante y con la mirada llena de deseo, dijo

en voz grave:

—Yo también estoy solo contigo.

Hice un guiño para reafirmar su decreto. Los dos dimos un largo sorbo al vino y nos recompusimos del deseo. Todavía no era tiempo para eso.

—Ahora sí, hablame de lo que quieras.

—Mis padres... Bueno, como tú sabes, mi madre y la mamá de Owen eran hermanas, solo que mi madre heredo todos los genes buenos.

—¡Alex!

—Es la verdad, y Owen es el primero en

reconocerlo. Lilly y Lacey Carter eran como el agua

y el aceite; Muy parecidas físicamente, pero en esencia completamente diferentes. Lilly es mucho más superficial, sé que muy en el fondo, es buena persona. Me adoptó cuando pudo dejarme bajo el cuidado del estado y sin embargo, fue la primera que apareció en casa después del accidente, se hizo

cargo de mí desde ese momento y me dio lo mejor de toda mi niñez, me dio a Owen.

Era imposible no sonreír al imaginar a Owen y Alex como niños. Debieron ser adorables y tremendos.

—El problema es que me lo dio,

literalmente. Se olvidó que ella era la madre y me dejó el trabajo a mí.

Una expresión de placer y regocijo cruzo por su cara al recordar algo.

—Aunque no me quejo, Owen siempre dio muchos problemas y era... es, muy divertido sacarlo de ellos.

—¿Qué clase de problemas?

Me dio la impresión que los problemas, eran más bien juergas... ¿O Juegos? Tal vez desde chicos “jugaban”.

—Oh, tu no quieres saber de nuestros problemas.

Me dio un beso rápido en los labios y con ello afirmo mi teoría. Sus “problemas” incluían mujeres, camas y sus propias reglas.

—En fin... ¿En que estaba?...

Antes de que preguntara sobre los juegos, desvió el tema.

—En que mi papá era novio de Lilly, pero en una de sus visitas a casa del abuelo conoció a mi madre y ahí inicio todo. Se enamoraron instantáneamente, mi padre dejó a Lilly por mi madre y la rivalidad entre hermanas cada vez fue

más fuerte, hasta que un buen día, todo estalló. Mi madre anuncio que se iba a casar con mi padre y que estaba embarazada, Lilly no lo manejo muy bien

e hizo algo terriblemente estúpido, se casó con Charles.

Mi expresión debió decir todo.

—Así es. Owen nació por despecho, yo nací por amor.

¡Que terrible! Mis hijos, aunque no planeados, siempre han sido queridos. Ni siquiera me quería imaginar lo que Owen debió sentir cuando se enteró.

—Las hermanas se separaron totalmente...

Mis padres nunca comentaron nada, pero yo siempre he sospechado que Lilly nunca los dejó en paz.

Subió los hombros como señal de insignificancia a lo que había dicho. No funciona, yo lo conocía mejor. Y a Alex le perturbaba algo.

—Y después, pasó lo que pasó. Mi papá perdió el control del automóvil en una noche completamente despejada y chocó contra un tráiler.

—¿Crees que no fue así? ¿Qué algo más

sucedió?

Negó despacio con la mirada perdida en la copa semivacia de vino.

—No... no sé. No hay evidencia de nada mas... Tal vez, solo quiero creer que la culpa no fue de mi padre, que alguien más estuvo involucrado. Tome su mano y entrelace mis dedos con los suyos. De repente pareció pequeño, necesitado de consuelo. Y sin dudarlo intente dárselo.

—No tienes que hablar de eso. Mejor cuéntame algo chistoso, algo de tu juventud.

Le di un beso en la mano y funcionó, la

expresión de dolor se difuminó y volvió el Alex fuerte y decidido que tanto me gustaba.

—Eso es fácil. Cuando Owen cumplió dieciocho años, te soñamos. No, en realidad fue un deseo.

Mi risa llamó la atención del mesero, que rápidamente volvió a llenarnos las copas de vino.

—¿Cómo me soñaron?

El ambiente se aligeró notablemente, esto era mucho más llevadero para él.

—Como se piden los deseos; viendo las estrellas y diciendo lo que más quieres. No nos decidíamos por el color de ojos, pero si mal no

recuerdo, todo lo demás fue fácil.

Sabía que estaba bromeando, aun así, la sangre corrió a mi cara avergonzándome.

—¿Y soy todo lo que pidieron?

Susurre coquetamente acercándome a él. Él respondió mi coqueteo acortando la distancia que nos separaba. Justo antes de que nuestros labios se encontraran, jadeó:

—Eres más.

¡Oh, Dios! ¿Cómo se suponía que me iba a resistir? El beso duro más de lo debido, toda mi sangre se acumuló en la parte baja de mi vientre. Mi

pecho rogaba por una caricia, un roce, lo que fuera...

—No voy a dormir contigo.

Lo dije más para mí, que para él. No funciona. Lo deseaba toditito.

—En serio.

Intente sonar decidida, pero el jadeo en mi voz le restó credibilidad a mi declaración.

—¿Apostamos?

Antes de que perdiera dinero, con el guapísimo y pretencioso hombre que acariciaba mi cuello delicadamente, opte por apostar en otro

asunto.

—Mejor hablame de tu divorcio.

Eso le baja la temperatura a cualquiera.

—¡Vaya! Solo tú sabes cómo subirlo y

bajarlo en segundos.

Se quejó, reacomodándose en la silla y

señalando su entrepierna con la mirada. Le hice un

guiño que decía: lo siento. Y espere a que agarrara

valor del vino tinto. Por su expresión me pareció que deseaba algo más fuerte que un vino.

—Conocí a Dana en un bar.

—¿Estabas de cacería?

No mostro vergüenza y asintió.

—Salimos de ahí directo al hotel; sabiendo a lo que íbamos y que era sin ningún tipo de compromiso. Funciono bien hasta el tercer día, que me invito a su casa y acepte ir.

—¿Estuviste tres días encerrado con ella en el hotel?

Apretó con firmeza las mandíbulas, esa fue su respuesta.

—Así que te gustó.

El dicho que dicta; “Lo que no fue en tu año, no te hace daño”, no me conocía. Sentí que mi pecho se comprimía de la carga enorme llamada celos.

—Salimos durante un par de semanas; días si, días no. Hasta que anuncio que estaba embarazada.

Hizo un pequeñito puchero con la boca y supe que todavía le dolía. Lo que no sabía es qué. Me

resistí a pensar que estaba enamorado de esa mujer.

—Muy dentro de mí, sabía que no era mío.

Pero el código genético que herede de mi padre se impuso y le pedí matrimonio... Ni un solo día sentí

emoción al acercarme a casa, no había nada entre ella y yo, hasta que nació Viri.

Su semblante se transformó en ese instante  
y supe que es lo que le dolía; Le dolía su hija.

—La obligación se transformó en amor.

Amaba a Viri y Dana no dudo ni un instante en usar  
eso en mi contra. Aguante tanto como me fue

posible, hasta que Owen se impuso y me recordó

que tenía orgullo. El proceso de divorcio fue duro  
y

desgastante, cedi en todo con tal de que me dejara  
a

la niña. Pero si me dejaba a la niña, no iba a tener  
pretexto para seguir sacándome dinero y se negó.

—¿Le sigues dando dinero?

Asintió con la mirada baja, no era algo de lo

que se sintiera orgulloso.

—Muy de vez en cuando y solo con la condición de que Viri siga en el internado que escogí.

—¿Mandaste a la niña a un internado?!

A punto estuve de levantarme de la mesa.

Desde mi manera de ver, ni las perras dejan a sus crías.

—Con el estilo de vida que lleva Dana, una niña sobra. Son fiestas todos los días, noches en hoteles con desconocidos, drogas, cirugías, una vida

carente de sentido. Viri pasaba todo el día con el personal de la casa y arriesgándose a que su madre

se olvidara de pagarle al personal. Por lo menos  
en

el internado sé que está segura y cuidada.

Se justificó.

—Yo nunca dejaría mis hijos.

Ni en sueños, ni en pesadillas, ni siquiera por  
ellos los dejaría.

—Lo sé.

Me sorprendió la vehemencia con la que se  
expresó.

—Por nadie.

Le confirme. Tomo mi cara entre sus manos  
y me acerco a la suya.

—Lo sé...

Aunque siempre estaba la presencia

omnipresente de la lujuria y el deseo en cada uno de

nuestros besos, ese beso fue de amor, de adoración.

Cargado con ternura y respeto.

—Y por eso te quiero.

Susurró pegado a mis labios.

Ya no hubo más palabras, pedí la cuenta con premura. Necesitaba hacerle el amor a ese hombre.

**Cita con Kaira**

**Alex**

Roce con uno de mis dedos los endurecidos  
picos.

—¿Tienes frío?

Cruzo los brazos ocultando la hermosa

vista, aunque los aplasto de tal manera, que me  
dejó

ver más carnita. No me queje.

—Un poco.

Extendí mis brazos para recibirla.

—Ven cariño. Yo te caliento.

Su piel se tornó rosa. Deliciosa. Y casi

agradecí la incompetencia del valet para traer el  
auto.

—Prometo que mantengo todo adentro del pantalón.

Me premio con una sonrisa y solita dio el pasito que la separaba de mí.

—Me gusta estar en tus brazos. Me siento protegida.

Mi pecho se hincho de orgullo. Yo quería protegerla.

—Estas protegida. Te prometo que nada te va a lastimar si te quedas en mis brazos.

La rodee y pude sentir cada una de sus curvas, de su hermoso cuerpo amoldándose

perfectamente al mío. En ese momento el valet  
decidió perder su propina y aparecer.

El recorrido hacia el penthouse fue corto y  
silencioso. No le pregunte si estaba de acuerdo en  
ir,

aposte a lo grande y cuando salió del auto sin  
rechistar, supe que había ganado.

Entramos al elevador con chispas pasando  
de un cuerpo al otro. Mantenía la mirada perdida  
en

uno de los espejos, la busque y cuando la encontré,  
me sonrió. ¡Dioses de los elevadores! Que se  
apagara

el sistema de seguridad y me depararán hundirme

en ella. Los dioses se apiadaron de mí, y se abrieron

las puertas del penthouse.

Inmediatamente me fui sobre ella. Me

divirtió el gritillo de miedo que salió de su pecho.

¿Por qué las mujeres gritan sin razón?

—Me asustaste, bruto.

Me dio un pequeño manotazo en el pecho y

mi sangre bullo al instante. Hundí mis manos en su

perfecto trasero y la levante sin esfuerzo. Kaira

hecho la cabeza hacia atrás y después de un quejido

que sonó a una pelea entre el quiero y el puedo.

Hizo lo correcto, y enredo sus piernas en mi cintura.

—Me voy a sentar. Te quiero mantener caliente.

Lo dudo un poquito, pero se dejó guiar al sillón. La senté en mis piernas y la acune en mi pecho. Era el momento exacto para ganar la partida de una vez por todas.

—Solo queremos cuidarte, cuidarlos...

Dejanos cuidarlos.

Su mano se recargó en mi pecho a la altura de mi corazón. Sabía que podía sentir como bombeaba, rápido y fuerte. Y solo por ella.

Subió la mano acariciando mi pecho hasta el  
cuello. La electricidad cobro fuerza en mi cuerpo.  
Mi pantalón se achico considerablemente. Todo mi  
cuerpo quería tocarla. Levantó su carita y me  
ofreció esos labios que gritaban ¡muérdeme! Y así  
lo  
hice. La bese con todo, me metí en su boca  
hambriento de su sabor, de sus gemidos. Mis  
manos  
rápido hicieron su trabajo y empecé a sentir el  
calor  
de su piel. Por cada pieza de ropa que caía al  
suelo,  
su calor me invadía. Caí a sus pies al sentir la  
humedad de su coño. Mojada y caliente, lista para

mí.

Manténía cada una de sus piernas separadas y rodeando mi cadera. Abierta para recibirme. Mi verga ya estaba liberada, lista para entrar en combate. El calor que salía de su cuerpo me llamaba desesperadamente.

—Owen.

Jadeó entre mis labios.

—No cariño. Soy Alex.

Empezó a reír y a vibrar encima de mí.

—No. Me refiero a que no podemos hacer esto sin Owen.

—Si cariño. Si podemos, mira...

Empuje y me enterré en el paraíso. Su calor me envolvió, su carne me apretó. Un grueso gemido

salió desde mis pelotas.

—Así cariño... así...

Ella me siguió en el vaivén de caderas. Su piel apretaba cada vez más, cada vez más caliente.

Esos jadeos que sonaban a música celestial salían de

sus labios para volverme más loco. Tuve que cerrar

los ojos para controlar la ola de placer que amenazaba con ponerle fin al momento.

Me pare y la acosté en el sillón. Levante una de sus piernas y la lleve a mi hombro. Empuje más fuerte y sentí el final de sus entrañas. Lleve mis dedos a su boca y mi mujer enseguida los chupó, los

mojó y mordisqueó para mí. Su grito de placer al chocar mi cuerpo con el suyo hizo vibrar las

paredes de la habitación. Le volví a dar duro, baje mis dedos mojados a su centro, rodee los abultados

nervios y frote hasta que su carne ordeñó la última gota de mí.

Caí en coma hacia ella. Me vació de tal manera que iba a necesitar un desfibrilador para revivir.

—Alex... Alex...

Un murmullo me arrullaba. Mis ojos se sentían pesados... ¡Joder!

—¡Te aplaste!

Salí de su precioso cuerpo y me deje caer a su lado en el piso. Todavía no tenía fuerzas.

—Perdón... ¿Te lastime?

Tome su mano y la bese. ¡Por poco la

asfixio! Acaricio mi cabello y sonrió. Creo que no importaba si la mataba, ella de todos modos me iba

a sonreír. Dejó que acariciara su contorno. Su piel era increíblemente suave y caliente. Mi mano se

movió con las olas de sus curvas. ¡Dios! Era

perfecta.

Se escuchó el pitillo del elevador y por un segundo temí que Owen apareciera con una de sus muñecas. Si echaba a perder lo que había logrado con Kaira, lo mataba.

—Vaya, vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí?

Dejó su vieja mochila de fotografía junto al elevador y se dirigió con pasos lentos hacia el sillón.

La piel de Kaira se tornó completamente rosa.

Parecía una deliciosa manzana roja, lista para recibir un buen mordisco.

Intentó cubrir la desnudes de su cuerpo,

pero la ropa estaba esparcida por todos lados,  
solo

logró tomar mi camisa y cubrir su pecho.

Owen recargó los brazos en el respaldo del  
sillón, y aspiró audiblemente.

—Mmm, huele a Kai y a sexo. Delicioso.

La piel de Kaira dejó de ser rosa y se  
convirtió en morada.

—Owen.

Le advertí, estaba avergonzando a Kaira.

—¿Mañana nos vemos?

Le preguntó a una extrañamente pudorosa  
Kaira.

—Sí.

Kaira no era precisamente tímida, estaba avergonzada y Owen también lo notó.

Owen sacó el encanto, ladeo la cara y dejó salir la sonrisa que lograba todo.

—¿Me enseñas tantito?

Rogó con ojitos de cordero. Ni siquiera

Kaira se pudo resistir a eso. Dejó de apretar mi camisa y la movió hacia abajo. Su precioso pecho se

irguió reluciente ante nosotros. A eso, ni siquiera Owen se pudo resistir. Suspiró y cerró los ojos

buscando control, yo no me resiste, levante la mano

y acaricie las dulces puntas, eran perfectas.

—¡Oh, que injusta es la vida! Yo merecía ir primero.

Owen no soportaba perder, ni siquiera un volado.

—Piérdete Owen.

Asintió obedientemente y se separó del sillón.

—Mañana me toca, Kai.

La amenaza le hizo gracia a Kaira, porque se empezó a reír. Terminó de sentarse y me abrazó por el cuello.

—Piérdete Owen.

La risa en sus palabras hizo que Owen se fuera sonriendo y no frustrado. En mí, que la quisiera todavía más. Este era mi tiempo y ella lo respetaba.

Respeto, esa es la palabra que no daba cabida a los celos.

## **Regreso a la bañera**

### **Kaira**

Después de unos minutos que uso para recargar fuerzas y yo use para abotonar su camisa, me llevó en brazos a su habitación. La habitación olía a él, a madera, a poder. En cuanto mis pies tocaron piso, corrí hacia el baño. Necesitaba

refrescarme, enfriar un poco el cuerpecito.

Su baño era paradisiaco con la luz del día,

por la noche, con las luces de la ciudad  
rindiéndole

tributo, era imperioso. No me resistí al llamado de  
los dioses y abrí la llave para que la bañera se  
llenara.

—Ven cariño.

Le llame entreabriendo la puerta y

asomando solo la cabeza. La espuma ya llegaba al

tope y el par de velas que encontré, alumbraban lo

justo.

Se levantó de la cama, y pude admirar el

glorioso cuerpo de Alex en todo su esplendor.

Todo

musculo, de largas y enérgicas líneas. Con un caminar orgulloso que lograba intimidar a cualquiera.

Abrió la puerta completamente y me gane una sonrisa de aprobación. ¡Mi Alex y su bañera!

Me dio un piquito que me supo a poco y camino directo a la espléndida bañera.

—Mmm, solo faltas tú para que esto sea perfecto.

No logré moverme. Mis ojos admiraban a ese hombre de pocas sonrisas y mucho poderío. Lo

quería tanto y tan profundo, que daba miedo.

Mucho miedo.

—Ven cariño, montame. Has que pierda la razón.

La oscura voz llamó. Mi cuerpo corrió hacia él sin chistar. La profunda voz pedía, yo daba.

Acomode mi cuerpo encima de Alex y seguí su plegaria. Lo monte, hice que se perdiera en mí.

Marque cada parte de su cuerpo a la que tuve acceso. Los estrangulados jadeos que surgían de su pecho llegaban directos a mi interior, hacían que mis paredes lo atraparan, lo succionaran sin

quererlo soltar.

—Te quiero...

Murmuró despacio, casi imperceptible.

—Y yo a ti... a ustedes.

—¡Sí!

Empujó fuerte y profundo. Incluso el agua

salió huyendo de la bañera, me hizo el amor como lo

que era, suya. Duro, sin descanso, sin reservas y con

mucho amor.

—¿Quieres que le diga algo a Owen? Seguro

está esperando, para que le explique cómo debe

tratar a una mujer.

Mis enanos...

—¿No vamos a tener una relación normal, verdad?

Alex me dio una sonrisa que pego como una bofetada en la cara y un beso en la boca, todo al mismo tiempo.

—¡Oh, Dios! Espero que no.

Con esas palabras, se puso el casco y pateo el soporte de la motocicleta con su talón. Tuve que dar tres grandes pasos hacia atrás. Le dio vida al motor y salió disparado hacia el penthouse, dejándome ahí, sola y empapada por él.

Lo observe hasta que desapareció de mi

vista, y espere hasta que deje de escuchar el  
sonido

de la ingeniería para volverme a encontrar con mis  
pensamientos.

—Soy de ellos. Y ya nada puedo hacer.

El murmuró fue para mí, para las estrellas

que me acompañaban, para la sociedad que seguro

nos iba a juzgaba, incluso para mis hijos. No era  
una

disculpa, ni justificación. Simplemente era un  
hecho.

Ya nada podía hacer.

**Cita con Owen**

## **Kaira**

Elena dio lata desde que amaneció, a la hora del desayuno, a la hora de llevar a los mellizos a la escuela, mientras caminábamos de regreso a casa y yo en lo único que podía pensar, era en que iba a usar para mi cita con Owen.

Los mellizos no se enteraron de que llegue de madrugada y esperaba que lo mismo pasara hoy.

Me sentía como adolescente quebrantando la hora de llegada y que además jugaba con dos hombres que se caían de buenos. Solo que estos hombres, les

gustaba jugar más juntos que separados.

Deje de escuchar a Elena, para enfocarme en

lo importante. La ropa. Con Alex use un vestido tipo

coctel, aunque él no se fijó mucho en el vestido. Con

Owen tenía que usar algo más informal, él no me iba

a llevar a un restaurante de lujo. A lo mejor con él ni

siquiera cenaba.

Opte por lo clásico, un pantalón de mezclilla

que se ajustaba perfecto a mi trasero, y una blusa palo de rosa, que acentuaba mis encantos. Owen era

hombre de culo y yo tenía con que darle gusto.

Vi que salía del auto y se acercaba a mí con

premeditada

lentitud,

se

dejaba

admirar.

Conocedor del efecto que tenía en mí, era una manera de hacerme sufrir, de hacerme desearlo

más, pero este juego tenía más jugadores. Me agache

con las piernas estiradas para retirar una pelusa

inexistente de mis botas y le di una vista completa

de mi profundo escote. Antes de levantarme, subí  
la

cabeza y mi cabello formo un marco para mi  
amplia

sonrisa.

—Eres una tramposa.

Reirimino a escasos centímetros de mi

cuerpo. Misteriosamente avanzó los metros que  
nos

separaban en segundos.

—Tú empezaste.

Susurré observando sus labios.

—Pero a lo tuyo no hay como ganarle.

Mi sonrisa se expandió, y finalmente estire

mi cuello para saludarlo. Solo que su saludo, incluía

lengua, dientes y mucho deseo.

—¿Qué haces?

Se retiró unos centímetros con cara de

incredulidad

—Darte un beso.

—Solo estamos saliendo Owen. Lo que paso

ayer con Alex, no va a pasar hoy.

—Era un beso amistoso.

Se justificó. Podía verle los cuernos. Owen

era un hombre muy seguro de sí mismo. Aunque no

debía tomarme por segura, se podía topar con

pared.

—¿Por qué te resistes? Puedo sentir que esta excitada, es más, lo puedo ver.

Baje la mirada y vi claramente la marca de mis pezones. Endurecidos y listos para la acción. ¡Carajo! Cruce los brazos para ocultar la señal inequívoca de mi excitación.

—Tengo frío.

—Vamos Kai. Yo sé que quieres que los lama, los apriete y mordisquee. Baja los brazos y enseñámelos.

¡Jodido enano dormilón! Baje los brazos y levante la barbilla.

—¿Vamos a salir o no? Porque puedo aprovechar la noche y dormir temprano.

Salió el diablo y sonrió. Me tomo de la cintura, no antes de rozar su pecho con el mío y me guio al auto.

## **Mi arte**

## **Owen**

—Charly, a la galería por favor.

Durante el trayecto nos mantuvimos en silencio. Yo tratando de aplacar los nervios, ella acariciando mis nudillos con su pulgar. Lo hacía sin

darse cuenta, solo porque en ella era natural dar amor.

La luz de la galería alumbraba la calle. Era uno de los pocos establecimientos que se encontraba abierto a esas horas de la noche. Salimos

del carro agarrados de la mano. Por un segundo los

nervios me traicionaron y empecé a sudar. Trate de retirar la mano, pero Kaira me detuvo.

—No. Me gusta húmeda.

Yo recordaba esas palabras, eran las mismas que dije cuando la conocí. Sonrió, hizo un guiño y me guió hacia la luz. Era ella y solo ella. No había duda.

La exposición tenía solo un par de semanas

y ya era un éxito. El setenta por ciento de las fotografías ya tenían nuevo dueño. Y sin embargo nunca me había sentido tan nervioso en mi vida.

A Kaira solo le basto ver dos fotografías para darse cuenta de quién era el artista.

—¡Oh, por Dios! Son tuyas.

Asentí

ligeramente

y

observe

detenidamente la madera del piso. No rechazo mi mano, al contrario, la apretó y se la llevó al pecho.

—Y esa soy yo.

El asombro en su voz me hizo temblar. Beso

los nudillos de mi mano y una lágrima recorrió la aterciopelada piel de su mejilla. Bese su mejilla para

beber la gotita silenciosa y murmure en su cuello:

—No te enfades... pero eres tan bella. No pude resistirme.

Las fotografías eran en blanco y negro,

sombras, relieves, líneas donde era imposible

identificar a la modelo. De otra manera nunca las hubiera expuesto.

—Cuándo... cómo.

Su tono no era de reproche, de hecho, seguía sonando asombrada. Una enorme carga

desapareció

de mis hombros y me permitió volver a respirar

completamente. Kaira, no era como mis padres;

No

se burló, no se enojó. Y yo solo me sentí un

imbécil

por siquiera pensarlo.

—Pasabas mucho tiempo desnuda en casa.

Era sencillo hacer una toma mientras dormías o te

entregabas...

Justo en ese momento se cruzó en nuestro

camino, una toma de su espalda arqueada, con un

acometido Alex besando su entrepierna. Su pierna

ligeramente flexionada ocultaba lo justo para que la

fotografía tuviera el título de arte y no de pornografía.

—¿Cuándo tomaste esta?

La veía admirada. Era más bella de lo que ella misma sabía.

—En México. Eran las seis de la mañana, el sol tenía nada de salir y tú estabas tan bella... tan dispuesta. La luz era perfecta. No tuve opción.

—Que bien dormí en ese viaje, estuve tan ocupada.

El ligero sonrojo de su piel, hizo que

perdiera el control. La lleve arrastras por la galería

hasta que encontré la salida, la metí al auto casi con

violencia y la bese sin importar la presencia de Charly.

El beso dejó de ser beso, cuando saboree el sabor metálico de la sangre. ¡Era una animal! Me retire y con dedos torpes busque entre sus labios la fuente del sangrado.

—Espera... creo que eres tú.

Con mi lengua busque una herida y la encontré en lo profundo de mi labio inferior.

Mi carcajada oculto su bochorno. Era

adorable y yo lo hacía, la adoraba. Con salvajismo  
y

todo.

—Perdón...

Susurró apenada.

—Es tu culpa por besarme así.

La volví a besar y ella curó la herida con su  
lengua y saliva. Ella me curaba. Punto.

Después de varias caricias que solo  
transmitían ternura. Bajo el cristal y le pidió a  
Charly que nos llevara al penthouse. Siempre se  
podía contar con Charly cuando se trataba de  
discreción. Había salido del auto, en cuanto

nosotros entramos.

En el camino pasamos por un par de hamburguesas y papas fritas. Incluso Charly cenó comida chatarra, mientras Kai alababa la exposición. Llegamos a casa pasada la una de la mañana. Alex ya estaba en su habitación y seguro estaba pegado a la puerta, como yo me pegue a la mía la noche anterior. También sabía que no se iba a aparecer por muy cachondo que estuviera.

Le serví un scotch y deje que se lo acabara antes de confesarme. Era una pecado del que tenía que deshacerme si quería iniciar una relación con

ella... con ellos.

—¿Qué te pasa Owen?

Esa mujer podía leerme. Era una bruja.

—Suéltalo... ¿Qué es? ¿Una mujer? ¿Varias?...

Lo preguntó disfrazando sus celos con

desdén. Aunque yo hubiera hecho lo mismo. Es

difícil mostrar los puntos flacos, lo mismo hice yo cuando la deje ir.

—Sí, es una mujer.

Contuvo el aliento y sin mirarme, se sirvió

otro scotch. No pude aprovecharme de ella.

—¿Recuerdas cuando llegaste de improvisto

hace un par de meses y encontraste a Carla en la

estancia?

Asintió, apretando el vaso hasta que las yemas se tornaron blancas. Más valía confesar de una buena vez o corría el riesgo de terminar con un vaso incrustado en la frente.

—¿Qué discutimos y que te dije que lo mejor era terminar?

—Sí.

Murmuró

—Me dio miedo... Miedo de ti, de lo que sentía por ti. No pensé que fuera capaz de enamorarme y...

—¿Estás enamorado de mí?

¡Cómo si tuviera otra opción! Bufé mirando  
hacia el cielo

—Con todo.

Murmure. Repentinamente su cuerpecito  
choco con el mío. Fuerte.

—Te amo Owen Carter... Con todo.

## **Benditas citas**

### **Kaira**

Enrede mis manos en su cabello y lo guie  
hasta mi boca. Si era necesario dañarlo otra vez  
para que tuviera una idea de cuanto lo quería, que

así fuera. Mi lengua conquistó su boca sin encontrar

resistencia alguna. Mordisqueé, saboreé, chupe el sabor de Owen Carter. Y sabía divino.

Fuimos dejando moronas en forma de ropa

para encontrar el camino de regreso a casa, ahora era tiempo de perdernos en el bosque. Al entrar a la

habitación, ya estaba desnuda. Levantó una de mis piernas y me arrastro a una de las sillas para coger que tanto le gustaban. Me sentó a horcadas sobre él

y con su puño en mi cabello me forzó a mirarlo.

Pensé que me iba a tomar con esa desesperación

que usualmente manejaba, pero lo que hizo, fue detenerse. Detenerse y mirarme a los ojos. Nos quedamos así una pequeña eternidad. Finalmente y con mucha seguridad me advirtió:

—Te amo.

Si sus besos me habían excitado, su declaración casi me lleva al infinito.

—Y no te voy a dejar ir... Nunca más.

Me dejó sin habla. Asentí con miedo. Si lo dejaba entrar en mi cuerpo, ya no había marcha atrás.

Levante ligeramente mi cadera y lo hundí en

mi cuerpo, tanto como me fue posible. De ahí en adelante Owen tomó las riendas del viaje, ya estaba

cerrado el trato. Nunca más.

Dormilón la traía atrasada. Mi respiración no terminada de recuperarse y el seguía en lo suyo.

Ya habíamos dado un recorrido por la habitación:

Silla, cama, alfombra, pared, sillón, repisa y ahora regresábamos al principio. Bendita silla.

—Tranquila, solo soy yo. Alex y su enorme verga no están.

No pude evitar reír. Alex tenía más de lo normal, vamos que Owen no era precisamente

pequeño, pero con Alex a veces daba miedo y más si

se acercaba a la pequeña puerta trasera.

Cerré los ojos y empuje mi cuerpo para

hacer presión en el dedo de Owen. Mis ojos

lagrimearon, la presión rozaba el dolor, aunque era

muy, muy erótico. Podía sentir su mirada

acariciando cada centímetro de mi expuesta piel.

Una inesperada nalgada me hizo gemir.

—Dejame entrar, no seas tímida.

Gruñó.

—Dejame entrar...

Me tomo del cabello, subió mi talle y guio mi

cara para besarme. Jugo con mi lengua, como jugaba

con mi cuerpo.

—Ábrete para mí, deja que te llene por todos lados.

Susurró pegado a mis labios, mientras dos de sus dedos se habrían camino. Después de un par de horas de cama con Owen, podías aceptar cualquier cosa. Mi cuerpo ya no tenía voluntad, así que me abrí.

—Sé que te gusta... Toma aire... Ahí voy.

Moviendo su endurecida erección de mi vientre, convirtió la presión de dos dedos en una

mucho más grande y ancha. La presión me estaba matando y no por dolor. Me llevaba de la mano al lugar donde simplemente se siente y no se piensa.

Arque mi espalda y respire profundo para dejarlo entrar. Ahí estaba esa íntima sensación. Esa

que solo se tiene, con quien se quiere.

—Carajo Kai. Estas rica... rica.

Me tenía que concentrar en respirar. Y más cuando empezó a moverse. Entre al paraíso, donde nada malo podía suceder, estaba muy bien acompañada.

Entraba y salía, una y otra vez. Parecía que

iba a durar por siempre. Me deje ir y deseando  
estallar ya, empuje mi cuerpo hacia tras. Su  
erección

se perdió completamente en mí y con una nalgada  
abismalmente fuerte, empezó a moverse fuerte,  
duro y profundo.

No podía respirar, no podía pensar, solo  
podía sentir. Me sentía poderosa, femenina, yo  
hacía

que se perdiera de esa manera tan animal.

—¿De quién eres?

Jadeó con esfuerzo. No respondí, no quería,  
no podía.

—Nuestra... Tú eres nuestra... Mia...

Me rompí en millones de pedazos al

escuchar el reclamo. Millones de estrellas  
brillaron

en el horizonte, mi horizonte. El empujo una última  
vez, antes de dejarse ir y descargar lo que restaba  
de

su simiente. Finalmente logré que gastara toda la  
reserva que tenía acumulada. Eso me hizo reír.

—Me vas a matar bruja.

—¿Por qué?

Con un esfuerzo sobrehumano, separe su

cuerpo del mío. ¡Dios! Si no caía en la cama, me  
iba a

quedar dormida en la mullida alfombra. Con pasos temblorosos llegue a la cama. La ducha podía esperar.

Creo que perdí el conocimiento en cuanto toque almohada. Fue la mano de Owen el que interrumpió mi placentero descanso.

—Bruja... bruja... es hora de que nos pongamos ropa.

—¿Qué? ¿Por qué?

Beso mi hombro y volví a sentir cosquillitas.

¡Madre! ¿En qué me había convertido?

—Porque es hora de llevarte a casa y sería

más cómodo si vamos vestidos.

Owen sonó divinamente adormilado.

—¿En serio? ¿Por qué haríamos eso?

—Porque es apropiado... ¿Porque hace frío?

Me acurruque en su pecho y suspire su  
aroma. Sexo y Owen... delicioso.

—¡Oh! Ya veo. Ya no me quieres desnuda en  
tu cama.

—Mmmjummm...

Acarició mi busto para probarlo.

**Cucharita**

**Owen**

—Gracias por acompañarme a la galería... A veces... siento que solo Alex me conoce...

¡¿De dónde vino eso?! ¡Carajo! Lo que me

faltaba era empezar a lloriquear. Aunque a mi pecho

le urgía sacar un poco de presión. Kaira me hacía sentir cosas, que no estaba preparado para sentir.

Antes de perder las pocas pelotas que me había dejado, la subí a mi pecho con la intención de morderla y atacarla. La bruja tenía otros planes.

—¡Ey!

Con su mano en mi mejilla y su aliento confundándose con el mío, murmuró:

—Yo también te conozco.

Me dio uno de los besos más amorosos de la historia. Sin prisa, sin demanda, solo por el placer de que nuestros labios se probaran y nuestros alientos se entrelazan. Cual hielo en el infierno, me deshice.

Si faltaba que uno de mis cabellos se enamorara de ella, con ese beso, logró que todo mi ser se hincara ante ella.

Decidí en ese momento, que ese era el siguiente objetivo. Dormir todas las noches así, con

ella encima de mí.

—No sé en qué momento me ganaste Kai. A

lo mejor fue la vez que levantaste tu carita y

finalmente dejaste de pensar para empezar a sentir.

Me besaste tan... como si... O la vez que corriste a

mis brazos y me diste el más inocente de los besos

en la mejilla y que me calentó como lava. O

simplemente fue la primera vez que te vi, sentada en

la estancia, toda bella, toda dulzura, toda luz. Lo que

si te puedo decir, es que te desee desde niño, y te he

esperado desde siempre.

Me sonrió e hizo un guiño muy coqueto.

—¿Así qué aceptas que gane?

¡La muy bruja! Cambie de táctica.

—No te burles de mí.

Su semblante cambio por completo.

¡Mierda!

—Yo nunca me burlaría de ti Owen. ¿Por qué piensas eso?

¡Era una persona de mierda! ¿Cómo le hacía eso? La dulzura de sus palabras solo merecían la verdad y yo se la iba a dar. Aunque doliera.

—Al contrario. Creo que eres un hombre muy talentoso.

Hundí mi cara en su cuello y aspire su aroma. Se me hincharon las pelotas con solo olerla.

Respondió frotando su cadera a mi entrepierna, la rodee por la cintura y antes de volverla a tener, la vi

a los ojos, solo eso bastó para detenerme.

Había tenido muchas amantes, pero de alguna manera que todavía no entendía, Kai hacia que respirar fuera más fácil. Algo en como nuestros

brazos y piernas... cuerpos, se entrelazaban, el

sonido de su voz, lo profundo de sus ojos, me daba paz. Hablar de lo que sentía era simplemente, fácil.

—Nunca me había sentido así... con nadie.

Toque su pecho con la palma entera, para ejemplificar mis palabras.

—¿Lo sientes? ¿Sientes, cómo me tienes?

¿Cómo soy tuyo?

Asintió con los ojos inundados de lágrimas y una enorme sonrisa en sus labios. Ella también lo sentía.

—Eres la mujer más bella que conozco.

Sobre todo cuando sonríes.

Su sonrisa se amplió. ¡Era preciosa!

—Mi papá solía decir lo mismo. Sobre todo cuando mi mamá me aplicaba el tercer grado.

—¿El tercer grado?

—Sí. Mi mamá solía preguntarme qué es lo que había aprendido en el día. Cómo me sentía y qué pensaba, todas las noches antes de ir a dormir. Siempre me hacía reír.

—¿Eso es lo que debo de hacer para que no me vuelvas a dejar? Preguntarte qué sientes y qué piensas.

Asintió enfáticamente.

—Todo el tiempo.

Me acerque a su frente y le di un beso.

—De hecho me gustaría saber cómo te sientes y qué piensas. ¿Qué patético es eso?

Murmure pegado a su piel.

—Mucho.

Se burló de mí.

—¡Bruja!

De repente el ambiente cambió y se enserio.

—¿Tu primero?

—¿Qué?

—Tu primero.

Ordenó. Recargue mi espalda en el colchón

y hundí la cabeza en la almohada. Era hora de desnudarme.

—Mi padre es un cabrón de mierda. Ha engañado a mi madre tantas veces que ya es incontable. Es malo para los negocios y aun así, mi

madre se empeñó en que teníamos que respetarlo.

Manejaba la casa como un campo de guerra.

Se dejó caer a mi lado y la acompañé

girando mi cuerpo hacia ella. Acercó su sedosa

mano a mi frente y abrió mi corazón.

—Nos metía y sacaba de internado tras

internado. Nunca pasamos dos años seguidos en una

escuela. No podíamos hacer amigos. No podíamos

acercarnos a nadie. Solo estábamos Alex y yo...

Solos contra el mundo.

Bufé intentando quitarle importancia a mis

palabras. No lo logré.

—En una navidad, mi madre se olvidó de mandar por nosotros. Pasamos las fiestas con Gamble en un internado en De Witt, Irlanda. Él era el velador del internado. Solos con él, en su cuartito, fueron las mejores navidades de mi infancia. No hubo regalos, ni mucha comida, pero si mucha atención y cariño.

Guie la mirada a una fotografía que mantenía de Gamble, Alex y yo de esa época. No me imagino lo que hubiera sido nuestra vida sin ese viejo estirado.

—Mi madre llegó a mediados de enero

“arrepentida”, y visiblemente bronceada. La culpa la

atacó cuando se enteró que habíamos pasado las

fiestas con el velador. Alex y yo nos aferramos y logramos que le propusiera trabajo a Gamble. Ya no

regresamos a ningún internado. Gamble se hizo cargo de nosotros.

Kai sonrió y me dio un beso en la mejilla.

—Con razón es tan protector con ustedes.

Son sus hijos.

—Sí. A donde nosotros vamos, él nos

acompaña. Él es nuestro padre, no Charles Carter.

Ese hombre solo da problemas.

Suspiró y guardamos silencio por un gran tiempo.

—Es tu turno.

Lo pensó y lo pensó, pero no logré sacarle nada. Froto su nariz en mi hombro y de un salto salió de la cama.

—Yo pienso que es hora de irme a casa.

## **Nuevo día en la oficina**

**Alex**

Veía los números del elevador aumentar de la misma manera que los latidos de mi corazón. No podía evitarlo, estaba nervioso.

El pitillo del elevador sonó y las puertas de  
acero se abrieron. Ahí estaba ella, con esa amplia  
sonrisa que nublaba el mundo a su alrededor.  
Owen

la tomaba de la mano y no pude evitar reír por  
dentro. Mi hermano estaba igual de jodido que yo.  
Vi como intentó separar la mano, y también  
como Owen la apretaba para no dejarla ir.

Intercambiaron una mirada y se retaron. Owen  
ganó, él no sabía lo que era perder... ni yo  
tampoco.

Salieron del elevador y se dirigieron hacia  
mí, levantó su pequeño cuello y logré admirar la  
fina textura de su piel. Me vio a los ojos y volví a

caer con las esmeraldas de sus ojos. Podía ver su alma atreves de ellos y no tenía duda, ella me amaba

como yo a ella.

—Cariño.

Baje la cabeza y sentí sus carnosos labios en los míos. Esponjosos y húmedos, ricos. Entreabrí mis labios para sentir su aliento, pero ella tenía otros planes.

—¡Alex!

Siseó furiosa.

—¡Todo mundo nos está viendo! Este no era el plan.

Finalmente se soltó de Owen y cruzo los

brazos justo debajo de sus impresionantes tetas.

Alex Junior se irguió todavía más con la vista. No había tetas más ricas que las de mi mujer.

Owen me dio un puñetazo en el hombro.

—Ya vez idiota, ya la hiciste enojar.

Bajo la vista y también se perdió en la vista.

—Los dos son un par de idiotas.

Nos regañó. Bajo los brazos y se ajustó el

vestido. Owen y yo intercambiamos nuestra

habitual mirada, esa mujer nos tenía bien sujetos

de las pelotas.

—¿Me van a enseñar la oficina o no?

Mi cerebro volvió a funcionar.

—Claro cariño, por aquí.

El entorno de la oficina estaba diseñado para aumentar la eficiencia de los empleados. Si bien, hay muchas maneras de lograrlo, Owen y yo simplemente cambiamos el diseño interior de la oficina para aumentar el flujo de energía entre los empleados y la propia empresa. Obviamente, nosotros solo pagamos, la empresa que contratamos era líder en su ámbito, y a decir verdad, habían hecho bien su trabajo.

—La productividad de los empleados aumentó significativamente, y el costo fue mínimo. Le explicó Owen.

—No hay cubículos, ¡Qué bien!

Su entusiasmo era contagioso y yo deje salir

el aire que no sabía que estaba reteniendo. Estaba nervioso. Quería que le gustara, que se sintiera a gusto. Esto ayudaba a mi cometido, quería que

aceptara el trabajo que le ofrecíamos, la quería

pegada a mi cada segundo del día, Owen ya había

tenido su oportunidad.

—Nosotros estamos a la vanguardia cariño.

Muchas oficinas aún utilizan el diseño del cubículo

y hay otros que separan las oficinas y solo se ven las

puertas, esas empresas están descubriendo que sus

empleados no son tan productivos durante el día, como los que usamos este diseño.

Le explique, mientras la guiaba entre los empleados. Algunos estaban en mesas de cuatro, en pufs, en salas. La disposición de diseño interior de la oficina quedo con mucho espacio abierto y ciertamente era más fácil de maniobrar. Los resultados fueron rápidos, aumentó la eficiencia de la oficina, ya que era fácil llegar a un empleado en el lado opuesto de la habitación si había necesidad de

hablar sobre un proyecto. De esta manera se agilizo

notablemente la producción, por algo éramos el número en muchas de las ramas de nuestro campo.

—Esto es a menudo porque hay demasiadas barreras entre cada empleado y por tanto la comunicación suele ser bastante baja. Con el aumento de la comunicación, a menudo hay más colaboración en proyectos y todo el mundo es plenamente consciente de lo que está pasando en la empresa.

Completó la explicación Owen. Éramos un par de perritos, atrás de su atención. Aunque Owen

la llevaba de la mano y yo tomándola del brazo, ella

es la que nos guiaba, la dueña de la correa que guiaba nuestros pasos. Y ninguno de los dos se estaba quejando.

—¡Uy! Mis enanos se aprendieron de memoria el panfleto.

Si alguno de los empleados faltaba por vernos, con la carcajada de Owen ya no faltó nadie.

Incluso yo reí, y eso no era nada común. Eso es lo que hacia ella con nosotros, nos convertía en... personas. Y personas que reían, que eran felices.

La mirada generalizada de los empleados

fue de incredulidad, que se jodan

—Me gusta.

Dijó sonriendo, mientras entrábamos a mi oficina.

—Tanto el personal como los clientes que entran para reuniones ven que la empresa realmente está trabajando, porque el interior de la oficina está diseñado para ser totalmente eficaz, nada se esconde, así es más fácil confiar... Me gusta,

felicidades Alex, tienes un buen lugar de trabajo.

Owen y yo intercambiamos mirada y un choque de puños mental.

—Qué bueno que te gusta, porque tu oficina ya está lista.

Se tensiono inmediatamente. Mas valía decirlo de una vez. Ella ya se había dado cuenta. No

queríamos esconder nada, y eso la incluía a ella.

—Todavía lo estoy pensando...

Susurró. Le dio la espalda a la gente y se dirigió al gran ventanal para esconderse entre los edificios de Chicago.

—¿Te la podemos enseñar? Solo dale una vista, eso es todo.

Negó con la mirada baja. Lo mejor fue

cuando volteo sonriendo.

—Creo que no les puedo negar nada.

¡Ah! La victoria es un dulce muy rico. Hay que saborearlo despacio, porque no sabes cuánto va

a durar.

Su oficina, era una réplica exacta de su oficina en el penthouse, incluida la habitación trasera y el sillón blanco. Con tanto espacio abierto,

no íbamos a tener muchos lugares donde poder cogerla, porque era un hecho que la íbamos a coger

en la oficina.

—¡Es increíble!

Por su expresión, puedo asegurar que le gustó. Recorrió el camino del ventanal, hasta regresar a la entrada, donde esperábamos pacientemente a que digiera que sí.

—No creo que sea apropiado que me den tanto poder.

Le estábamos ofreciendo mi trabajo.

Llevaba años llevando las riendas del Grupo Carter

solo. Owen se iba a hacer cargo de su área, pero no

aceptaba más. Necesitaba ayuda, la necesitaba a ella.

—¡Ey! Todo va a salir bien. Nosotros vamos a estar contigo en todo el camino. Lo que necesites.

Nosotros te ayudamos a resolver.

Le asegure. Su hermosa piel había perdido todo color.

—La confianza y el respeto se ganan con el tiempo. Vamos a ir paso a pasito para que no te agobies. Eres la mujer más inteligente que conozco, es cuestión de tiempo para que los empleados lo reconozcan.

Aun con nuestro respaldo, era notorio que estaba a punto del colapso nervioso. Necesitaba

que

se relajara.

—¿Qué les parece si empezamos con un descanso?

Owen y yo nos miramos, y estuvimos de acuerdo. Nuestra mujer necesitaba un buen orgasmo.

—¡Pero si acabo de llegar! Así nadie me va a respetar.

—Es la ventaja de ser los jefes cariño.

Podemos hacer lo que nosotros queramos.

Owen se sentó en el sillón y empezó a

desabrochar su camisa.

—Por el momento, ¿Qué te parece si vas y besas a Owen? Lento y profundo. Quiero ver como entrelazas tu lengua con la suya.

Inmediatamente su expresión se relajó.

Volvió a respirar tranquilamente y sin dudar se arrodillo entre las piernas de Owen. Owen levantó los brazos y los recargó en el respaldo del sillón.

¡Bastardo! Disfrutaba cada segundo, inclusive él se olvidaba del mundo cuando la tenía entre sus piernas.

Kaira acarició a Owen desde las rodillas hasta el abdomen.

—Me gusta tenerte para mi solita.

Murmuró Kaira, mientras recorría con la lengua el abdomen de Owen.

—Nuestro juego, nuestras reglas cariño.

Puedes hacer conmigo lo que quieras.

Owen cerró los ojos y dejó caer la cabeza en el respaldo.

—Besalo cariño. Quiero ver.

Mi entrepierna se despertó pesadamente en el pantalón, al ver a Kaira abriendo sus comibles labios y mordisquear a Owen. Rozó, chupó, mordisqueó con ímpetu a un jadeante Owen. Esa mujer nos tenía hechizados.

## **Estoy contigo**

### **Owen**

—Estas pálida. ¿Te sientes bien?

Pregunte angustiado.

—Creo que tengo un ataque de pánico.

Susurró con sus manos en el pecho.

—¡No! No tienes de que preocuparte, todo va a salir bien. Te lo prometo.

Le asegure.

—No te preocupes, bruja. Cuando llegemos a casa te voy a dar tan duro que no recordarás nada.

Se sonrojó y me di una palmadita en la

espalda por mi trabajo. Ya no estaba pensando en la

conferencia a la que tenía que asistir.

—¿Quién está preocupada?

Observe su rostro más seguro, tan lleno de vida, con esos ojos salvajes que hacía que mi cuerpo

se doblgara bajo su toque.

Entramos a la conferencia con paso firme.

Primero Alex, después Kaira y hasta el último yo.

Las cincuenta personas reunidas en la sala

guardaron silencio y esperaron a que Alex lo hiciera

oficial. Kaira Jones era una de las tres cabezas del

Grupo Carter.

—Licenciado

Northman.

No

estoy

cuestionando su decisión, pero...

—Pero nada.

Interrumpió Alex a uno de los directivos.

—No es un debate, es un anuncio. La

señorita Jones se va a hacer cargo de la división extranjera. Todo lo que venga fuera del país, pasa por las manos de Kaira.

— *Es una locura.*

Masculló en español, el director de la rama latinoamericana.

*—Tiene toda la razón. Mi experiencia es poca, pero le aseguro que la experiencia la repongo*

*con el entusiasmo. No estoy aquí para quitarle o dificultarle el trabajo a nadie. Estoy para ayudar y*

*facilitar el trabajo entre las ramas.*

Las tres personas que entendieron lo que dijo, asintieron. Bueno, siquiera no la abuchearon.

La conferencia se extendió por más de dos horas; equipos, requerimientos, solicitudes, mucha mierda que a mí no me importaba. Kaira se adaptó

como pez en el agua, no le costó nada saber de qué hablaban.

—Hijo.

Charles, que hasta el momento se había mantenido al margen, se sentó en la silla contigua a la mía. Voltee a verlo y espere el veneno.

—¿Te veo bien?

—Estoy bien.

Le conteste.

Observamos los grupos que se fueron formando, Charles y yo, éramos los únicos que estábamos de más. Kaira hablaba con dos ejecutivos

que la veían con los ojos muy abiertos. ¿Y cómo no

hacerlo? Parecía un ángel, con su perfecto vestido beige.

—Siempre ha sido guapa, pero ahora se ve reluciente.

Charles veía a mi mujer, como ningún padre debe ver a su nuera.

—Padre...

Espere a que volteara a verme.

—Si le tocas un pelo. Un solo pelo. O

intentas joderla de algún modo, yo me voy a encargar de que las autoridades se enteren de todos

tus “negocios”, tus fraudes, tus deudas, todo lo que se me ocurra y lo que me pueda inventar.

—¿La prefieres a ella, que a tu familia?

¿Y lo dudaba?

—Mi familia es ella. Si la tocas...

Deje que la amenaza hablara sola. No había duda de que hablaba en serio.

—No la toques.

Le advertí.

Se levantó de la silla y salió de la sala sin ver a nadie, nadie lo vio a él.

Él era nadie.

## Que lo sepa el mundo

**Kaira**

—Platicame. ¿Qué pasa contigo?

—¿Por qué tiene que pasar algo conmigo?

Le agradecí al atento barman con una

sonrisa y tome mi Martini con dedos temblorosos.

Si

Isa no lo entendía, nadie lo iba a entender.

Necesitaba que alguien me entendiera. Solo

para confirmar que no estaba loca por completo.

—Porque tú nunca me invitas a salir y

mucho menos para tomar una copa... ¿Le pasa algo

a

los chicos?

Por eso la quería. Porque aun con su alergia por mis hijos, ella simplemente los quería.

—No, no les pasa nada.

Isa volvió a sonreír y de puro gusto se estiro y le agradeció su bebida al barman con un beso en los labios. Esa noche íbamos a estar bien atendidas.

—¿No te cansas de ir rompiendo corazones?

Le pregunte sonriendo. Obviamente el barman iba a quedar con el corazón destrozado, aunque con una entrepierna muy satisfecha.

—Creo que me vuelvo más inteligente por

cada corazón roto.

—¡Uf! Ya debes ser Einstein.

Hizo un guiño y sonreímos. Era divertido salir con Einstein.

—Bueno, ¿Ya me vas a decir qué pasa?

Tome todo el valor del Martini y lo solté.

—Tengo una relación con dos hombres.

En realidad era muy sencillo. A lo mejor

Owen tenía razón y yo lo complicaba.

—¿Juntos o separados?

Isa espero mi respuesta, dando un nuevo

trago a su copa. No había condena, disgusto o

rechazo en sus ojos.

—Juntos.

Dio un gran suspiro y a si como dejo salir el  
aire de sus pulmones, también dejo salir una  
enorme

sonrisa.

—¡Finalmente!

Saltó de su banco y me abrazó. Me abrazó  
fuerte y firme. Me abrazó y aceptó como era ella,  
sin

tapujos. Y yo empecé a lagrimear ¡No estaba  
completamente loca!

—Te quiero Isa.

—Y yo a ti.

Susurró.

—Quiero todos los sucios y oscuros  
detalles.

Aplaudió chispeante, volvió a tomar su lugar  
y a tomar su bebida con ojos deseosos de detalles.  
Y

yo feliz me dedique a contarle todos y cada uno de  
los sucios y oscuros detalles.

—En resumen, me encanta ser el jamón del  
sándwich.

—Los tienes que traer a la fiesta de Amanda.  
Quiero ver su cara cuando aparezcas con dos

hombres del brazo.

Se rio diabólicamente mientras estacionaba afuera de mi casa.

—¿Cuándo es la fiesta?

—Todavía falta, creo que son dos meses.

¡No se te ocurra faltar! Siempre nos dejas plantadas.

Me recriminó.

—No, ahora si voy.

Hizo un guiño, le di un beso y salí del carro antes de que me convenciera, e ir a tomar otra copa con hombres incluidos.

Ya era hora de salir a la luz. Y tomada de dos hombres, era la mejor manera.

**Entera**

**Kaira**

—Creo que estas cometiendo un grave

error. ¿Qué va a decir la gente? ¿No te importa el ejemplo que le vas a dar a los niños? ¿De verdad crees que puede funcionar una relación así?

La ametralladora de Elena no dejaba de

disparar, increíble lo que unas palabras pueden

dañar. Pero yo ya lo había decidido. Aquí y ahora, me negaba a vivir mi vida bajo las reglas de otras personas.

Yo sabía lo que quería. Y los quería a ellos.

—Lo que diga la gente me importa un

rábano. Yo no le pido nada a nadie, que nadie me pida nada a mí, eso incluye una explicación de con

quién o de con cuantos duermo. ¡Es mi coño y yo hago con él, lo que me dé la gana!

Me temblaban las piernas del torrente de

adrenalina que corría por mi cuerpo. Nunca discutía

con Elena, al contrario normalmente dejaba que se

saliera con la suya. Estaba muy agradecida por el apoyo que me brindó cuando más lo necesite. Pero

todo tenía un límite y ese límite tenía dos nombres:

Owen y Alex.

—No solo es tu coño. Los estas metiendo en

nuestras vidas. En la vida de los niños. ¿Por qué  
no

vas y coges en otro lado? ¿Por qué quieres  
involucrarlos con los niños?

—Porque los niños son parte mía. Y ellos me  
quieren a mí... entera ¡No solo mi coño!

—¡Pues en mi casa no los quiero!

Como un puñetazo directo al pecho. Así

sentí sus palabras. Elena nunca había hecho  
alusión

de que la casa era suya, tal parecía que hoy era el  
día

de poner las cartas sobre la mesa.

Y me tocaba tirar.

—No te preocupes Elena. Mañana mismo busco donde irme.

Di la media vuelta y me dirigí a mi habitación. Mentira, a la habitación que tan amablemente me prestaba.

—No, espera...

Bajó el tono de voz, ya no tenía ese aire de prepotencia que disparaba fuego.

—No quiero que te vayas. Tu sabes que esta es tu casa, la casa de los chicos. ¡Por Dios, Kaira! Aquí durmieron sus primeras noches los mellizos. No te aloques, no es para tanto.

¿Yo?! Ahora si se saltó la barda.

—Solo digo, que en mi opinión, no está bien que traigas a tus amantes a la casa.

Ella

continuamente

despertaba

con

“amigos” de una noche. ¿Y yo no podía invitar a mi

pareja a la casa? ¡Qué le den!

—¿Busco o no, un lugar donde irme? Porque

Owen y Alex van a convivir con los chicos, te guste

o no.

Nos retamos con la mirada por unos largos segundos. Y por primera vez... gané.

—Por supuesto que no. Esta es tu casa y siempre lo será.

—Gracias Elena. Hasta mañana.

Temblando entre a la habitación. ¡Diablos!

Eso se sintió intenso. Y ¡gané!

Dormí plácidamente soñando con batallas, luchando a lado de dos caballeros y ganando partidas.

**La primera, de muchas**

## **Kaira**

—El sábado tengo una comida con los del patronato. ¿Le comento a Gamble o le avisas a Elena

que tiene que cuidar a los niños?

Alex insistía en usar a Gamble como niñera

—Con la ayuda de dos enfermeras certificadas y experimentadas, por supuesto—, y ahora también se unía Owen a la cruzada. Yo no aceptaba por respeto a Elena. Confiaba en Gamble, pero Elena había cuidado a los mellizos desde bebés. Era... costumbre.

—No nos vamos a extender.

Al decir “No nos vamos a extender”, era su forma de disculparse por usar una de mis tardes.

Aun así, no podía ser.

—Lo siento, no puedo.

Me acerque al escritorio y le di a firmar unas constancias. Finalmente levantó la vista de la tableta y me regaló su atención. Últimamente usaba mi oficina, como centro de operaciones de la Fundación del Grupo Carter, cosa que a mí me encantaba, el único inconveniente es que tenía que compartir el escritorio.

—Kia, es una tarde y son negocios.

—Lo sé, pero no puedo. Tengo una cita.

Se le endureció la mirada y me tomó de la muñeca. El fuego de su mano, enseguida prendió motores.

—¿Una cita? ¡¿Con quién carajos tienes una cita?! ¿Y quién diablos va a cuidar a los mellizos? No me jodas que vas a salir otra vez, con esa amiguita tuya.

Me encantaba, simplemente me encantaba.

—Tengo una cita con diez hombres y cinco o seis mujeres, todavía no me confirman. Yo voy a cuidar a los mellizos y la cita es en el parque de

mi

casa. Y si gustas, estas cordialmente invitado.

Su cara era una mezcla de desconcierto e incredulidad. Supongo que por su mente pasaron desde lo más inocente, hasta orgias.

Mi carcajada resonó por lo largo y ancho de la oficina.

El amarre de la muñeca se intensificó y mi carcajada falleció incinerada por la mirada de Owen. Antes de que también me matara a mí, aclare.

—Es el cumpleaños de los mellizos. Estoy organizando una pequeña fiesta para festejarlo.

—¿Un cumpleaños?

Si no cambiaba su expresión me iba a carcajear nuevamente e iba perder mi mano en el proceso. Asentí ligeramente y moví mi muñeca, indicando que me estaba lastimando.

Aligero el agarre, se levantó de la silla, rodeó el escritorio y se plantó a dos centímetros de mi cuerpo. No me tocó, solo me hizo sentir su poderío.

—¿Por qué no sabía nada?

Porque a él no le interesaba. Porque evitaba involucrarse con los mellizos ¿Qué diablos le contestaba?

—No pensé que quisieras saber eso.

—De ahora en adelante, cada detalle de tu

vida y la de los mellizos lo quiero saber. No es necesario que pregunte; llegas por las mañanas, te desnudas y me dices tus novedades. ¿Entiendes?

Como si fuera una opción, andar desnuda por la oficina.

—Sí, si entiendo. Lo que no entiendo es por...

—No intentes entender nada. Solo hazlo.

Acerco su boca a la mía y después de introducir su lengua hasta el fondo, mordió mis labios, después mi clavícula, me pecho, mi ombligo.

Separo mis piernas y me cogió con la lengua.

Si ese era el castigo por no saber los detalles de mi vida, ya podía olvidarse de que le volviera a hablar.

Cuando llegaron los ponis me sorprendí. A lo mucho esperaba que les mandaran un detallito.

Ahora que “retomamos el juego”, era cada vez más común que preguntaran por Sophie y Kurt. Pero cuando llegó el zoológico entero para que los niños se divirtieran, me enternecí. Obviamente les agradecí.

**Mis enanos, les debó una buena**

**mamada ¡Mis chicos están felices! Gracias. :)**

No recibí respuesta.

Rápidamente olvide su silencio, el zoológico llamó la atención de más niños, y lo que en un principio iba a ser una pequeña fiesta, termino siendo un fiestononon.

Después de partir el pastel y cantar el afamado Happy birthday chachachá, se acercó

Elena y me susurró:

—Tienes visitas.

Levante la vista y los vi. De mezclilla y

camisa sport, parecían modelos hechos de testosterona listos para la sesión de fotos. Hubo un orgasmo visual colectivo, una de las mamás gimió y otra jadeó. Y cual perra defendiendo su macho, me acerque a ellos.

—¡Dormilón!

—¡Gruñón!

Sophie y Kurt corrieron junto conmigo a recibirlos. No tanto por ellos, sino por los enormes regalos que traían entre manos. Creo que los enanos

pensaban que la mejor manera de ganarse a los

mellizos, era a base de comprar su amor. Y les estaba funcionando perfectamente, mis hijos no dejaban de brincotear alrededor de ellos. Tanto dulce tampoco ayudaba.

—¡Ami, mira lo que me regaló Alex!

Me senté en el pasto junto a Kurt y termine de romper el papel que envolvía una caja... ¡¿Qué carajos era eso?!

Un maletín de piel negra con la marca

Cartier grabada a relieve, apareció ante mis ojos.

Alex se sentó al otro lado de Kurt y le ayudó a abrir

el maletín, que por supuesto, se abría digitalmente.

Un set de ajedrez, de oro y bronce se iluminaba por

las pequeñas incrustaciones de brillantes que tenían

cada una de las piezas. ¡Era un pequeño tesoro! Ese

set costaba, lo que iba a costar la universidad completa de Kurt.

—¿Estás loco?!

Otros niños empezaban a remolinarse junto

a nosotros y no quise esperar a que la fiesta se convirtiera en un asalto a mano armada, llevado a cabo por niños de manos pringosas.

Le quite un caballo y una torre de las manos

a Kurt y la metí en el maletín antes de cerrarlo y

devolvérselo a Alex.

—¡Ami!

Protestó Kurt, indignado.

—Cielo, los animales ya se van, ¿No quieres jugar otro ratito con ellos antes de que se vayan?

Kurt entrecerró los ojos y por un momento temí un berrinche. Antes de darle oportunidad, lo alenté.

—Anda, ve por tu hermana y nos sacamos unas fotos con los ponys.

Antes de levantarse y obedecer, cuidó sus intereses.

—¿Y mis regalos?

Alex seguía cargado de obsequios.

—Yo los cuido.

Le aseguró Alex.

—Ve por tu hermana y obedece a Ami.

Kurt hizo caso y se levantó corriendo en busca de su hermana.

—¡¿Estás loco?! ¿Cómo le regalas algo así?

¡Tiene seis años!

—Siete.

Me corrigió Alex. Se levantó con mucha

gracia, considerando que tenía las manos llenas de bolsas y me ayudo a parar.

—Y eso que no has visto lo que Owen le compro a Sophie.

¡Oh, madre de los enanos con más dinero que sentido común! Solo basta decir que Sophie salió en todas las fotografías con una tiara de platino y piedras brillantes en la cabeza, y una reluciente sonrisa en la boca. El estuche de la tiara también grababa Cartier, solo que este con la palabra Londres a un lado.

Lo único que evitó que sacara la caja fuerte, es que Sophie —al fin princesa—, no permitió que nadie se acercara a su tiara.

—No son diamantes, solo son brillantes.

Se defendió Owen. Teníamos cinco minutos en el departamento y ya se hallaban como chiquillos regañados en la estancia.

Elena se escondió en su habitación en cuanto llegamos del parque y los mellizos corrieron directo a su habitación a jugar con sus nuevos tesoros.

—No, Owen. Ese no es el punto. El punto es que son niños y ese es un regalo muy costoso. ¿Qué pasa si la pierde?

—Le compro otra.

¡Ay, Dioses!

—No, Owen...

Me dejé caer agotada en uno de los sillones.

Rapidmente Alex se arrodilló a mis pies y me ayudó

a quitar las botas.

—Te dije que era mucho.

Regañó a Owen sin mucha intensidad.

—Mejor no defiendas tu caso Alex, tus regalos no son precisamente baratijas.

Contestó Owen sin poner mucha atención.

Su atención estaba en la evaluación del

departamento. Esta era la primera vez que Owen y Alex entraban a mi casa ¡y yo los recibía con regaños!

En contra del placer que sentía por el masaje en los pies, que tan delicadamente me hacía

Alex, ofrecí:

—¿Quieren un tour?

Se levantaron impulsados por la curiosidad y a mí me entró un nervio de miedo. Descalza y un poco desaliñada me pare y di tres pasos hacia la entrada.

—Bueno, no se aceptan ni sugerencias, ni

comentarios hasta el final del tour. Sean

condecentes, la decoración fue a gusto de Elena,  
así

que es un poco... hipiosa. Pero es mi casa y aquí  
vivo.

No sonrieron, ni comentaron nada. El tour

no empezaba con el mejor público. Y como al toro  
se le agarra por los cuernos, empecé.

—Esta es la estancia... obviamente.

Ahí recibí la primera mueca de Owen.

—Aquí se pueden sentar...

A Elena le gustaban los muebles cómodos y

muy vistosos. Teníamos dos sillones en la sala

repletos de almohadas de colores, un par de pufs y una hamaca que atravesaba de pared a pared, todo en color arcoíris, es decir, de todos los colores. El departamento en realidad era espacioso, luminoso y

muy cómodo, solo que a veces entre tanto cojín, te perdías.

—El comedor...

Dije acariciando las sillas de madera color blanco.

—La cocina...

Que era lo más pequeño del departamento.

Solo contaba con un refrigerador de puertas dobles,

estufa, lavavajilla y un par de estantes, todo en un espacio donde solo entraban dos personas adultas rozándose.

—¿Cocinas?

Preguntó Owen, sin perder ningún detalle.

—Todos los días...

¿Cómo era posible, que no supieran que cocinaba? Ah, por supuesto, mi tiempo con ellos era

exclusivamente en habitaciones con superficies donde coger.

—Tienes que cocinarnos algo.

Pidió—Ordenó Alex. Que mantenía una

expresión completamente neutral. No me dejaba ver

si le gustaba o desagradaba el lugar. Todo lo contrario de Owen, que se mostraba divertido con la decoración arcoíris.

—Por aquí están las habitaciones...

Entramos al pasillo que nos llevaba a los dormitorios y el tour entro en pausa. Las paredes del corredor estaban cubiertas de pinturas de los mellizos. Me emocionó ver la atención con la que observaban los dibujos, se les escapaban sonrisas y susurros de admiración. Fue... especial.

—Es una princesa.

Ronroneó Owen, señalando los dibujos que obviamente eran de Sophie, en todos se dibujaba con una corona.

—La psicóloga dice que es una etapa, que se le va a pasar con el tiempo.

—¿La llevas al psicólogo?

Inquirió Alex, con esa mirada de “estoy grabando la información”, que usaba para los datos importantes.

—Pertenece a un grupo en la escuela, que es para Familias diferentes. Hay subgéneros, como:

“niños solteros”, “niños divorciados”, “niños adoptados”. La psicóloga me da un informe semestral o trimestral si es necesario, de su desarrollo. Les sirve para adaptarse a las circunstancias. En realidad es muy útil, me ha dado consejos muy buenos, sobre todo cuando los mellizos, empezaron a preguntar por su papá.

—¿Y?

Me gustó que se interesara Owen.

Parecíamos un trio muy preocupado por el bienestar de los mellizos, parados en un triángulo a

la mitad del pasillo y rodeados de dibujos infantiles

¿Quién lo iba a decir? Mis dos enanos, estaban creciendo.

—Me recomendaron hablarles con la verdad. Que les explicara con palabras sencillas las circunstancias en general. Sin entrar en detalles escabrosos, y evitando hablar mal de su padre.

—¿Funcionó?

Asentí, evitando entrar en detalles. ¿Para qué decirles que Kurt me dejó de hablar por un día y que Sophie pidió sollozando un papá?

—Ese es el baño.

Tenía que romper la tensión, y nada mejor que con la mención del baño.

—Esta la habitación de Elena... Es la más grande.

Me queje susurrando y señalando la puerta cerrada.

—Y este es mi dormitorio.

Los invite a entrar en el minúsculo espacio, con la mano en la manija. Owen me regaló una de esas sonrisas que hacían temblar el piso, y con pericia fue separando dedo por dedo mi mano de la

manija. Me embelese de su aroma y deje que cerrara

la puerta.

Alex ya estaba sentado al pie de la cama

verificando que no rechinara, haciendo pequeños saltitos.

Owen acercó su boca a mi oído y con su

aliento hizo que se alertaran todos mis poros.

Mordisqueo mi oído y susurró:

—No me has dado mi beso del día.

Ladee la cara y entregue mis labios. Mmm,

su sabor era exquisito, su lengua una profesional y

sus labios adictivos. Me envolvió con una mano en

mi cuello y la otra acariciando mi espalda hasta llegar a mi trasero. Con pasitos nos acercamos a la cama y dando espacio para que Alex metiera una pierna entre las mías, siguió haciendo que perdiera la razón.

Alex subió mi blusa y empezó a besar mi talle, esto empezaba a calentarse y yo estaba en modo Ami.

—Paren... Por favor, paren.

Aunque mantenía los ojos cerrados, mi voz sonó fuerte y clara.

—A mí me prometieron una mamada.

Owen metió su mano entre mi piel y el pantalón. Si llegaba a su cometido y entraba, ya no salía.

—No, no, no, no, no...

Suplique asustada. Los conocía, si se decidían, lograban que hiciera cosas que en mis cinco sentidos jamás haría; Como hacerles una buena mamada, con los mellizos en la habitación de al lado.

—Ey, calma. Claro que no, los niños están despiertos, cuando se duerman vemos que podemos

hacer.

Entre en pánico con las palabras de Alex. ¡Se pensaban quedar a dormir!

Owen se rio, saco la mano de donde estaba y me dio una nalgada, antes de dar dos pasos y abrir la puerta.

—Creo que no estamos invitados a dormir, Alex.

—Sí, creo que no.

Alex se levantó de la cama y vi la decepción en sus ojos. Me sentí miserable. Ellos no habían hecho otra cosa que ser amables y considerados

con

los chicos y conmigo, inclusive cruzaron dos palabras con Elena sin asesinarla, y yo los rechazaba.

—Es que... es que...

—No pasa nada, Kaira.

Lamentó Alex, siguiendo a Owen y saliendo de mi habitación.

Me ajuste la blusa y me dirigí a la habitación de los mellizos. Intente no sonar alterada sin lograrlo, en contra de mis precauciones, yo también

quería que pasaran la noche conmigo.

—Lo siento...

Ninguno de los dos dijo nada, solo esperaron que siguiera con el tour. Con un movimiento de cabeza Alex me pidió que continuara, y yo como siempre, obedecí.

—Y esta es la dimensión desconocida.

Repique la puerta abierta un par de veces y prepare a los mellizos.

—Chicos, tienen invitados.

Sophie se admiraba en el espejo con su vestido azul de Merida y por supuesto, su tiara. Y Kurt en su esquina, en el piso y con el set de ajedrez

preparado para una partida.

—¿Puedo?

Preguntó Alex a Kurt, señalando un peón. A

mi hijo se le iluminó la mirada y yo sentí que nunca

había amado más a Alex como en ese momento.

Me senté junto a Owen en la cama y nos

embelesamos con Sophie, ella solo necesitaba audiencia.

—¿Los dos duermen en esta cama?

Inquirió Owen, confuso. Negué y golpee la

cama baja que se encontraba escondida debajo de la

cama de Sophie.

—No. Quise ahorrar espacio para que jugaran y compre literas bajas, así me aseguro que recojan sus juguetes. A Kurt no le gusta dormir con Sophie, tienen que recoger la habitación antes de dormir para poder sacar la cama.

—Que lista.

Me alabó Owen con una sonrisa.

—¡Me ganó! No lo puedo creer... ¡Me ganaste!

Gritó emocionado Alex. Era una mezcla de incredulidad, con excitación y orgullo. Fue la

primera vez que lo vi abierta, clara y libremente...  
feliz.

—Me ganó en ocho movimientos.

Volvió a repetir dirigiéndose a nosotros.

—Ya era hora que alguien te ganara.

Le contestó Owen, levantándose de la cama  
y dirigiéndose a ellos.

Esa fue la primera vez que Owen y Alex  
pasaron una tarde con los mellizos y conmigo. La  
primera, de muchas.

**La plática**

**Alex**

Levante la cabeza y mis dedos dejaron de funcionar. Mi cuerpo la sentía a millas de distancia, sentía su presencia antes de que mis ojos la vieran. La oleada de deseo acabó con el malestar que me producía no despertar con ella.

Se decidió por unanimidad que ir despacio era lo mejor para los mellizos... y para Owen que seguía con pasos cautelosos en lo que se refería a los chicos. Incluso después de “La plática”.

Sophie y Kurt eran muy inteligentes, en la tercera ocasión que nos “aparecimos” en el

departamento —con esa decoración hipiosa de

Elena, que era horrorosa. Lo único salvable era la hamaca, esa la podíamos usar un día con Kaira,

balancearla mientras entraba y salía de ella, sonaba

muy salvable—, Kurt le preguntó directamente a

Owen, con Sophie como testigo...

—¿Eres el novio de mi Ami?

Owen palideció instantáneamente. Kaira lo

salvó del desmayo al acercarse y tomar de las

manos a los chicos, los sentó en uno de esos pufs que no tenían forma y sostén, y con toda

naturalidad los acompañó en el suelo.

Después de que Owen se sentara en uno de

los sillones y se protegiera con un cojín color

arcoíris, me senté a su lado. La “platica” era algo que

los tres temíamos, nadie quería hacerle daño a los chicos. Solo queríamos estar juntos, eso era todo.

—¿Quién es mi consentido entre ustedes dos?

Preguntó Kaira juguetona.

—¡Yo!

Gritaron al mismo tiempo. Esos niños eran adorables igual que la madre, eran una pequeña extensión de ella.

—No. No sean tramposos.

Los amonestó Kaira sonriendo.

—En serio. ¿Quién es mi preferido?

Los dos subieron los hombros al mismo tiempo, con el mismo gesto. Kaira tenía razón, a veces la conexión de los mellizos daba miedo.

—Los dos ¿Cierto?

Era notable el trabajo de Kaira con los niños, tenía mucho cuidado en brindarles una atención similar. Con Sophie hablaba más, porque simplemente Sophie no sabía lo que era guardar silencio. Kurt, era más reservado, más pensante, aun así, Kaira se las arreglaba para averiguar sobre su

día, sus amigos, sus libros. Kurt respondía con monosílabos y sin embargo, Kaira jugaba con él y lo

hacía sonreír. Los tres eran una pequeña familia, una familia amorosa, juguetona y feliz. Y yo moría por ser parte de ella.

Owen insistía que él prefería pasar el tiempo a solas con Kaira, a pesar de eso, ahí estaba; Tembloroso, pálido, asustado hasta el tuétano sujetando un cojín arcoíris, ahí, junto a nosotros.

—Sí.

Contestó Sophie. Esa chiquita era más inteligente de lo que dejaba ver, era más consiente

de los detalles. Mientras su hermano leía, ella jugaba

con sus muñecas observando como Owen agarraba

la mano de Kaira y la hacía reír. Ella fue la que orquesto todo, para que Kurt casi llevara a dormilón

a la tumba. Todavía escuchaba el corazón de Owen trabajar a marchas forzadas.

—A los dos los quiero mucho, y con los dos me divierto y con los dos me rio. A los dos los besuqueo ¿Cierto?

Incluso Kaira estaba alterada, a la pobre le temblaba hasta el cabello, aunque su voz era firme.

Mi mujer sabía lo que quería.

—Bueno, pues algo similar me pasa con

Owen y Alex. Los dos me hacen sonreír y con los dos

la paso bien. Son algo así como mis novios.

¡Y ahí estaba! El cruce del camino.

Dependiendo de la reacción de los mellizos, era la dirección que iba a tomar nuestras vidas. Si los

mellizos rechazaban la idea, ya me podía ver afuera

del departamento con Owen, en menos de tres segundos.

—¿Y a los dos los besuqueas?

Preguntó Kurt un poco asqueado. Si tuviera

idea de lo mucho que disfrutaba de los besuqueos

de Ami, ya podía quitarse el asco. Owen finalmente

hizo una mueca, seguro también pensando en los besuqueos de Ami.

—A veces... sí.

La piel de Kaira se tornó rojo me quemo.

Sophie, que siempre salvaba el día, salió a su rescate.

—¿Y te vas a casar con ellos?

La nerviosa carcajada de Kaira, le quito

seriedad a “la plática”. No me gustó nada que se riera de la pregunta. El matrimonio no estaba afuera

de mi menú, yo me podía casar con ella. Mañana

mismo si fuera posible.

Y la semilla estaba sembrada.

Kaira se levantó y como si ahí no hubiera pasado nada importante, les preguntó:

—¿Ya tienen hambre?

—No.

Contestó Kurt levantándose del puf. Sophie prendió la televisión y “la plática” se acabó.

Tres minutos que supieron a trecientos.

Owen siguió sentado aferrado al cojín arcoíris. Le quise dar tiempo para que asimilara lo que acababa

de pasar y seguí a Kaira y a Kurt a la diminuta cocina. El pequeño abrió el refrigerador, saco una

cajita de jugo y me hizo las dos preguntas que cambiaron mi vida.

—Alex, ¿Tú quieres a mi Ami?

Mi corazón se acompaso con el de Owen

¡Sonó tan fuerte! la sangre corrió tan rápido, el piso

tembló, por un momento pensé que me iba a

desmayar. Esos mellizos nos iban a llevar a la tumba.

Carraspee y asentí.

—Mucho. La quiero mucho.

Kurt se entretuvo metiendo un popote en el

diminuto orificio de la caja y temblé con la idea de

volver a repetir la respuesta.

—¿Quieres jugar una partida de ajedrez? No he perdido ninguna pieza.

Exclamó orgulloso. En ese momento supe que no solo amaba a Kaira Jones, también amaba a los mellizos Jones. En ese momento me volví a convertir en padre, y a estos hijos nadie me los iba a arrebatar.

—Claro ¿Me das un minuto con Ami? Ahora voy.

—Lo voy acomodando.

Espere lo justo para que saliera de la cocina,

y me abalance sobre una conmovida Kaira. La

estruje, la bese, la acaricie, la volví a abrazar y le repetí mil veces que la amaba. Me estaba dando su

tesoro máspreciado, me estaba dando a sus hijos.

—¿Es la hora de los besuquesos?

Preguntó un Owen con mucho más color.

Pasó de mí y le dio un piquito a Kaira, nada que ver

con su estilo.

—Eres un miedoso, Owen.

Se burló Kaira de él.

—¿Hasta ahorita te das cuenta?

Los tres sonreímos. Parecía que Owen no

iba a caer muerto y que “la plástica” había sido todo

un éxito.

—¿Dónde tienes los jugos? Sophie quiere uno.

—En el refri.

Contestó Kaira, señalando el refrigerador con un movimiento de cara y ojos brillosos. Para Kaira y para mí fue claro que a Owen le importaba más los mellizos de lo que quería reconocer, ahora solo faltaba tiempo para que él se diera cuenta.

Deje a Kaira, que para mí buena fortuna, cocinaba exquisito y fui en busca de Kurt. Todavía

no creía que me ganara con tanta facilidad. Yo no era ni de cerca un experto, pero sabía lo básico. Y ese pequeño de siete años me venció con una facilidad... que me dejó pasmado. Obviamente ya había comprado varios libros sobre el tema, no porque quisiera ganarle, sino porque quería estar empapado de sus intereses.

—Leí sobre David Janowski. Su táctica me gustó, aunque le ganaron con facilidad.

—Le faltaba profundidad.

Contestó Kurt, moviendo su caballo amenazando a mi reina. Mi reina salió huyendo y tuve que sacrificar a la única torre que me

quedaba.

—A mí me gusta más Anderssen. Era un genio del ataque.

Movió su reina y me volvió a ganar.

—Jaque.

—Mate.

Termine por él.

—¿Tienes algún libro de Anderssen? Me serviría aprender algo.

Solicite, analizando su jugada. Se levantó y buscó entre el pequeño librero situado en una esquina de la habitación. Ese era su espacio, su

esquina; Un tapete con una autopista gravada —y que obviamente nunca usaba—, el pequeño librero,

una repisa con dos medallas y un trofeo del tamaño de mi mano, y encima del tapete, el set de ajedrez que yo le había regalado.

¡Joder con mi corazón! Volvió a acelerarse

al darme cuenta de donde estaba. Estaba en su

esquina, en el espacio que ni Sophie se atrevía a traspasar. Oficialmente amaba a los Jones.

Y ahí venía la madre.

Recargue la espalda en la silla y la observe

caminando hacia mí. Sonreía y saludaba a todo el

personal, a ellos los dejaba excitados, a ellas

envidiosas. No tenía idea del aura de gloria que la envolvía, no solo eran las curvas perfectas de su cuerpo o lo impresionante de su razonamiento, era ese estado de sosiego en el que te transportaba cuando se dirigía a ti, caías de rodillas con solo escucharla, terminabas venerándola como la reina que era.

—Buen día, gruñón.

Saludo al entrar a mi oficina.

—Cariño.

Su delicada piel se tornó rosa. Era

jodidamente hermosa.

—No me digas así en la oficina. Te van a escuchar.

Eso quería. Quería que el jodido mundo se enterara que ella era mía.

Di una palmada en mi pierna para que se acercara, cuando se preparaba para sentarse, negó y al mismo tiempo volteo hacia afuera de la oficina.

Ella era igual que nosotros, muy adentro no le importaba nada, ni nadie, solo que siempre se reprimía. Rogaba por estar presente el día que dejara de reprimirse.

—Tengo una llamada con la gente de Brasil.

¿Me acompañas?

—¿Para qué? Lo único que va a pasar, es que

me voy a excitar al oírte hablar en portugués, me voy a meter entre tus piernas y voy a darte tan duro, que vas a olvidar como se habla. Lo mejor es

que me quede donde estoy.

Con solo pensarlo mi entrepierna crecía y se endurecía. Oír su voz en una lengua que no entendía

y con su acento como afrodisiaco, era capaz de acabar con ella. Me removí en la silla y la muy descarada se burló de mí.

—Señor Northman. No puede andar en la oficina con una carpa en el pantalón.

Dejó caer su bolso y la carpeta que traía entre las manos en la silla enfrente de mi

escritorio,

dio la media vuelta y cerró la puerta de la oficina.

Sin girarse, bajo el cierre del vestido azul que la envolvía deliciosamente, tomo una manga y

descubrió uno de sus hombros, después el otro,

poco a poco fue descubriendo la palidez de su

sedosa piel. Cuando quedo solo con las medias

champagne y el sostén negro, yo ya estaba a punto

del infarto. Camino sin prisa hacia el escritorio, el replique de sus tacones era lo único que se

escuchaba, eso y el enloquecido bombeo de mi

corazón.

—¿Así?

Susurró, recargando su talle en el escritorio  
y viéndome directo a los ojos.

—¿O así?

Se levantó, rodeo el escritorio, aventó los  
tacones y se sentó con las piernas muy abiertas  
encima de los papeles que estaba firmando, justo  
enfrente de la silla que con trabajo me sostenía.  
Iba

a explotar y ni siquiera la había tocado.

Me hundí tan profundo como me fue

posible. Aguante solo lo justo para que sus  
paredes

se contrajeran con la última ola del orgasmo y la  
llene hasta que la última gota salió de mi cuerpo.

Vacío, sudado y absolutamente idiota me deje caer en la silla.

—Muy bien señor Northman. Ahora si esta presentable para trabajar.

Estaba todo, menos presentable para trabajar. El nudo de la corbata me llegaba a medio pecho, el pantalón y mi bóxer arremolinándose en mis tobillos, y la camisa arrugada y manchada de lápiz labial.

Se bajó del escritorio con un pequeño salto y sus preciosas tetas se balancearon enfrente de mis ojos. ¡Diosas de las tetas!

Hizo un guiño y huyó al baño. Cuando salió

yo seguía en la misma posición y ella se veía tan fresca como una lechuga.

—¿No te piensas vestir?

Levanto su ropa y empezó a cubrir ese cuerpo de reina.

—Tenemos una llamada.

—Ven.

Le pedí apenas moviéndome. Se sentó en mis piernas y me dio un besito en la mejilla.

—En los negocios es cazar o ser cazado. No necesitas que yo o nadie te acompañe. Solo tienes que hacer lo que acabas de hacer conmigo.

Levantó las cejas e hizo una mueca de  
estárce lo pensando. Enredé mi mano en su cabello  
y  
lo jale lo suficiente para que hiciera una mueca de  
dolor.

—No te pases, cariño.

Tenía la cabeza completamente hacia atrás,  
la estaba lastimando y la muy ingrata sonrió. Abrí  
mi puño y acaricie su cuero cabelludo.

—Si un día me engañaras... Soy capaz de  
matar.

No se movió, solo levantó su mano y  
acarició mi mejilla.

—Lo sé... Yo también lo haría.

Y lo decía tan en serio, como yo.

## **Brujos**

### **Owen**

La bruja de Kaira y sus pequeños aprendices cambiaban personas y significados de palabras. No

sé si usaban hechizos o simplemente sonreían para lograr su cometido, pero lo que sí sabía, es que yo era una de sus víctimas.

Eran las diez de la noche de viernes y estaba metido en una bolsa de campaña demasiado pequeña para mí, comiendo pizza ¡Sin vino! Y

viendo “Brave” por segunda vez en la noche. Y lo peor, lo más espantoso, lo realmente horrible, es que me estaba divirtiéndome.

Contar cuentos antes de dormir a los mellizos, darles un abrazo y asegurarme de que estuvieran seguros en sus camas, se convirtió en el objetivo de mis días. No podía ir a dormir sin asegurarme de que los niños estuvieran bien.

No me importaban las protestas de Kai, iba todos los días al diminuto departamento en el que insistía vivir y confirmaba que todo estaba bajo orden. El día que intente no pasar, tuve que pedirle la motocicleta a Alex a la una de la madrugada y comprobar con mis propios ojos que los niños

estaban seguros. No importo que Kai me asegurara que estaban bien o las burlas de Alex. Tenía que comprobar su seguridad, su bienestar. Esas dos personitas me estaban hechizando.

Ya no asechaba en los bares a mis próximas víctimas, ya no trasnochaba. Se acabó el Owen que iba fiesta tras fiesta, que se iba a dormir a las siete de la mañana y que necesitaba dormir con una mujer diferente cada noche. Ahora solo deseaba dormir con una sola mujer todas las noches y besuquear a un par de niños.

Me perdí las primeras veces, como sus

primero pasos, sus primeras palabras, pero estaba disfrutando mucho su razonamiento. Podía tener una conversación completa y disfrutar de dos personitas con pensamientos lógicos y exentos de absoluta malicia. Era las personas más inteligentes y llenas de sabiduría que conocía. Todo era claro, sencillo y lógico.

Después de que Kurt me quitara el aliento con su inocente manera de preguntar “¿Eres el novio de mi Ami?” y que Kaira tuviera “La plática”.

El mundo cambio.

Me quede sentado con ese horrible cojín  
entre mis manos y espere que el mundo volviera a  
tener sentido. ¿Qué había pasado? ¿Cómo es que  
me  
había metido en eso? Yo no quería tener hijos, yo  
no  
quería tener una familia. Las familias eran una  
mierda, para muestra, la mía.

Sophie prendió la televisión y a lo lejos  
escuche la voz de Kristen Bell. ¡Mierda! Ahora  
hasta  
canciones de Disney me sabía. El pedacito de  
personita se sentó junto a mí y recargó su cabecita  
en mi brazo. Por un minuto escuche la canción, que

decía algo así como, que en la vida había muchas puertas, que el amor es una puerta abierta, que cuando la encuentras, encuentras tu lugar en el mundo.

Y me sentí débil. Por primera vez en toda mi vida desee hablar con mi madre, con mi padre, tener unos padres. Alex siquiera tenía un buen recuerdo de los suyos, yo no tenía ni eso.

—¿Owen?

Me costó nada acostumbrarme a la voz de Sophie. Era una voz llena de inocencia, y me gustaba... mucho.

—Sí, princesa.

—¿Te gusta “Frozen”?

Tome su manita y la medí con la mía. La suya era abismalmente más bonita.

—Sí, me gusta “Frozen”. Pero de gustarme, me gusta más “Brave”.

Se levantó de un brinco y con sus ojos azules llenos de emoción, gritó:

—¡A mí también!

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Y recontra Mierda!

Estaba tan eufórica, tan alegre, tan... feliz. Y no sé por qué, pero el que ella estuviera feliz, me hizo feliz a mí.

—Voy a jugar ajedrez con Alex ¿Quieres ver?

Preguntó Kurt saliendo de la cocina. No supe si me hablaba a mi o a Sophie. Así que hice lo más sensato y me quede callado.

—Me aburre. Mejor voy a ver una película.

Contestó Sophie, que ya brincoteaba entre los cojines esparcidos por la estancia.

Kurt se quedó ahí parado, jugueteando con una caja de jugo entre sus manos y viendo hacia abajo. Otra vez ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Y recontra Mierda! Mi corazón volvió a salirse de ritmo

¡Esos

niños me iban a matar!

—¿Yo puedo ver?

Pregunte finalmente. Levantó un hombro e hizo un puchero con la boca muy parecido al de su Ami.

Fue el fin de mis días como Owen Carter.

Ahora solo era Owen, el títere de los mellizos Jones.

Sophie negocio con su hermano mi estancia junto a ella y después de cerrar el trato, me pidió un jugo.

Pase por la puerta abierta y encontré mi lugar en este mundo.

## **Primer intento**

### **Kaira**

Charly y Tony iban en la parte delantera del carro. No podía dejar de ver sus nuca y preguntarme ¿Qué estaba haciendo?

—¿Qué pasa?

Preguntó Owen al colgar el teléfono. Cada vez estaba más comprometido con el Grupo Carter y eso me daba mucho gusto.

—Tengo miedo de lo que nos espera. No quiero joder la vida de mis hijos. No...

Un quejido me aviso que estaba a punto de

echar a llorar. Los dueños de mi vida se acercaron todavía más a mi cuerpo y me tomaron de la mano.

No supe quién me limpió las lágrimas, en realidad no

importaba.

—Todo va a salir bien.

Murmuró Owen antes de darme un beso en la nuca.

—Aquí nos tienes y nosotros te tenemos a ti,

¿Cierto?

Asentí, viendo los azules ojos de Alex.

—¡Ahí esta! Todo va a salir bien, porque estamos juntos.

Lo dijo con toda la seguridad del mundo y yo no tenía por qué dudar de su palabra. Así que le creí.

Los tres respiramos profundo tras llegar al departamento. Atrás de esa puerta nos esperaba el futuro.

—Bueno chicos.

Espero que estén

preparados. Es tiempo de volverse locos.

Volví a detenerme con el pomo a medio girar.

—Gracias. Sé que esto no es fácil...

—¿A quién le gusta fácil?

Me interrumpió Owen, hizo un guiño, y rezando por no estar haciendo una cagada monumental, abrí la puerta para que nos recibiera el silencio.

Sophie y Kurt hacían la tarea en la mesa de centro, mientras Elena hojeaba una revista en la sala. En cuanto nos vio, se levantó y camino desdeñosamente hacia su habitación. Solo el

portazo rompió el silencio.

—Si este es tu tiempo de locura, es que no has visto a Owen cuando juega.

Le di un codazo a Alex, Owen también le dio un puñetazo en el hombro. No solíamos hablar de los juegos de Owen, ni de los de él, porque definitivamente Alex no se podía llamar, angelito. Lo

importante es que ahora solo existía nuestro tiempo

y el pasado, pasado era.

—¡Ya llegamos chicos!

Me acerque, y les di un beso a cada uno.

Sophie levantó su carita y me devolvió el beso con  
abrazo incluido, al contrario de Kurt, que solo  
ladeó

su carita para que le diera su beso.

—Por favor saluden a Owen y Alex.

Al unísono dijeron:

—Hola.

Y siguieron con su tarea. Me metí a la cocina  
seguida por dos enormes hombres. Iba a tener que  
hacer algo respecto a los espacios. La cocina se  
achico considerablemente.

—¿Cuál caos? Los mellizos son unos  
angelitos.

Owen se asomaba por la puerta de la cocina  
y admiraba la tranquilidad de mis hijos.

Levante un dedo y lo prevení.

—Porque solo los has visto cuando son  
chicos buenos. Espera...

Treinta y tres segundos después, inicio el  
caos. Comenzó con un:

—¡Te gane!

—¡Tramposa!

Sophie entró corriendo a la cocina y  
agitando su cuaderno encima de su cabeza, no paro  
de preguntar:

—¿Me revisas Ami? ¿Me revisas?

Las siguientes horas vi con un poco de gracia, como se iba transformando el semblante de Owen y Alex. Un niño sano, alimentado y con fuerza, es un torbellino, si lo multiplicamos por dos, es un caos.

Llegó la hora de dormir y ni gruñón, ni dormilón habían salido huyendo. Eso ya era progreso. Por más que mi cuerpo deseaba premiarlos con un beso o una caricia, mi cabeza se resistió. “Calma, hay que ir con calma”, me lo tuve que repetir un millón de veces. Es casi imposible

tener calma, con dos especímenes como ellos.

Sophie y Kurt esperaban que los enanos se fueran, ese había sido el ritual; A veces pasaba la tarde con nosotros Alex, otras veces Owen, pero siempre se iban. Y ahora los enanos traían maleta.

El tiempo pasa volando y más si estas en modo cautela. Le había pedido una extensión a Alex

y otra a Owen, logre que un mes se extendiera a seis

semanas y retrasar su primera noche en casa. Hasta que el día llegó y peor aún, la noche llegó. A Sophie

la venció el sueño y Alex me ayudó a pasarla a su cama. Kurt ya estaba acostado, pero se resistía a

quedarse dormido.

—¿Dónde van a dormir?

Me preguntó Kurt con los ojitos rojos del cansancio. Una sonrisa de nervios apareció en mi boca, que se encontraba seca del miedo. Porque eso

era lo que sentía, un profundo y doloroso miedo.

—En mi cama.

—¿Los dos?

Asentí débilmente. No podía hablar.

—No van a caber.

Dos espesas y traicioneras lágrimas recorrieron mi mejilla hasta el mentón. Me limpie

con el dorso de mi mano y seguí acariciando su cabecita para que se durmiera.

—¿Por qué lloras?

Preguntó más dormido que despierto. Mis manos siempre habían hecho magia cuando de apapacharlo se trataba.

—Porque estoy cansada. Necesito que te duermas, para poder ir a dormir.

Mi chico cerró sus ojos y se dejó caer en los brazos de Morfeo, para que su Ami pudiera ir a dormir con dos hombres que no iban a caber en su cama.

Ya

me

esperaban

completamente

enfundados en pijamas. Nunca había visto a Owen tan vestido para dormir.

—Vamos a dormir. Solo a dormir.

Me reafirmó Alex. Me cambie y cumplieron su palabra, no me tocaron más que para abrazarme.

Y solo en partes para menores de edad. Aun así, solo

logre dormí un par de horas.

Salí de la habitación antes del amanecer. Me

preocupaba muchísimo que mis chicos me  
encontraran en la cama con Owen y Alex.

Puse la cafetera y abrí el refrigerador en

busca del desayuno. Oí pasos y vi a Owen con su  
cabello revuelto y terminando de abrochar los

botones de su camisa.

—¿Quieres café?

Pregunte, admirando sus fortalecidos

brazos. ¡Dios, el hombre era bello!

—Mmm, negro por favor.

Su voz todavía no despertaba por completo.

Sexi, sexi, sexi. Se sentó en una de las sillas del  
comedor y se arregló el cabello con las manos. Le  
quedo perfectamente orgásmico.

—¿Alex sigue dormido?

Pregunte sentándome en la silla contigua a

la de él. Nuestros ojos se conectaron, levantó una mano hasta mi cuello y lo acaricio con su pulgar.

—Ya me voy. No te preocupes.

—No estoy preocupada.

Mentí y volvieron a aparecer otras

traicioneras lágrimas. Eso se estaba convirtiendo en

un motín. Sonrió y el motín se desató.

—Lo siento... me preocupa y no puedo evitarlo.

Separo la silla de la mesa y con un solo

movimiento me sentó en sus piernas. Me abrazo fuerte, besaba mi cabello, mientras se balanceaba de un lado a otro conmigo en brazos, regalándome cariño y confort.

—Está bien. Podemos ir más despacio, si eso es lo que necesitas.... Sé que esto es enorme para ti.

Enterré mi cabeza en su pecho y aspire su aroma. Lo quería, y quería que se quedara con nosotros.

—Te quiero.

—Y yo a ti, Kai.

Lo abrace con todas mis fuerza, quería fundirme en él. Levante la cara y nos besamos; Profunda, larga y deliciosamente, llenos de emoción.

—Sé que es pedirte mucho, pero Alex dice que todo va a salir bien. Y él suele estar en lo correcto.

Susurró pegado a mi frente. ¿Cómo no creerle?

Nos  
despedimos  
en  
la

puerta

del

departamento con otro beso cargado de

sentimientos encontrados. No quería que se fuera,  
y

sin embargo me aliviaba su partida. Apague la  
cafetera y regrese a la habitación, Alex seguía  
durmiendo plácidamente.

Despertamos por el ruido de la televisión.

Era Sábado y los fines de semana los mellizos  
tenían

pase libre sobre la televisión. Alex me dio mi  
beso de

buenos días y me apretó fuerte en su pecho.

—Es la primera vez que amanezco contigo.

Me deje apapachar por un momento. Se sentía tan bien despertar acompañada y no solo con

las frías sabanas.

—Ya habíamos amanecido juntos. Si mal no recuerdo, fueron dos semanas de despertar juntos.

—Eso no es lo mismo.

Se quejó.

—Aquí estamos en casa.

Sí, era diferente. Y yo era la peor de las personas por negarle esa sensación a Owen.

—¿Tiene mucho de haberse ido?

No fue necesario que diera nombres. A los dos nos incomodaba la ausencia.

—Un par de horas.

Besé su pecho y cerré nuevamente los ojos.

No pensé sentirme tan miserable. Sentía que a mi corazón le habían arrancado la mitad, me sentí incompleta.

Me levante y fui a besuquear a mis hijos. A unos pasos atrás de mí, venía Alex arreglando su pijama. El pobre estaba más nervioso que yo, de la reacción de los mellizos.

—Buenos

días,

chicos.

¿Ya

quieren

desayunar?

Les di su respectivo beso y me dirigí a la

cocina. Alex murmuró un escueto “Buenos días” y se

sentó en el sillón. Mis chicos estaban acostados a la

mitad de la estancia usando todos los cojines de los

sillones como colchón y tapados por su respectiva manta de Toy Story. Una típica mañana de sábado.

Hasta que Kurt preguntó:

—¿Y Owen?

Me recargue en la pared de la cocina y me deje caer hasta el piso. Decir “Mierda”, se quedaba

corto de cómo me sentí.

**Gatito**

**Alex**

Le marque a Owen y aunque me costó un poco de trabajo, lo convencí para que regresara al departamento de Kaira.

—Kaira la está pasando mal. Lo mejor es que abras camino y después me integro yo.

Para berrinches, ya tenía dos niños que peleaban por el control de la televisión.

—Mueve el culo y ven para acá. No vamos a desayunar hasta que llegues.

Colgué y me dirigí a la cocina. No antes de abrir la puerta de la habitación de Elena y

maldecirla. Su habitación era tres veces la de Kaira,

ni con tanta mugre tirada en el piso disminuía el espacio: Cojines, carteles, mantas, tapetes, todo en color arcoíris. Iba a quedar ciego de tanto color.

Cerré la puerta y no pude agradecerle más a Kaira el

que se hubiera desecho de la prima por un par de días. Esa mujer no me gustaba nada.

Ya estaba listo el desayuno cuando tocaron a la puerta. Kaira abrió y se le fue directo a la yugular. Tardaron un par de minutos en entrar, a

Kaira se le difuminó el gesto de angustia y Owen entró como gatito, relamiéndose los labios.

Volvimos a pasar el día todos juntos. Fuimos al parque, dimos una vuelta por los muelles, inclusive pasamos al súper.

—¡Mira esto!

Me advirtió Owen. Tenía entre manos una caja de cereal, el cereal era en forma de conejitos y de sabor chocolate fortalecido. Agarro otra caja y las metió en el carrito que ya estaba a punto de vomitar.

Gamble era el encargado de llenar la alacena en el penthouse. Y seguro ahí no encontrabas conejitos de chocolate fortalecido, lo que podías encontrar ahí, eran unas baritas que sabían a “guácala”, como decía Sophie, y que dictaba cien por ciento fibra en la caja. De pasada agarre otra caja de conejitos, y guie el carrito hacia Kaira y los mellizos, que no se decidían por jugos de naranja o de manzana.

Owen metió una caja de jugos de Naranja en la parte baja del carrito y yo una de Manzana. Kaira

nos mató con la mirada.

Owen levantó las cejas y susurró un

“¿Qué?”. Kaira tomó de las manos a los chicos y se

dirigió a las cajas sin contestar. Owen y yo

agarramos los carritos y la seguimos. Nos volvió a fulminar con la mirada, cuando levantamos las cajas

de jugos para que una abochornada cajera los escaneara.

Saque mi cartera y ahora fui yo él que la

fulminó, ni de chiste iba a permitir que ella pagara.

Guardó su cartera en el bolso haciendo pucheros y se dirigió a un local de cortes de cabello.

Owen y yo nos peleamos con las bolsas y la alcanzamos en el local. Era divertido esto de ir al súper, nunca lo habíamos hecho. Owen traía dos chocolates en el pantalón y yo un paquete de chicles, las cajas registradoras parecían candyland.

—Vámonos.

Le dije a una pucherosa Kaira.

—No. Los chicos necesitan un corte de cabello.

—¿Aquí?!

Owen parecía realmente alarmado. Su cabello solo lo tocaba un famoso estilista que iba al

penthouse cada mes.

—Sí, aquí.

El puchero de Kaira era adorable. Owen levantó los hombros y le anunció, recargándose en el carrito lleno de bolsas.

—La próxima vez que necesiten un corte, se los va a hacer mi estilista.

Sacó uno de sus chocolates y lo empezó a desenvolver.

—¿Quieres?

Le ofreció a Kaira, que estaba morada del coraje. Kaira negó y se cruzó de brazos.

—¿Cuál es el problema, Kai?

Era refrescante ver a Owen en esa posición.

Buscando caras y tratando de contentar a una enfurruñada Kai.

—Es mucha azúcar. Los chicos no deben comer tanta azúcar... y tú tampoco.

¡Lo regañó! Owen se quedó con el chocolate a medio camino. Tuve que entrar al local para evitar reírme de él en su cara.

Supervise los cortes de los mellizos. Las chicas que trabajaban ahí no hacían mal su trabajo, solo que no se comparaban con las manos expertas

del estilista de Owen. Ese hombre hacía magia con sus dedos. Revise lo largo de mi cabello y una de las

trabajadoras suspiró, regrese la mirada a los mellizos y apure a las trabajadoras con la mirada.

Ese no era lugar para que los mellizos se cortaran el cabello.

Cuando salimos, Kaira tenía un chocolate a medio comer y una espléndida sonrisa en los labios.

## **Seguridad**

### **Owen**

—¿Quién es ese?

Me preguntó Sophie.

—Charly.

Charly dejó de subir las bolsas en la cajuela y se dirigió a mí, todo profesional. Me agaché para quedar a la altura de los mellizos y les expliqué.

—Él es Charly.

Charly hizo un asentamiento de cabeza y siguió acomodando bolsas en la cajuela.

—¿Ven esa camioneta negra?

Señalé la camioneta que estaba estacionada a dos carros de nosotros. De ahí bajaron dos hombres que vestían de mezclilla, uno hizo un

asentamiento como Charly y el otro alzo la mano como saludo.

—Ellos tres trabajan con Alex y conmigo.

Nos ayudan a manejar, a hacer compras y sobretodo, cuidan de ustedes. Si los ven, no se asusten. Ellos cuidan de nosotros.

—¿Tú no puedes cuidar de nosotros?

Me preguntó, Kurt. Los dos me observaban extrañados. Esperaba que mi escueta explicación funcionara, al parecer no era así.

—Sí. Y una manera de hacerlo, es contratándolos a ellos para que me ayuden a

cuidarlos. Ami también tiene a alguien que la cuide.

Los dos voltearon a ver a Kaira que seguía atentamente la conversación.

—¿Dónde está Tony?

Pregunté. Alex sacó el teléfono y marcó.

Después de indicarle que se mostrara, Tony salió de

un automóvil blanco. El enorme hombre vestía de bermuda y playera tipo polo, aun así seguía siendo intimidante.

—¡Tony, ven!

Gritó Kaira. Alex y yo intercambiamos una

mirada. No estaba bien que Kaira tuviera tanta confianza con el personal de seguridad. Tony en cuatro pasos llegó con nosotros. Kaira se puso de puntitas y le dio un beso en la mejilla ¡Un beso! Fue

reflejó, Alex y yo nos envainamos, el jodido Tony ya

se podía dar por despedido.

Si Kaira se dio cuenta de nuestra reacción, lo disimuló bien.

—Miren chicos, él es Tony.

Tony se agachó e incluso así, los mellizos le llegaban al pecho.

—Joven Kurt...

Kurt tomó la enorme mano de Tony y la retiró rápidamente. Justo como debía ser. Los mellizos no tenían por qué tener contacto con él.

Kaira me iba a escuchar sobre esto.

—Princesa Sophie.

Esa fue la gota que derramó el vaso. Sophie era Sophie, ella en vez de darle la mano, emuló a su

Ami y le dio un beso en la mejilla con todo y abrazo.

—Eso es todo Tony.

La voz de Alex era el ejemplo perfecto de mi sentir. ¡¿En qué diablos pensaba Kaira?! Tony hizo un asentamiento de cabeza y regresó al automóvil.

—Que maneje Charly.

Alex le dio las llaves y subimos a la

camioneta. Alex como copiloto, los mellizos en los asientos de en medio y yo junto con Kaira en los asientos traseros. Charly me conocía, prendió el

radio y buscó una estación adecuada para Sophie y Kurt.

—Eso que acabas de hacer, le costó el

trabajo a Tony. Los chicos no deben tener contacto con el personal.

Murmure lo más ecuánime posible. Si dejaba que Alex se hiciera cargo de esto, era capaz de mandar desaparecer al hombre.

—¿Qué hice? Tony es mi amigo.

—No, Kaira. Tony es tu empleado.

Me miró con los ojos muy abiertos. No importaba, tenía que entender que cada quien tiene su lugar y darle besos al personal, definitivamente estaba fuera de lugar.

—Yo soy tu empleada.

La voz le tembló, toda ella temblaba. Me senté correctamente y guie mi mirada hacia enfrente. Ella tampoco volvió a hablar.

Pasamos lo que restaba del día atendiendo a los mellizos, vimos un par de películas, finalmente tuve una partida de ajedrez con Kurt y eso me juro

mi humor. Si a Alex le ganó en ocho movimientos,  
a

mí me ganó en tres. Lo volví a intentar y la derrota  
fue todavía más deplorable, porque fue con las  
mismas jugadas.

Contrario a lo que pasó la noche anterior,  
los mellizos se fueron a dormir sin problema. Me  
cercioré de que estuviera todo bajo control y me  
prepare para irme.

—¿A dónde vas?

Inquirió Kaira muy segura.

—A mi casa, aquí solo soy el jefe.

A la muy bruja le tembló un labio. Deje caer

la maleta y la bese, jadeó un poco y con un movimiento la subí, enredó sus piernas en mi cintura y la lleve a la habitación.

Alex ya estaba en su casa, tenía la pijama puesta y leía plácidamente acostado sobre el edredón. En cuanto nos vio entrar dejo el libro y se quitó la pijama.

Fue difícil, pero lo logramos. Los mellizos no se enteraron y la bruja quedo satisfecha.

## **Art Attack**

### **Kaira**

Me despertó el ruido de la televisión. Owen

se sentó a mi espalda y acaricio mi cabello descuidadamente. Alex uso mi cintura de almohada y yo volví a cerrar los ojos. Así se debía despertar en el cielo.

Escuche el rechinar de la puerta y me tense. La mano de Alex evito que me moviera y la orden de Owen lo confirmo.

-No te muevas.

Por unos segundos, que se me hicieron eternos, nadie dijo nada. Fue hasta que mi princesa hablo, que los tres volvimos a respirar.

-¿Qué ven?

-Noticias. ¿Quieres ver algo en especial?

Contestó Owen de lo más “normal”. Aunque logré apreciar un pequeño titubeo. Él hombre arrogante, caprichoso y seguro se encontraba igual o más nervioso que yo.

—Art Attack.

Pidió Sophie subiéndose a la cama. No la vi, pero sentí que el cuerpo de Owen se acercaba más al mío para darle espacio. El canal cambió casi instantáneamente. Entreabrí un ojo y me encontré con la ceñuda mirada de Kurt. Con la palma abierta,

di un pequeño golpecito a lado mío y lo invite a acostarse con nosotros. Mi niño sonrió y yo volví a

respirar. Todo lo contrario que la de Alex, que paró

en el momento que Kurt subió a la cama y se acostó

a lado suyo.

Kurt me dio una de sus manitas y la otra la

puso en el hombro de Alex. Cerró sus ojos y con la paz reflejada en su carita, se preparó para volver a dormir.

Mis lágrimas corrían de un ojo al otro sin

descanso. Así quería vivir por toda la eternidad.  
Que

el tiempo no pasara, que nadie se moviera, que el mundo se detuviera.

Desafortunadamente mi estómago despertó y rompió el hechizo.

—¿Qué van a querer de desayunar, chicos?

—Cereal.

Contestó Kurt con los ojos cerrados.

—Hot Cakes.

Murmuró Owen, más atento a la televisión, que al desayuno.

—Sí, Ami. Hot Cakes.

Secundo Sophie.

—¿Y tú?

Le pregunte a Alex acariciando su rubio  
cabello.

—Lo que tú quieras.

Murmuró con la voz entrecortada. Mi enano  
gruñón estaba emocionado.

Salí de la cama arrastrándome hacia abajo  
para que nadie se moviera de su sitio. Al llegar a  
la  
altura de Alex, vi sus ojos azules rodeados de un  
color rojo fuerte. Era la primera vez que veía a  
Alex  
a punto de las lágrimas y me rompió el corazón. Si  
quedaba alguna resistencia de mi parte, alguna  
duda

de que esto era lo correcto, en ese momento murió.

Ellos eran perfectos para mí, para mis hijos. Y

nosotros éramos perfectos para ellos.

Fui al tocador y tome un par de pañuelos

desechables. Regrese a la cama y le di un beso a

Kurt

en la mejilla. Baje hasta Alex, le di los pañuelos y

su

respectivo beso de buenos días. Owen tenía a

Sophie sentada en una de sus piernas. Los dos

veían

atentamente la televisión, sonreí feliz de verlos tan

compenetrados. Me acerque a Sophie y como

siempre, me dio los buenos días con un gran

abrazo

y beso. Owen sonrió y emulo a Sophie en su saludo

de buenos días.

Salí de esa habitación, endiabladamente

feliz.

Pasaron unos minutos y pude sentirlos

antes de verlos, era una conexión enorme la que me

ligaba a ellos.

Owen acarició mi cuello y al mismo tiempo

abrazo por los hombros a Alex, de un solo

movimiento éramos uno otra vez.

—Es raro.

Susurre cubierta por ellos.

—¿Quién es raro? Yo no soy raro. Si alguien es raro, debe ser Alex.

Bromeó Owen. Alex le dio un puñetazo en el hombro y lo calmó.

—Yo no soy raro.

Volvió a asegurar, mientras me rodeaba por la cintura y aspiraba el olor de mi cabello.

—No, no eres raro. Eres un jodido loco.

Le respondió Alex, que aprovecho la posición de Owen y me abrazo por la espalda.  
Todo

estaba bien.

—Somos un trio de locos.

Murmure más para mí, que para ellos.

—Si cariño, pero unos locos que se quieren mucho.

Y como siempre, Alex tenía la respuesta a todo. Locos que se quieren mucho, esos éramos nosotros.

Desayunamos entre risas, anécdotas y planes. Nos alistamos y salimos rumbo al penthouse.

En cuanto Owen mencionó alberca, Sophie salió disparada a su cuarto y regresó con la maleta lista

para nadar.

En el Penthouse ya nos esperaba un

pequeño bufé: Fruta, jugos, ensaladas. Todo lo que se nos antojara y más. Finalmente Gamble conoció a

mis chicos y la conexión fue instantánea. Los

mellizos lo adoptaron como abuelo, en el momento

que Gamble apareció con su traje de baño y se metió

a chapotear con ellos. Nunca había visto a Gamble tan relajado.

—Los niños son unos pequeños hechiceros.

Murmuró Owen en mi oído. Asentí y me

solté de su agarre. Owen era un manotas, no podía

estar cerca de mí, sin que me estuviera sobando

alguna parte del cuerpo. Si por él fuera, siempre estaría abajo, arriba o adentro de mí.

—Igual que su madre.

Se quejó. Lo senté a lado mío e hice que metiera los pies al agua.

—¿Y Alex?

Pregunte chapoteando los pies en la templada agua y salpicando a un quejumbroso Owen.

—Hablando por teléfono.

Me tomó de la mano y se la llevó a los labios.

Eso si se lo permití.

—Es domingo. Debería tomarse un descanso.

—Si descansa el reino se viene abajo. Mi papá acaba con él en un día.

—¿Tan malo es?

—Lo que le sigue.

Contestó con una desdeñosa mueca.

—Todas las decisiones que toma son malas.

Dinero que le llega, dinero que desaparece. Si el abuelo no hubiera sido tan cuidadoso con sus negocios, Grupo Carter ya no existiría.

—¿Y por qué lo consienten? ¿Por qué dejan que sea la cara de todo?

Volví a ver a Alex, que seguía al teléfono. Se le veía estresado, tenso.

—Todas las acciones de Grupo Carter están divididas en tres partes. Una tercera parte es de mi madre y las otras dos partes son de Alex y mía. Mi padre ya acabó con la parte de mi madre hace un rato. Alex y yo le hemos ido comprando las acciones

poco a poco. Calculamos que en un par de años, Grupo Carter nos va a pertenecer en su totalidad a nosotros.

—¿Y por qué permiten que sea la cara del Grupo? Es injusto para Alex.

Negó, mientras acariciaba mi brazo con la punta de sus dedos. Un escalofrío me atravesaba cada vez que los dedos rozaban la piel sensible del antebrazo.

—Tanto a Alex como a mí nos gusta la privacidad. Si Alex sale a la luz, se acabó la privacidad. Si quieres que algo se mantenga en secreto, no se lo digas a nadie.

Lo tenían bien pensado, así podían hacer la vida que ellos quisieran.

—Nos conviene que Charles de la cara; Yo soy el junior, bueno para nada y Alex el

temperamental abogado. Solo el comité ejecutivo sabe que no se mueve nada, sino pasa primero por las manos de Alex o mías. Mi papá es la fachada, nosotros el reino.

Recargue mi cabeza en su hombro y vi como

Sophie le enseñaba a nadar, a un divertido Gamble.

—Deberías ayudarle más. Es mucho trabajo para Alex. Lo que yo hago, no es mucho.

—No, no, no... A Alex le gusta ser el rey.

Dejalo ser el rey. Además, ya tiene a la reina.

¡Fregado Dormilón! Gritó mi cabeza.

—¿Y tú que eres?

—Un simple peón.

Dijo desdeñosamente. Si él era un peón, yo era una de sus muñecas.

—¿Te vas a meter, cariño?

Preguntó Alex al sentarse a mi lado. Estaba otra vez entre los dos hombres más grandes, duros y masculinos sobre la faz de la tierra. Liberaban testosterona por cada uno de sus poros. Y para demostrar que eran perfectos, también eran amables, cariñosos, comprensivos. Durante todo el día nos hicieron sentir protegidos, cómodos, a salvo.

Y no solo a mí, los chicos estaban fascinados con ellos.

Y para no perder la costumbre, empecé a preocuparme nuevamente. Creó que mantenerme preocupada permanentemente, era un don que recibí al convertirme en madre. Si los enanos desaparecían, no solo yo iba a resultar destrozada, mis hijos me iban a acompañar en el dolor.

¡Mierda!

A partir de ese día, Owen y Alex pasaban las tardes con nosotros. Claro, que en cuanto los chicos

se iban a dormir, empezaba mi castigo.

Tomaron como rutina, pedir que viviéramos juntos. Trataron de no agobiarme y se lo tomaron

por turnos, ese día fue el turno de Owen.

—Yo digo que salvemos tiempo. Tarde o temprano vamos a vivir juntos. Hay habitaciones de  
de  
sobra en el penthouse, podemos adaptarlas para los chicos fácilmente.

—¿y tú crees que voy a meter a mis hijos a su picadero? ¡Estás loco! Mis hijos de ninguna manera van a dormir en la misma cama, donde se han tirado a Dios sabrá cuantas mujeres.

—Vamos a cambiar la cama.

Recalcó como si fuera lo más obvio.

—No. Esto lo vamos a hacer con calma y sin

apresurar nada. Ustedes son los primeros

noviecillos que los mellizos conocen y aunque,  
hasta

el momento todo marcha bien, vamos a seguir con

cautela. Vamos a seguir como hasta ahora, con  
citas

como la gente normal, de vez en cuando se quedan  
a

dormir en casa y listo. De ninguna manera los

mellizos amanecen en esa cama que apesta a sexo

por todos lados.

—No seas exagerada, no apesta a sexo. Ya te

dije que la cambiamos.

Me negué en corto. Ese punto no iba a estar

en discusión.

—Dime una cosa. ¿Exactamente qué es eso de salir? Las citas solo son un procesos de eliminación, donde sacas a relucir tu mejor lado para esconder tu verdadero yo. Tú ya me conoces, ¿qué más podríamos descubrir con las citas?

—Yo nada, pero mis hijos sí. Ya te lo dije

Owen. Yo soy paquete completo. Ya no puedo seguir jugando a me coges, te cojo. Para eso puedes

agarrar cualquiera de tus muñequitas... Esta soy yo

¿Lo tomas o lo dejas?

—Lo tomo todo.

Respondió sin dudar. Ya lo veríamos.

Como parte de mi castigo por no vivir

juntos, me besaban, me tocaban, me apapachaban,

los dos o tomándose turnos. Me susurraban

palabras cariñosas y sucias en el oído.

Runruneaban

frases seductivas pegados a mis labios. Cada

noche

me acariciaban y envolvían protectoramente, me

mantenían lista para que hicieran conmigo lo que

quisieran. Era como una fantasía hecha realidad,

hasta que llegaba el momento donde mi cuerpo

gritaba necesitado por ellos y ellos se negaban cariñosamente.

¡Me estaban matando lentamente! Muerta por frustración sexual. Así iba a decir mi epitafio.

Intente tentarlos por todos los medios, continuamente apretaba sus manos a mis pechos,

tentándolos, induciéndolos al mal. Ellos respondían

apretando sus enormes erecciones a mi cadera y trasero. ¡Eran unos tramposos! Ninguno de los dos

liberara el burbujeante orgasmo que se mantenía constante en mi vientre.

Ya no quedaba orgullo en mí, frotaba mi

cuerpo a los suyos, y cuando el orgasmo tocaba puerta, ellos se levantaban y me dejaban jadeante.

Tres semanas después, era verlos y excitarme en medidas exorbitantes.

Tenían razón al castigarme; Yo fui la que

tuvo la grandiosa idea de “ir despacio”. Pero nunca

imagine que “ir despacio”, se iba a convertir en una

lenta tortura contra mí. Y para ellos. Ese era mi único consuelo, que ellos me acompañaban en la

frustración. Se habían obligado a sacar la energía vía

gimnasio.

Suspire al observar el cuerpo de Owen  
moviéndose dentro del agua. Era toda fuerza y  
masculinidad en movimiento, desde sus amplios  
hombros, hasta las trabajadas piernas. Su cabello  
mojado caía distraído sobre su frente. Yo babeaba  
y  
él sonreía y divertía con los chicos, sin reparar en  
mi miseria.

—¿Un orgasmo?

—¡¿Perdón?!

Toda la sangre subió a mi cara. ¡Diablos!

—Que si quieres un cosmo.

Repitió Alex, con la copa en sus manos. Sus

enormes y fuertes manos... Casi pude sentir la magia

que hacían esas manos. Como frotaban y se introducían en mí. Esos dedos eran mágicos, tocaban y afloraban sensaciones indescriptibles en mis entrañas.

¡Oh, Dios! Era una maniática sexual.

—...gracias.

Murmure. Tenía la boca seca y las bragas empapadas. Alex sonrió de lado como si pudiera leer

mi mente. Me entregó el orgasmo, digo el cosmo y se

sentó a mi lado.

—¿Sigues cerrada a la idea de vivir juntos?

No. a lo que seguía cerrada es a que me castigaran así.

—Ustedes creen que pueden más que yo, pero ya verán...

Mi argumento era una mierda. Ni siquiera yo lo creía. Deje el orgullo de lado y acepte los hechos.

Mi idea era una verdadera idiotez.

## **Mis Amigas**

### **Kaira**

—¿Estas nerviosa?

—No...

¡Sí! Por supuesto que sí.

—Tengo un ratito de no ver a mis amigas,  
eso es todo.

Los dos bufaron incrédulos. Las palmas me  
sudaban y por millonésima vez me ajuste la blusa.

Estábamos a dos pasos de la puerta de Amanda y  
parecían dos kilómetros. Quería agarrar de la  
mano

a mis hombres y correr en sentido contrario.

Alex toco el timbre y revisó la botella de

vino que escogió para la festejada. Owen fue más

práctico, saco su diabólica sonrisa y listo. Eso era  
más que suficiente como regalo.

—Te prometo que nos vamos a comportar.

Aseguró Owen mientras me daba una

nalgada. Eso esfumo el nerviosismo, empecé a reír

encantada. Total, que el mundo se muera de  
envidia,

yo era la que dormía con estos dos pedazos de

hombres.

Se abrió la puerta y apareció Loris. Loris era

editor de un periódico local, en pocos años había  
conseguido escalar puestos en su empresa y ser

perseguida por otros periódicos. Afroamericana  
de

cabello negro azulado y hermosos ojos negros, era

el ejemplo perfecto de una mujer que se dedica a

trabajar, trabajar y trabajar. Para ella no existía nada, más que el trabajo. Era una sorpresa verla aquí.

—¡Kaira! Que gusto verte.

Me abrazo entusiasmada. Era raro, ella no solía ser tan demostrativa.

—¡Ya llego Kaira!

¡Oh, diablos! A Isa se le había ido la boca. Isa corrió agarrada de la mano de Carol y Amanda.

—Lo siento.

Alcance a cuchichear. Alex me tomó de la mano, mientras Owen rodeaba mi cintura. Si, aquí estaba el show.

Lo supe en cuanto vi la cara de Isa. ¡Carajo!

¿Con cuál de mis hombres se había acostado? Que no me jodiera y digiera que con los dos.

—¡Amanda!

La abrace y fingí no sentir todas las miradas en mí. La música retumbaba en mis oídos, así como

la sangre que corría desesperada, dichosa ella que podía.

—Felicidades.

Le quite de las manos la botella a Alex y se la di con una media sonrisa.

—Gracias...

Balbuceo, sin dejar de ver a Owen y a Alex.

Había sido un grave, grave error venir. Tan a gusto que estaría en la cama y con ellos, y no imaginando

con quien se había acostado Isa.

—Les presento a mi pareja.

Las cuatro se quedaron ahí, babeando exudando feromonas.

—Ellos son Owen y Alex.

Saludaron

con

balbuceos

tontos

e

incoherentes. Solo Isa, se comportó como persona y

después de hacer un asentamiento de cabeza salió

huyendo hacia la esquina donde estaban las bebidas.

Deje a Alex abrazando a una sonrojada

Amanda y seguí a Isa. Afortunadamente solo se le

fue la lengua con mis amigas, los demás invitados no

se comportaron como visitantes del zoológico.

Siguieron bailando, brindando y divirtiéndose.

Obviamente voltearon a ver a mis enanos, pero ya

estaba acostumbrada a que las mujeres se

emocionaran al verlos, la verdad es que no era para

menos. Owen con pantalón de mezclilla y camisa

blanca, era modelo de Dior y no menos. Alex era

más clásico, pantalón negro de vestir y camisa azul

a cuadros, tenía un aire de sofisticación, que solo se

adquiría desde la cuna.

—¿Con cuál?

—¿Perdón?

—Vamos Isa. ¿Con cuál?

Tuvo la gracia de parecer contrariada.

Suspiro y con la cabeza señaló a Owen. ¡Carajo!

—¿Hace cuánto?

—¿Cómo están los chicos?

Le dio un tragó a su vaso y guio la mirada hacia abajo. Sentí una mano rodeando mi cintura y unos labios besando mi cabello.

—Bruja, no nos abandones. Parecemos la atracción del circo.

Voltee hacia atrás y vi a mi pobre Alex cercado por un par de mujeres. Confirmado, es un grave error presentarte con tus dos novios a una fiesta donde hay más solteras que neuronas.

—Owen ¿Recuerdas a Isa?

Owen extendió la mano y sonrió

educadamente. No recordaba ni un jodido detalle de

Isa. Fue educado y nada más.

Isa volvió a huir otra vez, pero ya no la perseguí. Tenía que calmarme.

—Voy por Alex.

—No.

Owen me agarró de la mano y me apretó.

—Si vas por Alex, van a venir por mí.

Le sonreí y le di un beso en la mejilla. No quería dar show completo y que vieran como me besaba con los dos.

—Ahora vengo.

Mis palabras debieron ser, “ahora nos vamos”. Iba a medio camino para salvar a Alex, cuando sentí unas manos rodeando mi cintura y levantándome por los aires.

—¡Oh, madre de los hombres que agarran a sus examantes en frente de sus nuevos amantes! No hubo necesidad de que le viera la cara, Robert era uno de esos hombres que les gustaba demostrar su fuerza cargando a cuanta persona se le atravesaba.

—¡Muñequita linda! Hace mucho que no te veía.

Hace unos nueve meses para ser exactos. La

última vez nos encontramos en el cumpleaños de Carol y termine rebotando contra la pared de su habitación.

—Robert.

Dije sin aliento. Todavía mis pies no tocaban piso y escuche la enfurecida voz de Alex.

—Kaira, presentame.

Nunca en mi vida, había sentido la boca tan seca. Me moje los labios y creo que sonreí de lado.

Una cosa eran mis celos, otra, los celos de Alex. Comparados con los de él, mis celos parecían un chiste. Los hombres no se me acercaban cuando

estaba cerca de Alex, ni siquiera en el trabajo.

Alex

se encargaba de alejarlos con la mirada. Owen era más tolerante, creía. De reojo vi que dejaba con la palabra en la boca a una chica y se dirigía a

nosotros. No se veía feliz.

—Robert.

¿O de vi decir primero Alex? ¡Oh, madre de

las mujeres que debieron quedarse en cama con sus

dos hombres!

—Alex... Te presentó a Robert. Es un amigo.

—Y yo soy el novio.

Dejó claro un encabronadísimo Alex.

—Oh.

Así es, Kaira tenía novio, os. Para ser

exactos. No era culpa de Robert, él era efusivo por

naturaleza y yo nunca había tenido una pareja, no novios, no nada. Solo amigos, como Robert, que los

encontraba en la fiesta y se convertían en eso, en

“mis amigos de la fiesta”. Se acababa la fiesta y se acababa la amistad.

—Y yo soy el otro.

Owen me abrazó y enredando la mano en mi

cabello, me beso. ¡Listo! Show completo. Fue un

beso de los que deja claro que me había hecho de todo en la cama, de marcar territorio con hierro

candente.

—¿Nos vamos?

Susurró, al abandonar mi boca jadeante.

Asentí y me despedí escuetamente de Robert. Él

hizo un guiño que le costó más miradas

reprobatorias de mis dos galanes y sin más, me

dirigí a la puerta.

—Me voy.

Le anuncie a Amanda, que seguía recibiendo

invitados.

—¡Pero si acabas de llegar!

Amanda tenía razón. Nunca las veía, nunca

las visitaba, y nunca las llamaba. Obviamente no me

distinguía por ser una buena amiga.

—Si quiera brinda conmigo y deseame feliz cumpleaños.

Tomo mi mano y me regresó a la esquina de las bebidas.

—Cuéntamelo todo.

Le di un trago al tequila que me había servido y subí los hombros.

—Me acuesto con los dos.

—¿Pero cómo?

Si quería detalles, más valía que se comprara

un libro. Yo no se los iba a dar.

—Dejala Amanda. Es su vida privada.

Regañó Isa, a una demasiado entusiasmada  
Amanda.

—Nadie te pregunta a ti, cómo te acuestas  
con tu flaco.

Amanda tenía un novio que era flaco, flaco,  
flaco. Ya tenían años saliendo, yo siempre pensé  
que  
debía ser muy incómodo hacer el amor con un  
hombre tan esquelético. Con todos esos huesos  
encajándose en todas partes, no se me apetecía ni  
tantito.

Amanda le dio la razón y volvió a su trago.

—¿Ya me vas a decir cuándo?

—¿Cuándo qué?

Preguntó Carol uniéndose al grupo.

—Cuando se acostó Isa con mi novio.

—¿Con cuál de los dos?!

Ahora fue Loris la que se unió. Ya estábamos completas.

—Owen...

Contestó Isa viéndome a los ojos.

—Pero fue hace mucho tiempo. Él ni siquiera me recuerda.

—¡Pero tú a él, sí!

No sé por qué estaba tan enojada; Si era porque durmió con él o porque Owen no se acordaba, O porque Isa si lo recordaba. Lo que sí, es que estaba muy enojada.

—Vamos Kaira, no te enfades. Sería ridículo no recordarlos, solo miralos. Son un buen pedazo de carne.

Afortunadamente Amanda bajo la tensión.

Los mire y en efecto, eran dos buenos pedazos de carne, mi carne.

Los pobres seguían esperando cerca de la

puerta, les hice una señal con el vaso en la mano y

los dos asintieron muy enfadados. Me temía que iba

a ser una noche de castigo, de castigo bueno

¡Vivan

los castigos!

—Mmm, rica la carne.

Dijo Loris relamiéndose los labios. No pude

evitar reír. Isa me abrazó y juntó puños con

Amanda.

—Anda, dilo con nosotras.

Torcí los ojos, pero lo dije junto con ellas.

—¡Mmm, rica la carne!

Olvide por completo la molestia. Era pasado y el pasado, ya pasó. Aunque dos tragos después, me despedí de mis amigas y salí con mis dos buenos pedazos de carne en las manos.

## **Los suyos**

### **Kaira**

Entramos al distrito histórico de Chicago, con sus casas de estilo victoriano sobre una acera y en la otra con sus grandes edificios modernos, era un contraste de arquitectura y belleza. ¿Por qué estábamos ahí, y no rumbo al penthouse para recibir mi castigo?

—¿A dónde vamos?

—A que veas a mis examantes cargarme por los aires.

Contestó Alex, viendo hacia afuera. ¡Uy, qué sentidos! Desde que salimos del apartamento de Amanda estaban callados. Esperaba que se calmaran, pero creo, que no estaba funcionando.

Charly bajo la velocidad del carro hasta parar delante de una hermosa casa blanca. Con dos enormes esculturas de querubines enmarcando la gruesa puerta de madera y cuatro ventanas vigilando el parque que se encontraba enfrente.

El suave sonido de “You’re my thrill” en voz de Ella Fitzgerald nos dio la bienvenida al abrirse la puerta. Una mujer de unos cuarenta años muy guapa y elegante nos saludó con una enorme sonrisa.

—¡Que alegría que si pudieran venir!

¡Oh, hijos de su mala madre! Hacia dos semanas les avise sobre la fiesta de Amanda, ellos se negaron en seco, porque tenían una fiesta a la que me querían llevar. Tuvimos un pequeño dime y direte, yo no quería conocer a sus amistades.

Seguramente todos eran igual de degenerados que

ellos y más esnobs que Alex, eso ya era mucho.

Después de sacar mis mejores armas, ellos cancelaron su compromiso y yo le confirme a Amanda.

—Disculpa que lleguemos con las manos vacías, nos desocupamos de último momento.

—Oh, no seas ridículo Alex, pasen, pasen.

Alex le dio un beso en la mejilla y me acerco a él.

—Diana, permíteme presentarte a mi mujer, Kaira Jones.

Aaah, así se presentaba educadamente.

—Un placer Kaira, hemos escuchado mucho de ti. Bienvenida.

Ni un solo acento de sarcasmo o burla, al contrario, era cálida y encantadora.

—El placer es todo mío. Disculpa la tardanza.

Le regrese los dos besos en la mejilla y la abraza, como ella a mí.

—No hay problema. Yo sé que con Owen es imposible llegar a tiempo.

El aludido le dio un beso en los labios, de lo más inocente. No había tensión sexual, solo amistad.

—Ven, vamos a dejar que los hombres hablen de cosas aburridas, mientras te presento a las chicas.

Su casa era como ella; elegante, acogedora, sencilla. Por supuesto, que cada uno de los muebles costaba una pequeña fortuna, pero no daban miedo al tocarlos, no era un museo, era un hogar. Los invitados tomaban champagne o coñac en copas de cristal cortado, la gran mayoría vestía informal, aunque elegante. Nada que ver con la fiesta de Amanda, donde vestías para ver con quien te acostabas.

Me fue presentando con quien nos  
atravesábamos. Los caballeros fueron muy  
educados, nadie vio mi escote o coqueteo. Empecé  
a  
dudar de mis encantos, obviamente no estaba  
vestida para una fiesta de ese estilo, pero otras  
personas también vestían de mezclilla, Owen y yo  
no éramos los únicos. Mi blusa Carolina Herrera  
blanca, fue un placer culpable que se me veía  
perfecta ¿Por qué no coqueteaban conmigo?  
Las chicas —un grupo de cuatro, cinco con  
Diana—, me recibieron con sonoros besos, todos  
en  
la boca. Ahí estaba el toque degenerado que me

temía, pero fue solo eso, no propuestas indecentes  
o

miraditas cachondas. Esta gente era muy rara.

—¿Todo bien?

Tenía un par de horas hablando con las

chicas, de todo y de nada. Una era abogada, otra  
maestra, dos se dedicaban al hogar y Diana era

agente federal.

Mis hombres se turnaban para venir y

rellenarme la copa de champagne, o para verificar

que estuviera a gusto. En una ocasión, Alex solo

vino a darme un beso en la frente y se fue. Me la  
estaba pasando muy bien, la música era relajante,  
la

bebida burbujeante y la compañía muy agradable.

—No te preocupes Owen, la estamos tratando bien.

Respondió por mi Kass, la abogada.

—No temó que la traten mal, sino que la vayan a corromper.

Todos sonreímos. Owen era adorable, podías reírte con él por horas y sin darte cuenta terminabas completamente corrompida.

—Ya está contigo, seguramente ya no podemos corromperla más.

Todos sabían que estábamos juntos, que éramos un trio de degenerados y nadie nos vio

raro.

No había miradas reprobatorias o comentarios de “rica la carne”. Insisto, esta gente era muy rara.

En ese momento apareció un muchacho más alto que yo y de fuerte estructura en la estancia, con una laptop en mano.

—Es mi hijo.

Explicó orgullosa Diana. El joven camino con grandes zancadas hasta dos hombres que dejaron sus respectivos grupos al verlo aparecer.

—Y ellos son mis esposos.

Los dos hombres eran bien parecidos, un

poco mayores para mi gusto, pero atractivos y formales.

—Estamos juntos desde hace veinte años,  
tenemos cuatro hijos y Gordon es el mayor.

Guardé silencio, observando la dinámica de  
sus esposos con su hijo. Era imposible decir quién  
era el padre biológico, tenía la altura de uno y la  
estructura del otro. Lo que sí era claro, es que  
mantenían una relación padre—hijo—padre,  
completamente normal.

—La última vez que hable con Alex, fue para  
invitarlos a otra reunión, no de este tipo,  
“diferente”

¿Me entiendes?

Asentí, viendo como Gordon se acercaba a  
otro hombre con sus padres al lado.

—Me comentó que a su mujer le estaba costando trabajo adaptarse a la situación. Supongo que eres tú, ¿cierto?

—Si no lo fuera, hubieras cometido una indiscreción terrible.

Le sonreí y choque mi copa con la suya.

—Es difícil hablar abiertamente de nuestro tipo de relación con otras personas.

Se justificó.

—No puedes llegar con la vecina y platicarle que la última vez que hiciste el amor con tus parejas, no te pudiste sentar por tres días.

Mi carcajada llamó la atención de varias personas, que me sonrieron de regreso. ¡Qué pena!

—No, no puedes hacer eso.

Sin querer nos separamos del grupo de las chicas y conversábamos junto a un ventanal que tenía vista hacia el parque.

—¿Algún consejo?

Pregunte

realmente

interesada.

Una

relación de pareja de veinte años, no era fácil, y si le

agregábamos una persona a la ecuación, era todo un fenómeno.

—Es tu vida, son tus reglas. Y al que no le guste, que no la viva. No te dejes influenciar por la sociedad o por lo que dirá la gente. Ellos no te dan de comer, ni te visten, ni te dan techo. Muchas mujeres no tienen un solo hombre que les apoye y las quiera en toda su vida. Tú tienes dos ¿Por qué diablos no los querrías? Tú eres la suertuda.

Quiérelos, como ellos te quieren a ti.

El mejor consejo que me han dado en mi vida.

## **Adiós Elena**

### **Kaira**

En el refrigerador de casa ya había un compartimiento exclusivo para Owen y Alex. Latas de coca para Owen y té helado para Alex. Mis enanos en el fondo eran unos chicos buenos. La máquina empezó a funcionar correctamente, cada engrane estaba bien lubricado y ajustado. Mis chicos y yo pasábamos casi todos los fines de semana en el penthouse, y Alex y Owen se quedaban con nosotros entre semana. La única que

simplemente no se ajustaba era Elena, y la entendía,

era su casa, su espacio, y no era lindo que llegaran dos hombres y la quisieran borrar de la ecuación.

Owen y Alex, simplemente no la soportaban.

Llegamos al parque a medio día, esperaba que un día juntos en territorio neutral, despejara un poco el ambiente entre Elena y mis enanos.

—¡Niños contra niñas!

Gritó entusiasmado Kurt. Mi hijo acepto a

los enanos por instinto. Había pasado toda su vida rodeado de mujeres y aunque trataba de ser justa, la

verdad es que a veces ganaban las princesas sobre

los lego.

Los enanos levantaron los hombros con

expresión de lo siento, pero no lo sentían en lo más

mínimo, al contrario, nos querían acabar.

Mi equipo no era precisamente físico. Elena,

nunca había entrado a un gimnasio en su vida, se mantenía delgada porque era vegetariana y por los

maravillosos genes que corrían por nuestras venas,

pero de ejercicio nada. Sophie, aunque nadaba,

estaba más preocupada por acomodar su gorra de

Blanca Nieves y que no se fueran a ensuciar su tenis

de Tinkerbell, que de jugar. Y yo no iba a poder

contra los tres hombres que ya daban por hecho que ganaban el trofeo a mejores jugadores de la temporada.

—Esas son las bases.

Nos indicó Owen. Ya habían dispuesto el diamante.

—¡Vamos chicas! Hay que enseñarles cómo se juega.

Le di una nalgada a Elena y salí corriendo rumbo a home. Sophie me siguió, Elena se arrastró.

—Tu primero.

Le pase el bate a Elena y protegí a Sophie

con mi cuerpo. No estaba muy segura de que la

pelota fuera dirigida al bate. Owen le tenía cierta aberración a Elena y la pelota podía ir dirigida a su

cabeza. Alex estaba en primera y Kurt entre segunda

y tercera.

Owen fue benévolo y lanzo la pelota

despacio y al bate. Aun así, Elena no le pegó, venga

que ni siquiera la rozó. Suspiró fuerte y temí que fuera a explotar por el enojo. Owen mostro la

sonrisa del diablo y le guiño un ojo. Eso acabo con ella. Gruñendo se volvió a posesionar y sujetando

fuertemente el bate, se preparó. Owen lanzó, Elena

hizo un swing que casi le rompe la cintura y para su

frustración, la pelota solo rozó la punta del bate.

—¡Se acabó!

Dejó caer el bate al suelo y se agachó.

—Princesa, me voy adelantar a la casa ¿le avisas a tu hermano que los espero ahí?

—Sí, tía Elena.

Sophie salió corriendo en dirección a su

hermano. Elena solo espero a que la niña se alejara

lo suficiente para sacar el enojo.

—No me importa cómo te cojan ese par de

idiotas. Son unos patanes y no pienso tolerarlos.

—¡Elena!

Le advertí.

—No seas dramática. Solo están jugando.

El par de enanos la veían burlonamente.

Simplemente no se toleraban.

—Te veo en casa.

Paso de mí y se encamino rumbo a la salida del parque. Camine hasta Owen y le di un pequeño manotazo en el hombro.

—Eres un patán Owen.

—¿Yo?!

Era todo, menos patán. Me veía con ojos de gatito a medio dormir, cuando yo sabía que podía ser un furioso tigre. Empecé a reír y recibí un abrazo como premio por sonreír. En ese momento voltee y observe a Elena que nos veía desde lejos. No alcance a ver su expresión. Solo vi que no estaba precisamente contenta.

—Olvidala.

Susurró Owen en mi oído, un escalofrío recorrió mi espalda y así como paso el escalofrío, olvide el berrinche de Elena.

—Bueno. Yo digo que hay que ser benévolos

y darles un par de carreras como ventaja.

Concesionó Alex. Me negué y saque el teléfono.

—Tony, ¿Quieres venir a jugar con nosotras?

Tony salió de las sombras y se acercó vigilando los alrededores.

Después del drama que me hicieron por el pequeño beso que le di a Tony, Alex lo despidió. Yo

lo contrate al siguiente día. Y fui clara, si no me cuidaba Tony, no me cuidaba nadie. No tuvieron más remedio que tragarse a Tony.

Llegamos a casa, pasadas las seis de la tarde.

Hambrientos, sedientos y con la satisfacción de un juego mucho más parejo. Nos ganaron, pero solo por una carrera.

—Elena... Elena... ¡Elena!

La busque por todas las habitaciones, hasta que encontré un sobre encima de su cama.

**Me alegro que encontraras a tus  
enanos, que estés empezando a vivir tu vida. Ya  
era hora.**

**Voy a seguir tu ejemplo... yo también  
me lo merezco.**

**Me mantengo en comunicación.**

**Diles a los mellizos que tía Elena los quiere.**

—¿Y tía Elena?

Preguntó Kurt atrás de mí. Ahogando las lágrimas, sonreí y conteste:

—Tuvo que salir amor. Después llega.

Kurt levantó los hombros y salió corriendo a la estancia, donde se escuchaba el alboroto. Ya estaban organizando una tarde de películas y pizzas para comer.

Me senté en la cama y deje salir un par de

lágrimas. Las emociones se mezclaban en mi pecho,

luchaban una con otra para ganar terreno. Estaba enojada, herida, pero ante todo feliz. Elena se había

convertido en la nana de mis hijos por voluntad propia y tenía todo el derecho de dejar de serlo cuando ella lo deseara, yo nunca la forcé a quedarse

en casa, también me sentí culpable, por mi culpa había tenido que huir de su casa. Sabía que era por mis enanos y eso dolía, me hería que se fuera sin despedirse de los niños. Ellos la iban a extrañar más

que nadie. Mis hijos no se merecían eso, aunque

Elena tampoco se merecía que yo le imponiera una situación que le incomodaba.

—¿Qué tienes? ¿Por qué esa cara?

Levante la vista y me encontré con los angustiados ojos azules de Alex.

—Nada... Elena se fue.

Levante la hoja donde escribió su despedida y se la entregue a Alex.

—Esa mujer nunca me gustó. Qué bueno que se fue.

—¡Alex!

Mmm, tenía que cuidar eso, del odio al amor

solo hay un paso, no fuera a ser...

—No. Escucha.

Cerró la puerta y se sentó junto a mí.

—Una mujer sana, guapa y joven como ella.

No se queda a cuidar niños ajenos por gusto. Algo esconde, algo no cuadra. No digo que sea mala

persona, es más, le agradezco que te haya ayudado cuando más lo necesitabas. Pero seamos honestos.

Los niños son muy independientes, tú corres y los llevas a la escuela, los recoges de sus clases

extracurriculares, les lavas, les planchas, les haces todo. Ella solo les servía como acompañante un par

de horas al día, un par de días. ¿No es extraño? Todo

el día aquí encerrada. No es sano. Algo no cuadra.

Elena pasaba mucho tiempo sola, pero era

por su arte, nunca se me ocurrió que fuera otra

razón. Lo más importante fue, lo primero que dijo Alex.

—¿Te parece guapa?

Soltó una carcajada y se abalanzó sobre mí.

Me apretó a su cuerpo y me dejó sentir el pedazo de

hombre que era. Sus labios suspiraban muy cerca de

los míos, tan cerca que nuestro aliento se mezclaba.

Mis ojos se fueron cerrando esperando el beso que

deseaba.

—Abre los ojos, cariño. Dejame verte.

Abrí los pesados parpados y me perdí en el azul de sus ojos.

—Te quiero.

Susurró. Sonreí completamente enamorada.

—No hay, ni abra, mujer más guapa que tú.

¿Entiendes?

Asentí despacio. Deseosa de que la noche

llegara y me dejara demostrarle cuanto lo quería yo.

—Ahora cierra los ojos y abre esos

preciosos labios que me vuelven loco para poder

besarte.

Obedecí gustosa. Recibí con mis labios, su aliento, sus dientes y lengua. Saboreando su delicioso beso.

Tuve que hacer unos cuantos cambios en el horario de los chicos y en los míos. Empecé la búsqueda de una nana y Gamble fue el primero en la lista.

**Miss Hertz**

**Owen**

Inevitablemente Kaira y los niños me habían forzado a hacer cosas terribles, cosas espantosas

como beber menos, comer mejor, dejar un poco mi

rutina de tres horas en el gimnasio y disfrutar la vida fuera de la cama. Nunca me había sentido más

joven, sano o con energía en toda mi vida. Si eso no

era depresivo, entonces le habían cambiado el

significado a la palabra. Lo peor era la felicidad, me

sentía tan jodidamente feliz que ni los arcoíris

nublaban mi día. ¡Maldita sea, ahora utilizaba

palabras como arcoíris!

Aquí estaba, esperando a una mujercita de

siete años, a que saliera de su clase de natación.

¡En

un centro comunitario, por Dios Santo! Yo tenía una

alberca en casa, ¿Qué hacia afuera de un centro comunitario? Kaira estaba loca.

Mi disgusto se fue con la brisa, en cuanto vi salir a Sophie. Aun rodeada de niños y mujeres que

no les importaba que sus hijos estuvieran presentes para darme una repasada, dejaba de ser la niña más

bella, inteligente y alegre del universo. Me vio y sus

ojitos brillaron con alegría. ¡Mierda! Para mí no fueron solo los ojos, fue todo a mí alrededor, dentro

y fuera de mí, todo brilló.

Me divirtió ver como se esforzaba en cargar su enorme mochila, pero se negaba en corto cuando

le ofrecías ayuda. Era un poco como si Ami en eso.

Cuando llegó a mí, le quite la mochila y se la avente a Charly. Incluso el personal cayó bajo el embrujo de los mellizos, Charly ya sabía horarios y lugares especializados en ellos.

Sophie rodeó mi cuello con sus bracitos y me dio la recompensa por mi espera; Un gran y sonoro beso en la mejilla.

—Owen. Ami dice que sabes tomar fotos.

¿Me sacas una?

—Un millón princesa. ¿Cómo la quieres?

Puedo tomarla mientras juegas o con uno de tus disfraces. O si quieres, podemos ir al parque y sacamos unas tomas mientras sonrías a la cámara.

Como tú quieras...

—Disculpe. ¿Quién es Usted?

Una mujer de unos cincuenta años y con ojos que daban miedo, nos observaba con expresión enfadada.

—Primero dígame quien es Usted.

Baje a Sophie de mis brazos y la guie para que se mantuviera atrás de mí. Charly salió del auto y se puso atrás de la recién llegada, la seguridad de

Sophie salió de la camioneta tres carros atrás. Todos

listos para atacar a la malhumorada mujer.

La mujer no se inmuto.

—Soy Miss Hertz, la directora del plantel.

Sophie, ven acá.

Miss Hertz le ofreció la mano. Para mi beneplácito mi princesa no se movió de su lugar.

Di un paso adelante y susurre.

—Cuide su tono cuando le hable a mi hija. Y no se le ocurra tocarla.

La señora arrugo el entrecejo y dio un paso atrás.

—Debe de haber un error. Sophie solo vive con su mamá. ¡Deme a la niña! No se la puede llevar.

Jamás, y cuando digo jamás, es que nunca en la vida había sentido tanta irritación hacia una mujer. Temí por la seguridad de la señora. Antes de perder el control, Miss Hertz hablo por su vida.

—Sophie, ¿Conoces a este señor?

—Sí. Owen es el novio de mi Ami.

Miss Hertz no se calmó. Al contrario, se veía más enfadada.

—No puede ser, la semana pasada la recogió su novio y no era Usted.

—No. Yo soy el guapo.

Hice un guiño y le abrí la puerta del auto a Sophie para que subiera. Mi princesa no dudo por un segundo. Subió al auto y se recorrió para darme espacio.

—¡No se la puede llevar así! Tengo que hablar con la señora Jones.

Saque el teléfono y marque el número uno.

Después de dos repliques escuche la voz de mi bruja.

—No avisaste al centro comunitario que

venía

por

Sophie.

Tengo

a

Miss

Hertz

observándome con ojos de cañón.

La carcajada de Kai fue refrescante. ¡Maldita

bruja! Sonreí con ella y le pase el teléfono a Miss Hertz.

—¿Señora Jones?

No supe que le dijo a la malhumorada Miss

Hertz, pero fue suficiente para que dejara a mi

princesa en paz y dejarnos ir. Mientras el auto se alejaba del centro comunitario, vi como un par de mamás se acercaban a Miss Hertz para sacar el

veneno que corría por sus venas. Esto es lo que

temía Kai cuando hablaba sobre el bienestar de los niños. No se refería a nosotros, se refería a los que nos rodeaba.

Mi princesa hablo, y yo me olvide de las

víboras. Para nuestro infortunio, ellas no se olvidaron de nosotros.

## **Cachondo**

### **Owen**

Andaba cachondo, como niño de quince años. Era ridículo que no pudiera controlar el calentamiento global de mi entrepierna.

Amanecimos como todos los días, ya era rutina que Alex despertara primero, el hombre no podía dormir más de cinco horas seguidas, no sabía

lo que era disfrutar de la comodidad de las sábanas,

del refugio de la almohada, del sabroso cuerpo de Kaira. Mientras él se bañaba, yo aprovechaba el valle de los pechos de Kai, era el cielo. Después abandonaba la cama Kai y como escalerita poco a poco se acrecentaba el ruido, el movimiento, las risas, la vida.

Por alguna extraña razón, Kai siempre estaba apurada. Sobre todo los lunes, con prisa y sin ponernos mucha atención, observamos embobados como se ocultaba bajo una tanguita color negro, que más que ocultar, invitaba. Un sostén a juego, que apretaba y sobaba sus tetas ¡Oh, quien fuera sostén!

Pero lo que me mato, fueron las medias, las subió con cuidado, acariciando sus preciosas piernas que

tan bien se encajaban en mi trasero cuando quería que le dieras más duro.

En el momento que su pulgar soltó el encaje que mantenía la media en su lugar, yo ya estaba listo

para desenvolver el regalo de su cuerpo. En ese momento entro Kurt a la habitación y me quede a medio camino de hacer a un lado su pecaminosa tanga, empinarla y empalmarla con todas mis fuerzas.

Me quede con una dolorosa erección que ni

el trabajo de varias horas de rebelado lograron apaciguar. Entre a su oficina sin tocar, solo necesitaba tocarla y y que aliviara mi dolor. Sonrió al verme, hizo un guiño y levantando su dedo anular, me dijo que esperara a que terminara la llamada. Lo sentía, pero no podía esperar más.

Moví su silla hacia mí, me hincó y metí mi mano debajo de su vestido. Acaricie despacio la media hasta llegar al obsceno encaje que me había martirizado toda el día. Fue sentir su cálida piel y perder la razón. Pegue mi boca a su cuello; mi lengua resbalo por su piel saboreando su sabor,

sentí su estremecimiento bajo mis dientes, mientras mis dedos esparcían la humedad de su calor entre sus pliegues. ¡Mierda! Mi bruja nunca decepcionaba, siempre estaba mojada, lista para recibirme.

Mágicamente, deshacerme de la dolorosa erección ya no tenía importancia, la tarea ahora era complacer a la bruja. Me tenía hechizado.

Un pequeño jadeo se le escapó entre los labios cuando mis dedos se perdieron en su cuerpo.

—¿Me permites un segundo? Tengo otra llamada.

Comentó con trabajo a su interlocutor.

Ocultó la bocina bajo su mano y cuchicheo pegada a

mi oído.

—Espera unos segundos, deja termino la

llamada y dejó que me llenes toda.

Mi erección brinco con el deseo de su voz. Si

esperaba que me calmara con sus palabras, la tenía

perdida. Me calentó todavía más. Mis dedos

profundizaron, entraron y salieron, chasqueando la

humedad de su cuerpo.

La música de su jadeo casi alivia la tensión

de mi cuerpo prematuramente.

—Kaira...

¡Joder! ¡¿Qué no podía tener cinco jodidos minutos para coger a mi bruja a gusto?!

El papanatas de su asistente entró a la oficina sin anunciarse y huyendo cual cobarde era, mientras mis dientes seguían mordisqueando la fina

línea de la mandíbula de Kaira. Solo un segundo me

detuve, ya nos había visto, después podía despedirlo.

—Lo siento señor Rogers. Voy a tener que devolverle la llamada en unos minutos.

La voz de Kaira ya no estaba caliente. Ya era dura y rabiosa, completamente sexi.

—¿Qué haces?... ¡Para!

Se separó de mí sin titubear. Se levantó y gruñó enfurecida.

—No puedes entrar aquí y esperar que el mundo se detenga porque Owen Carter tiene ganas de coger. ¡Ni siquiera cerraste la puerta!... ¡Qué vergüenza con Leo!

Ni siquiera enojada y ajustándose el vestido me parecía indeseable, al contrario, le tenía más ganas si me gritaba. ¡Era un retorcido!

—Calmate, no es para tanto.

Me ajuste la entrepierna. Parecía que iba a seguir adolorido hasta nuevo aviso.

—Si es para tanto, Owen. No puedes hacer....

—¡Para!

Tome aire antes de volverme loco. Abrí la puerta y me encontré con un acalorado Leo.

¡Imbécil! Seguro le di material para que se masturbara lo que le restaba de vida.

—¡Dile a Alex que venga!

Leo asintió y marcó la extinción de Carla.

Volví a cerrar la puerta y sin querer se azotó.

—¡No azotes la puerta!

Levante el dedo como ella hacía con

nosotros para callarla. Si seguía hablando, la iba a tumbar entre mis piernas y le iba a dar una surra hasta que me ardiera la mano.

Alex entró pocos segundos después.

—¿Qué pasa? Tengo trabajo Owen.

Lo mire y con un gesto le dije que cerrara la

puerta. Me hizo caso sin rechistar, él sabía cuándo callarse, no como la bruja de Kaira.

—Alex, dile que no pue...

—Kaira.

Le advertí. Guardo silencio y me dejó

respirar un minuto. Finalmente me sentí lo

suficientemente tranquilo y me atreví a hablar sin

mandarlos al diablo a los dos.

—Esto tiene que cambiar. Tienes que tomar un día para estar conmigo.

Reclame señalando a la bruja.

—Nunca tenemos tiempo a solas, siempre hay algo o alguien...

—Si esto es por los mellizos, yo te adver...

La corte antes de que digiera más sandeces.

—Esto no tiene nada que ver con Sophie y con Kurt. Los mellizos no me incomodan y no quiero que lo vuelvas a mencionar. Esto es entre nosotros tres.

Finalmente bajó la guardia y se recargó en la pared. Atrás de ella, había una fotografía de nosotros tres, era imposible saber que éramos nosotros, el trabajo que hice con las sombras no permitía reconocer a las personas. Lo único que se reconocía, eran líneas y formas de tres personas amándose.

—¿Qué día es hoy?

—Lunes.

Susurró temerosa. ¡Maldita sea! Ahora la había asustado.

—Los martes es mía. Los martes no vienes a

trabajar a la oficina.

Sentencie.

—Necesito tiempo con ella.

Baje el tono de voz antes de que el cavernícola saliera por completo.

—Entonces los miércoles es mía.

Dictaminó Alex. Me pareció perfecto que

Alex también tuviera su tiempo. Necesitábamos tiempo con ella.

—¿Y cuándo se supone que voy a trabajar?

Se quejó... y no.

—Los demás días.

Señaló Alex. Como si tres días fueran  
suficientes para cubrir todo el trabajo que tenía. Ni  
siquiera cinco días a la semana eran suficientes  
para  
cumplir con todas las responsabilidades que tenía.  
Pobre, se iba a volver loca... bueno, más loca.

—Los miércoles tengo reunión con el  
comité de la fundación. ¿Podemos cambiarlo al  
jueves?

La amaba, simplemente la amaba. No dio  
pelea. Alex suspiró, la apretujó entre sus brazos y la  
la  
besuqueó antes de salir con una ridícula sonrisa en

la boca. ¡Pobre! Él también se había quedado sin pelotas.

—No eres mi persona favorita en este momento.

Me advirtió. Aun así, bajo el cierre del vestido y lo

dejó caer sin miramientos. Ahora si tuve la

precaución de poner el seguro de la puerta, antes de

mover su pecaminosa tanga, empinarla y

empalmarla con todas mis fuerzas.

**Tomando papeles**

**Alex**

La discusión se escuchaba desde que salías del elevador. Abrí la puerta y me encontré con una guerra campal. Había un refugio hecho de cobijas y

sillas a la mitad de la estancia, derribado por un helicóptero que había visto mejores días.

—¡Lo hizo a propósito! ¡Siempre destruye mi casa!

—¡No es cierto! Ella siempre ocupa todo el espacio. ¿Por qué no hace su reguero en el cuarto?

Hay muñecas por todas partes.

Kaira tenía los codos recargados en las rodillas y mantenía la cara escondida debajo de sus

manos.

—¿Por qué pelean?

—¡Alex!

Sophie corrió hacia mí y envolvió mi pierna entre sus rechonchos brazos. Kurt cruzo los brazos y se dejó caer en uno de los sillones. Su labio inferior sobresalió sobre el superior y un gruñido acompañó el humo que le salía por los oídos. Un nudo se formó a la altura de mi pecho y mis ojos se

humedecieron un poco ¿Qué diablos me pasaba?

Pase el nudo y aclare mi garganta.

—¿Puedo?

Le pregunte a Kaira.

Kaira cerró los ojos antes de asentir y

dejarse caer hacia atrás y cubrir su cara con el  
cojín

arcoíris. Ese cojín en su otra vida fue escudo.

Tarde una hora en poner calma. Ni los más

experimentados hombres de negocios tenían

comparación con Sophie y Kurt. Los dos

demandaban espacio, tiempo y atención. Después

de negociar y llegar a un acuerdo donde las dos

partes estuvieron de acuerdo. Se firmó el tratado

con un apretón de manos.

—¿Qué tal tu día?

Rodee su cintura y le di un beso en el cuello

mientras doblaba una montaña de ropa.

—Mejor ahora.

Aprovechando que los mellizos estaban viendo una película para celebrar el nuevo tratado de paz. Subí una de mis manos y rodee su pecho.

¡Las tetas más ricas de Chicago!

Kaira empujó la cadera hacia atrás y

termino de endurecerme. Ella solita se dirigió a la puerta y la cerró sin hacer ruido. La atrape contra ella y subí su falda. Su calor quemaba, mi mujer ya estaba húmeda. Hice a un lado su ropa interior y de un solo movimiento la llene con dos de mis dedos.

Su jadeó me hizo saber lo mucho que le gustaba.

—Tiene que ser rápido.

Susurró pegada a mi boca.

—Y callado.

Le advertí de la misma manera. Si algo me gustaba de Kaira, eran los sonidos que surgían de su

cuerpo cuando la amabas. Eran eróticos, necesitados. Te hacía saber lo bien que se sentía.

Eso era doble placer para mí. Pero ahora teníamos que prescindir de ellos. Sonrió y deje salir al animal

que rugía por tenerla.

La puerta rechino de tan duro que la llene,  
sus calientes paredes me envolvían perfectamente.

Le tape la boca con mi mano, porque esa mujer no  
sabía lo que era ser callado. Mordió mi mano y le  
di

más duro.

Cambie de lugar, no quería que la puerta nos  
delatara. Subí una de sus piernas hasta mi hombro  
y

Kaira se abrió completamente.

—¿Lista? Porque te voy a dar a rápido y  
duro.

Sobre advertencia no hay engaño, dicta el  
dicho. Y más valía que estuviera preparada,  
¡Joder!

La iba a atravesar.

Asintió despacio. Tenía el cabello como  
leona; alborotado y enredado por mis manos. Los  
labios hinchados y la mirada oscura y deseosa.  
Esa

mujer me deseaba como yo a ella.

Primero entre despacio, que sintiera lo que  
se estaba comiendo. Me hinchaba cada vez más  
con  
la sensación de sus apretadas paredes calentando  
mi

verga, Jadeó despacio, sonrió satisfecha y termine de dilatarla. Hasta las pelotas, no me faltó nada.

—Más.

Gimió. Apretó sus paredes y no pude más.

Cerré los ojos, le tape la boca con mi mano y me deje

ir. Duro, rápido, furioso, la cogí tan fuerte como mis

fuerzas me lo permitieron. Sus gritos eran gloriosos,

la humedad llegaba hasta las rodillas, el sudor corría

por nuestros cuerpos humedeciendo la ropa de

trabajo. Mordió mi mano al mismo tiempo que sus

paredes se contraían fuertemente, un chorro de  
humedad salpicaba mi camisa y el sonrojo más  
bonito cubría su piel. ¡Oh, la muerte pequeña era  
una muerte en grande con Kaira! No quedo una  
sola

gota en mí, se lo di todo.

Nuestras respiraciones poco a poco se  
regularizaron y me tuve que ver en la necesidad de  
separarme de ella. Al hacerlo hizo un gesto de  
dolor.

—¿Te duele?

Seguía con los ojos cerrados y la cabeza  
recargada en la pared.

—Un poquito.

Sonrió y me tranquilizó.

—No pasa nada. En un ratito se me pasa.

Nos limpiamos y cambiamos, antes de salir de la habitación. El gesto de dolor ahí siguió.

**Alex, el bruto**

**Kaira**

Al salir de la habitación, él satisfecho y yo más —aunque con un poquito de dolor—, me encontré a Kurt, Owen y Sophie sentados en el piso

y compartiendo un enorme bol de palomitas.

—¿A qué hora llegaste?

Me guiñó un ojo y sonrió. ¡Qué guapo era!

—Hace un ratito. Los chicos me invitaron a ver la película y yo les invite palomitas. ¿Está bien?

Asentí fascinada. Me encantaba que estuviéramos todos juntos. Desde atrás me acerque para darle un beso.

—Chicos, cierren los ojos porque le voy a dar un beso a Ami.

Los chicos obedecieron y se taparon los ojos con sus manitas, mientras Kurt decía:

—¡Guáchala!

Con sonrisa y todo. Owen se estiró y acarició mis labios con los suyos.

—Hola.

Susurró entre mis labios.

—Hola.

Conteste antes de acariciar su lengua con la mía.

—¿Ya?!

Preguntó Sophie. Se estaba perdiendo su película.

—Ya.

Contestó Owen antes de guiñar un ojo coquetamente y regresar a ver la película.

Me dirigí a la cocina y antes de llegar a ella,

escuche que Owen me preguntaba:

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasó?

Entre a la cocina y me recargue en la pared.

El dolor en mi vientre no mejoraba, empeoraba.

—¿Todavía te duele? ¿Te llevó al doctor?

Me dolía, y me dolía mucho. Al pobre de

Alex se le difumino la cara de satisfacción y se le transformo en una de preocupación.

—¿Qué le hiciste, bruto?

Owen le dio un puñetazo nada juguetón en

el hombro a Alex. No quería que se enojaran entre ellos.

—Nada ¿Verdad que no te hice nada?

Alex aceptó el puñetazo sin protesta. Él

pobre se sentía culpable. Él no tenía la culpa de estar tan bien dotado y de que yo fuera una

personita y no una persona normal.

Sentí que mi ropa interior se mojaba y un

hilito de sangre traspaso la tela del pantalón.

—Creo que si necesito ir al doctor.

El hilito se estaba haciendo más grande. Alex

palideció instantáneamente, Owen lo acompañó,  
no

muy por detrás.

—Vamos.

La voz de Alex, que normalmente era

profunda, oscura y caliente, ahora era solo un murmullo nervioso.

—No. Tú no vas a ningún lado. Quedate con los chicos, yo la llevé.

Mi pobre Alex ni rechistó. Asintió y se hizo chiquito, ahí parado con su metro noventa.

—¿Te sobo, brujita?

Resultó que el dolor y sangrado durante o después de mantener relaciones sexuales es un padecimiento relativamente común que se puede deber a diferentes causas, pero la mayoría de ellas no son graves ni peligrosas. A mí nunca me había pasado, claro que nunca había tenido un pedazo de

hombre como Alex, o como Owen, que se llevó una buena mirada reprobatoria del doctor.

Aprovechamos la visita al médico y me retire el dispositivo, solo le causaba molestias a mis enanos y según el doctor, pudo ser la causa del sangrado.

—No. Ahorita nadie se acerca a esa área.

Está cerrada por sospecha de maltrato.

El camino de regresó fue mucho más

agradable que el de ida. Owen ya no estaba pálido  
a

muerte

y

el

dolor

había

aminorado

considerablemente después de la pastillita que me  
dieron. Hasta feliz me puse.

—Ya le hablaste a Alex. Avisale que no pasó  
nada.

—No. Deja que sufra tantito.

Owen era de lo peor. ¡Pobrecito de mi gruñón!

Desperté calientita y desnuda. Nunca había dormido desnuda en mi cama, extrañamente se sentía bien. Llegando del doctor, Alex hizo de todo para redimirse, incluso un masaje que me dejó tan relajada que ya no me preocupe por vestirme

—¿Cómo se supone que voy a ir a trabajar?

Susurró Alex pegado a mi cuello, envolviéndome con sus brazos y rodando para quedar sobre él.

—¿Cómo diablos me voy a concentrar?

Solo un gemido salió de mi boca. Alex mordisqueaba un costado de mi cuello, logrando que toda mi piel cosquillara.

Owen despertó y lo reemplazó. Basto con un puñetazo, Alex todavía se sentía culpable, les había

costado un poco de trabajo dormirse. Se supone que

no podían tocarme y mi cama era muy pequeña, el que estuviera desnuda, tampoco ayudaba.

—Eres un bruto Alex. Está prohibida para ti.

No estoy muy segura cómo pasó, pero Alex termino en el suelo.

—¡Joder, Owen!

—¡Mierda!

Contestó Owen entre risas. Escondí la cara en la almohada, nunca había visto algo tan chistoso en mi vida. Mi carcajada se ganó una buena nalgada, no deje de reír, pero si me cubrí el vientre. No podía parar de reír. Y los otros discutían, sin enterarme de qué.

Finalmente me dolieron las mejillas y me calme lo suficiente como para respirar sin ahogarme. ¡Ay, que rico! Despertar riendo,

desnuda

y con dos enanos, era la gloria.

—Cuando te tranquilices...

Me advirtió el muy canalla de Owen, que seguía con una mueca en la cara.

—Queremos hablar contigo de eso...

—¿De qué?

Puse ambas manos bajo mi cabeza y admire a mis dos “enojados” hombres. Alex estaba súper enojado, y Owen fingía estarlo.

—Quiero que dejes de trabajar, que los mellizos cambien de escuela y que se cambien de

casa. Este departamento es un huevito, Owen y yo lo podemos solucionar con un par de llamadas.

Fue como un cubetazo de agua helada.

Enseguida me incorpore, y me senté cubriéndome hasta las pestañas con la sabana.

—¿Qué?!

Se sentó en la cama y me abrazó.

—¡Suéltame!

—Cálmate.

Hizo eso que siempre hacía para calmarme, pero el cubetazo simplemente fue de cubitos de hielo.

—Solo me voy a tranquilizar si me sueltas.

De estar totalmente feliz, pase a estar completamente encabronada en un nanosegundo. Y no solo encabronada, súper encabronada era la palabra.

Supongo que se dio cuenta de su error, porque me dejó deslizarme fuera de la cama.

Encontré mi bata y me cubrí con ella, haciendo doble nudo. Descalza salí de la habitación, agradeciendo que la suave y fría madera enfriara mis pies. Owen susurró algo, pero la sangre corría tan fuerte por mis oídos que me fue imposible escucharlo. Verifique que los chicos siguieran

dormidos y me dirigí a la estancia.

Encontré el saco de Alex en una de las sillas del pequeño comedor y se lo avente cuando entro a la estancia, ya vestido como el modelo que era.

Owen lo seguía de cerca con muy mala cara.

—No Alex. No voy a dejar de trabajar. No me voy a cambiar de casa y definitivamente ¡No voy

a cambiar a mis hijos de escuela! Por favor salgan de

mi casa.

No era mi intención correrlos, pero las palabras salieron sin permiso.

—¿Nos estas corriendo?

Su voz era intimidante.

—Kai...

Ni siquiera me permití escuchar a Owen.

Negué muy despacio, no, no quería que se fuera,  
pero sí.

—¿Esa es su visión de esto? Verme descalza,  
cuidando niños y en la cocina. ¡Solo les falta  
embarazarme!

En el momento que salieron las palabras de  
mi boca, me arrepentí. ¡¿Qué diablos estaba  
diciendo?! Fue demasiado tarde cuando lo quise

arreglar, Alex ya había salido por la puerta.

—Owen...

Levanto el dedo en señal de “callate” y cerró la puerta despacio... atrás de él.

Después de dejar a los mellizos en la escuela y que me preguntaran un millón de veces, dónde estaban Owen y Alex. Le pedí a Tony que esperara.

Usualmente iba con Alex al trabajo, pero hoy tenía la ligera sospecha de que él, no quería saber de mí.

Vi la fachada de ladrillo y no le vi nada fuera de lo normal. Niños corriendo retrasados, padres

estresados que llegaban tarde al trabajo, nada fuera

de lo normal. Ciertamente que no había mucha seguridad,

más que un par de cámaras en la entrada, pero para qué querías extra seguridad. El barrio era de clase media, no había delincuencia a la vista. No entendía.

—¿Puedo hablar con Ustedes?

Le pregunte a Owen, en cuanto respondió mi llamada.

—¿Por qué sigues diciendo tus hijos? ¿Por qué te es tan difícil aceptar que esos niños también son de nosotros?

Owen contestó enojado. Alex ya le había calentado la cabeza.

—Porque son míos. El que convivan con ellos un par de meses no los hace suyos.

—Y el que los queramos más de lo imaginable, ¿tampoco?

¡Uy! La estaba jodiendo, bien jodida. La voz de Owen se contrajo, le dolió mis palabras y yo quise tirarme por la ventada.

—¿Van a estar en el penthouse?

—No. Vamos a ir a coger el primer culo que se nos aparezca.

¡Maldito!

—¿A dónde vamos a ir, Kaira? Ya nos cortaste las pelotas.

Ja, ja... Y las tenía en caja fuerte.

—Voy para allá.

—¿Sophie y Kurt?

Me mató, simplemente me mató. Owen era

el que más se resistía con los niños. Tal vez su instinto paternal todavía no despertaba por

completo, pero adormilado si estaba. Lo había visto

jugar con Sophie y Kurt y sonreírles con cariño en

los ojos, eso no se actúa, eso nace. Owen solo

necesitaba tiempo.

—Ya están en la escuela.

—Esa escuela es una mierda.

—Pues yo la veo bien.

Bufó con desdén. ¿Qué tenían contra la pobre escuela? Estos hombres querían cambiar todo; Primero Elena, ahora la escuela, al rato iban a querer que me cambiara el nombre.

—¿Tony está contigo?

Ahora la que bufó fui yo. No que no lo querían. Tony hizo un guiño cuando nuestras miradas se encontraron en el espejo retrovisor. Si

supieran la confianza que tenía con Tony, se infartaban. Aunque Owen y Alex no tenían por qué enterarse. ¿Retorcida? Sí, esa soy yo.

—Sí, si está conmigo. No me deja ni a sol, ni a sombra.

Parecía que quería pelea. Para que le echaba leña al fuego, si no.

—Sabes qué Kaira. No vengas. Nosotros nos comunicamos contigo cuando queramos hablar.

Y me colgó.

¡Carajo!

**Sin ellos**

## Owen

Kaira la traía segura. Era cierto que la queríamos, pero no podía corrernos de su casa cuando se le hincharan los ovarios. Nosotros nunca haríamos eso.

—¿Voy a trabajar desde aquí?

El cobarde de Alex sabía que si la veía, iba a caer redondito a sus pies.

—¡No le marques!

Le advertí.

—¿Y los mellizos?

¡Mierda! Mi súper plan de castigarla, no

contemplaba castigar a los mellizos... ni a nosotros.

Si en circunstancias normales me costaba trabajo conciliar el sueño, sin verificar que todo estuviera en orden. ¿Cómo iba a dormir ahora, que se suponía que no le iba a hablar a la madre?

—Yo lo pienso.

Lo pensé y lo pensé, y no logre nada. Mi súper plan, a la mierda.

—¡Ya lo tengo!

Alex entró a la sala de revelado sin tocar. El foco rojo no estaba prendido, y eso fue lo que lo salvo. Odiaba que me interrumpieran cuando estaba

revelando.

Sacó su teléfono y con un dedo me indicó que me callara. La bruja no solo nos cortó las pelotas, ahora también la imitábamos.

—Kaira.

Deje de separar el papel para escucharlo.

—Me comunicas con Sophie, por favor.

Verifique la hora en el reloj, los mellizos ya deberían estar en casa.

—No, no quiero hablar contigo, quiero hablar con mis hijos.

Le di un puñetazo en el hombro por su

osadía. A lo mejor a él si le dejó una pelota.

—Princesa...

La mirada de Alex se iluminó.

—Pon el manos libres.

Le susurre. El muy imbécil volvió a levantar

el dedo para que me callara. Antes de que se lo rompiera, le arrebate el teléfono y puse el manos libres.

—¿Sophie?

—¡¿Owen?!

La vocecita de mi princesa, me hizo el día.

¡Oh, Dios! Se sentía tan bien escucharla.

—Princesa, ¿Cómo estuvo tu día?

Como un par de imbéciles, escuchamos a

Sophie narrar su día. Acabó con un suspiro y con un

gran:

—Y ya.

Los dos sonreímos, si la mamá no nos

cortaba las pelotas, la hija lo podía hacer con facilidad.

—Princesa, ¿está tu hermano por ahí?

—Sí, está enojado.

—¿Por qué? ¿Qué le pasó?

Alex y yo nos atropellábamos para hablar.

Le di la palabra con un gesto y mire extrañado el

teléfono.

—Dice que ustedes ya no van a regresar.

¿Verdad que no?

—No, princesa. Si vamos a regresar.

Se supone que me iba a quedar callado, pero no pude. Sophie sonó triste.

—¿Sophie, le pasa el teléfono a Ami?

Alex, estaba morado.

—Calmate, no la cagues más, de lo que ya está.

Le advertí en un susurró.

—¡Callate!

Alex no pensaba muy bien cuando se trataba de niños. Lo mismo le pasó con Viri, simplemente se bloqueaba.

—Antes de que empiecen, yo no le dije nada a Kurt. Se le metió la idea, porque nunca se habían ido sin despedirse.

Se defendió Kaira, antes de que le cayera la bomba atómica.

—¿Puedes poner el manos libres para hablar con los mellizos? Por favor.

—Alex, tienes que hablar conmigo.

—No. Quiero hablar con mis hijos.

Le volví a dar un puñetazo en el hombro.

Bien por él y lastima por mí, yo era el único sin pelotas.

Kaira bufó, pero no siguió discutiendo. Se escuchó un clic y a Kaira llamando a Kurt.

—¿Bueno?

Kurt, estaba enojado.

—Kurt, soy... Alex.

Crecí con Alex, estude con él, me

emborrache, he hecho de todo con él. Es más que mi

hermano, es mi amigo, mi padre, mi abogado y solo

lo había visto a punto de las lágrimas en tres

ocasiones; Cuando la perra de Dana le quitó a Viri, la

primera vez que le dijo a Kaira que la amaba y la vez

que Kurt lo abrazó para dormir.

Hoy, era la primera vez que lo veía llorar abiertamente.

Se limpiaba las lágrimas con las mangas de la camisa, y escondió la cara en su hombro. Le temblaba la mano y a punto estuvo de dejarlo caer. Se lo quite y deje que se desahogara de espaldas a mí.

—Kurt. Soy Owen. ¿Sophie está contigo?

—Sí. También mi Ami.

Tome aire, ver a Alex sin defensas no era algo que llevara muy bien. Y escuchar a Kurt dolido, tampoco.

—Chicos, Alex y yo nos queremos disculpar.

Tuvimos que salir de viaje y no quisimos despertarlos, era muy temprano. Vamos a estar afuera un par de días y no vamos a poder verlos.

Pero en cuanto regresamos, lo primero que vamos a

hacer, es ir a verlos. ¿Está bien?

Después de todo, si tenía pelotas. Las use completas, para que la voz no se me quebrara. No sé

qué pasaba conmigo.

—¿Si van a regresar?

Kurt era un pequeño muy pensante. Leía más de lo normal en un niño de su edad, los juegos que tenía eran para razonar, no para divertirse. Y cuando hablaba, es porque ya había pensado tres jugadas adelante. Yo se lo atribuía a que era el único niño de la casa, llevar a tres mujeres requería pensar mucho.

—Escucha Kurt. Tú siempre vas a contar con Alex y conmigo. Pase lo que pase, Alex y yo siempre vamos a estar para ustedes ¿Entiendes?

—¿Y mi Ami?

Su voz se escuchó más fuerte. Lo estaba logrando.

—Ami también puede contar con nosotros...

Siempre. Nada va a cambiar eso.

Y lo decía en serio. Si las cosas por algún virus incurable no funcionaban, de todos modos nosotros siempre íbamos a ver por Kaira, era algo implícito desde que iniciamos el juego.

—¿Me lo prometes?

—Te lo juro, Kurt... Solo salimos de viaje, eso es todo.

—¿A dónde fueron?

Al infierno. No quise decirle eso a Sophie y repetí la lista de países donde teníamos escuelas con patrocínio.

—¿Cuándo regresan?

Podía escuchar la disculpa en la voz de Kaira.

—No sé. Una semana, dos. Todo depende de cómo se resuelvan las cosas.

—Espero que se resuelvan rápido. No me gustaría que pasaran tanto tiempo fuera de casa. Los extrañamos.

Bruja manipuladora. Mi corazón se contrajo y a punto estuve de mandar todo al diablo e ir corriendo a verlos. Luego vi a Alex y me detuve. Ya estaba bueno de juegos. Kaira tenía que entender, que el juego era entre tres, ella no jugaba sola. Me despedí de los mellizos, Alex hizo lo propio y colgamos.

## **Temblor**

### **Kaira**

Tres días. Tres días y los jodidos hombres no daban señal de vida. Alex no se aparecía en la oficina y Carla no soltaba prenda. Tenía que hacer algo con esa mujer, era más fiel a Alex, que a su

marido.

Le marque a Diana y la muy canalla se burló.

—Te están castigando. No debiste correrlos de tu casa. Ahora se buena niña, y soporta el castigo.

Ni soportar castigos, ni nada. Necesitaba disculparme, dos minutos después de que salieran del departamento me di cuenta de mi error, cuando llamaron a los mellizos me convertí en mierda.

Como decía Isa, “si la cagas, la recoges” Y yo había

hecho una cagada monumental.

El problema ahora era localizarlos, ¿Cómo

me iba a disculpar, si se escondían?

Tuve que recurrir a la caballería. Gamble.

—Gamble, sé que están aquí. Dejame pasar.

—Señorita Jones, yo no le mentiría.

—Si lo harías y lo estás haciendo... Por favor Gamble.

Se escuchó un ruido en la parte superior del penthouse y mi imaginación empezó a trabajar.

¡Oh, Dios! Si les caía en fraganti con alguna muñeca ¡Los mataba!

—Gamble. Dame permiso, voy a subir.

El muy desfachatado de Gamble sonrió.

Estaba pensando cómo quitarlo de mi camino sin dañarlo, cuando ladeo el cuerpo y me dejó pasar.

—Si preguntan, me diste un puñetazo.

Le sonreí de vuelta y corrí para las escaleras.

—¡Owen! ¡Alex!

—Te dije que la iba a dejar pasar. No se puede confiar en Gamble y los Jones.

Owen salió de mi ex oficina y se plantó al inicio de la escalera. Como si fuera la primera vez que lo veía, me empezaron a sudar las manos.

—¿Podemos hablar?

Suspiró, ladeo la cabeza y levantó los

hombros fastidiado. Baje la mirada y me senté en la

escalera. Podía pasar horas haciendo pucheros, y yo

de ahí no me iba a mover hasta hablar con ellos.

—¿Por qué no me dejas hacer pucheros a gusto? Yo te dejó hacerlos a ti.

—Porque tú eres mejor persona que yo.

No sé si fue mi voz, el sentir de mis palabras, o el dolor de mis ojos, pero algo funciona.

—¡Mierda, Kaira! Parate y deja de jugar sucio.

Le di la mano y en cuanto termine de subir

las escaleras, lo abraza. Mmm, el cielo, las nubes,  
las

estrellas y el ocaso, todo en uno, todo en un  
abrazo.

—Perdón...

—No brujita, perdón nada. Ve a la oficina y  
siéntate a hablar con Alex.

Me estire para darle un beso y el muy

desgraciado se volteó. Entre a la oficina con la

mirada baja, a los mellizos les funcionaba,  
también

me podía funcionar a mí.

—¿Qué le pasa?

¡Mi gruñón!

—Está jugando la carta de la inocencia.

Le advirtió Owen.

—Siéntate Kaira, tú de inocente tienes lo que yo de sufrido.

Con Alex no iba funcionar como con Owen.

Así que fui directo al sillón blanco que tan buenos recuerdos me traía y me senté.

—¿Tú dirás?

No me la iban a poner fácil. Alex se recargó en la silla de piel y empezó a jugar con una de esas plumas que costaban más que una pequeña casa.

Owen se sentó en el escritorio y esperaron a que empezara. Y así como yo en las escaleras, ellos

podían estar así todo el día.

—¿Alguna vez han sentido un temblor?

Los dos me miraron extrañados. Seguro se esperaban un perdón.

—Cuando era niña, mi papá nos llevó a mi mamá y a mí a la Ciudad de México. Estábamos hospedados en un hotel muy alto y nos tocó un temblor. Estas con la certeza de que estas en piso sólido y de repente todo se mueve. No puedes caminar, no puedes correr, lo único que puedes hacer es esperar que termine o que el techo se te venga encima... Así me sentí el lunes. Llevó años construyendo mi pequeño reino, que los mellizos

tengan techo, escuela, salud, que se sientan seguros.

Los mellizos son mi reino.

Llegan ustedes y todo cambia. Me sorprende el amor que siento por ustedes, no es normal.

Cuando estamos juntos... entre sus brazos... no estoy sola. Y me da miedo.

Me limpie una lágrima y levante la mirada.

Esos hombres me amaban, no tenía duda, me miraban con amor, con admiración.

—No puedes esperar a que acepte todos tus comandos, sin protestar... me tiembla el piso.

Me dirigí a Alex, porque era a él al que le

gustaba ordenar, pero en realidad era para los dos.

A

los dos les gustaba salirse con la suya, y no siempre

se puede.

—Perfectamente sé, que no estoy hecha para ti...

Ahora si me dirigí a Owen.

—Pero qué puedo hacer, si ya te quiero.

Owen bajó del escritorio y en dos pasos ya me tenía entre sus brazos.

—¿Cómo te compruebo que no soy el

hombre que fui? Solo debes tener fe en mí, en el amor que siento por ti. Sin tu confianza, no vamos

a

ir a ninguna parte. Solo te puedo asegurar que nadie

te va a amar como lo hacemos Alex y yo. Nosotros te amamos... los amamos. Dejamos demostrarte cuanto los queremos. Nuestro amor es verdadero.

Amaba a ese hombre con cada fibra de mí ser. Sentí que otros brazos me abrazaban y volví a estar completa.

—Lo único que quiero, es que cuentes conmigo, en cualquier instante y en cualquier terreno. Solo quiero cuidarlos, ese es mi trabajo. Cuidarlos.

Enterré la cara en el pecho de Owen y me deje mecer. Me costaba mucho trabajo entregar mi reino a otros, tenía años reinando sola.

—Pónganse en mi lugar a ver qué harían.

Estoy segura que ustedes en mi lugar lucharían como lo estoy haciendo yo.

—O más.

Contestó Alex.

Pasamos las siguientes horas hablando de todo. Nos prometimos hablar como en ese momento. Diciendo nuestro sentir, antes de que alguien estallara. Sin presiones y sin ordenar. Ese iba a ser el punto frágil, al parecer los tres éramos

un poco mandones.

Lo que no fue negociable, fue la cagada monumental. Estaba completamente fuera de la mesa, pedir que se fueran. Ya fuera mi casa, su casa,

el punto era que si discutíamos, lo hacíamos en un lugar y todos juntos, sin que nadie saliera de la habitación hasta que llegáramos a un acuerdo. Ni siquiera discutí, sentirse mierda no era mi fuerte.

Ya con los ánimos más tranquilos, y con dos horas antes de que los mellizos salieran de la escuela, me sentí cariñosa.

Empecé a hacer pequeños círculos en la

pierna de Alex, mientras hablaban sobre una finca y

unas vacaciones. Todavía faltaban un par de meses para que el ciclo escolar acabara, hora podíamos hacer otras cosas.

Seguí con los círculos hacia arriba, hasta que la enorme mano de Alex me detuvo.

—¿Qué haces?

Me moje los labios y subí un hombro. ¿Qué creía que hacía? ¿Contar ovejas?

—Estas lastimada, no podemos hacer nada.

El enorme bulto que se marcaba en el pantalón a la altura de la entrepierna, pensaba

diferente.

—Ya pasaron tres días. Ya estoy bien.

—¿Quién dice?

Owen sonrió y el diablo llegó.

—Primero tienes que disculparte.

—¿Disculparme? Eso acabo de hacer.

Owen entrecerró los ojos y me fulminó con la mirada.

—Nos corriste de tu casa. Nos hiciste sufrir.

Tuvimos que esperar. La lista sigue y sigue. Te tienes que disculpar.

Tenía dos opciones, o lo mandaba derecho

al infierno, o me tragaba el orgullo que no sirve para

nada y disfrutaba del castigo que seguramente

habían preparado. Me decidí por lo segundo.

Quería

jugar.

—Te voy a decir exactamente qué es lo que

quiero hacer.

El deseo que brillaba en sus ojos azules hizo

que mi estómago brincara y temblara. Si lo que me

iba a decir, era la mitad de erótico, de lo que sugería

su rostro. Iba a disfrutar de lo más bonito.

Le guiñe un ojo y cruce las piernas

sugereute. La sonrisa del diablo se amplió y también

el apetito que sentía por él.

—Primero quiero ver esas maravillosas

tetas. Quiero que desabroches la blusa y me los muestres. Tomalos entre tus manos y ofrecelos.

El calor subió desde la punta de mis pies e

iba aumentando por cada botón que soltaba. Vi como tragaban cuando la blusa toco suelo y mi

busto escapo de la prisión del sostén.

—Tus tetas son perfectas.

Murmuró Alex. Se tomaron un minuto solo

observando. Ninguno de los dos quitaba la vista de

mi busto. Las apreté un poco entre mis palmas y pellizqué mis adoloridos pezones. El jadeo que surgió de sus pechos fue la señal que necesitaba para continuar.

Me levante poco a poco del sillón, solté el sostén para liberar completamente mi busto y lleve mis manos al zíper de la falda. Lo baje despacio, disfrutando la mirada hambrienta de mis hombres.

Cuando la falda llego a las rodillas, di la media vuelta

y baje el talle para retirar por completo la falda. En

la misma posición, sujete el encaje de mi bikini y lo

baje regalándoles una vista completa de mi trasero.

Volví a dar la media vuelta y pregunte de lo más inocente.

—¿Y ahora?

Suspiraron y parpadearon un par de veces antes de regresar a la realidad.

—Ve a la habitación...

Owen señaló la habitación trasera de la oficina con la cabeza.

—Acuéstate. Quiero que mantengas las piernas bien abiertas, las manos en la cabecera y los

ojos cerrados.

Eso sonaba exactamente como lo que había dicho el ginecólogo cuando me retiro el DUI, tres días atrás. Era sucio ¡y me encantaba! Seguí las instrucciones al pie de la letra, no quería que mi nuevo ginecólogo se enfadara.

## **Muñeca de porcelana**

### **Kaira**

Una mujer excesivamente hermosa salió del elevador y sin reparar en Carla, entro a la oficina de

Alex. No corrí a sacarla de los pelos, porque Carla ya

estaba llamando a seguridad.

Se hizo un silencio fantasmagórico, todo el personal dejó de hablar, incluso las computadoras, teléfonos y otros aparatos electrónicos le guardaron respeto y dejaron de murmurar. El ruido de mis tacones se acrecentó mientras me acercaba a

la oficina. Carla ya se hallaba pidiéndole a la mujer

que se retirara. Alex se encontraba en las oficinas de

Nueva York del Grupo Carter, no iba a llegar hasta en la noche.

—Buenos días. ¿Te puedo servir en algo?

Pregunte cerrando la puerta de la oficina

tras de mí.

—¿Y tú quién eres?

Preguntó la belleza con altivez. Era alta, delgada, rubia, de ojos azules y con piel de porcelana. De ese tipo de mujer que solo encuentras en revistas.

—Soy Kaira Jones. Subdirectora de la rama Internacional del Grupo Carter. ¿En qué te puedo servir?

—¡Vaya! Finalmente alguien con educación.

Barrió con la mirada a Carla y la despidió con un desdeñoso movimiento de mano. Me guarde

las ganas de romperle su plastificada cara,  
necesitaba saber quién era y qué quería.

Asentí a la pregunta muda que hizo Carla, la  
pobre quería salir corriendo de ahí. Le sonreí y  
espere a que cerrara la puerta para dirigirme a la  
mujer de porcelana que se hallaba cómodamente  
sentada en el escritorio de Alex. Ese mismo donde  
me hacía el amor para darme los buenos días.

—¿Ya le ofrecieron algo para beber?

—No querida. Tu secretaria es una mal  
educada.

Le sonreí para evitar decirle lo que pensaba.

Para mal educadas ella estaba de ejemplo.

—¿En qué te puedo ayudar?

Rodee el escritorio de Alex y me senté en su silla. Ella no tuvo más remedio que levantarse y sentarse en una de las sillas que estaban enfrente del escritorio.

—¿Quiero ver a mi esposo?

La sangre me abandono y palidecí un poco.

La sonrisa de suficiencia de ella, no se hizo esperar.

—¿Eres la exesposa de Alex?

No quise hacer una pregunta, pero la incredulidad se adelantó.

Yo no me parecía en nada a esa mujer.

Aunque doliera, esa mujer era bellísima,  
porcelana

pura hecha mujer; Fina, delicada. Definitivamente  
no tenía nada en común con ella.

—Exesposa, esposa. Son solo tecnicismos.

En realidad soy su mujer.

¡Bum! La furia estallo como una granada. Y  
se manifestó con una gran sonrisa de mi parte.

—¿Cuál es tu nombre?

—Dana Northman.

—Bueno

Dana.

Lamento

mucho

contradecirte, pero hasta donde yo sé, Alex tiene una relación estable desde hace un par de meses.

Supongo que hay un mal entendido entre ustedes. Y de ninguna manera quiero intervenir en ella. Alex no

regresa el día de hoy, si gustas dejar un mensaje con

gusto se lo hago llegar.

—¿Tú conoces a esa mujer?

Acerco el torso al escritorio y puso sus

palmas abiertas sobre él. La señora quería

información y yo se la iba a dar. Hice el mismo movimiento que ella, recargue los codos en la detallada madera y junte mis manos. Ahora éramos amigas íntimas.

—Sí, si la conozco. Es una mujer muy inteligente.

—¡Por favor! A Alex siempre le han gustado las mujeres sin cerebro.

Y para muestra, ella. Supongo que su coeficiente no le permitió darse cuenta de que se había insultado a sí misma.

—Bueno, supongo que cambio de gustos.

Porque esta mujer habla cinco idiomas, administra

y supervisa una fundación muy importante y por lo que sé, viven casi juntos.

Entrecerró los ojos de forma maléfica.

Podía ver a los buitres trabajando en su cabeza.

—Bueno, no se han casado, ni nada. No debe ser nada serio.

Dijo desdeñosamente. Recargó la espalda en la silla y aunque altiva, pude percibir su molestia.

—Por supuesto, espero que esto quede entre nosotras. No me gustaría que Alex se molestara conmigo.

Sonrió y asintió. Pobre, creía que tenía una

aliada.

—No te preocupes querida. Esto es entre nosotras.

Se levantó y encamino hacia la puerta. Antes de que le abriera la puerta, no pude resistir preguntar.

—Dana, ¿Puedo saber, para qué lo quieres ver?

Arrugo su delicada naricita y sonrió malévolamente.

—Ya sabes. Para lo que se necesita a los hombres. Dinero y sexo, es para lo único que sirven.

Abrí la puerta y le di el paso. Carla ya tenía a los hombres de seguridad esperando.

—¡Uy! Es una pena que no lo encontraras.

Aunque te aseguro que su nueva mujer lo tiene bien atendido.

Acerque mi boca a su oído y cuchichee:

—Siempre tienen relaciones en su oficina, justo en el escritorio donde estuvimos hablando.

Les gusta hacerlo ahí.

Me adelanto un paso y le hice una señal a los de seguridad.

—¿Quién es esa perra? Tengo que hablar

con ella.

Di media vuelta e hice una pequeña reverencia con la cabeza.

—Ya lo hiciste querida. La perra... a tu servicio.

No le dio tiempo de darme la cachetada. Su brazo quedo en el aire, suspendido en la mano de Tony. Mi fiel sombra con pistola.

—La señora entro sin anunciarse, y tiene prohibido entrar a las instalaciones, hay que averiguar cómo o quién le ayudo a entrar. Al señor Northman no le gustan las sorpresas.

Le indique a Tony.

Dana gritaba maldiciones, mientras yo le daba instrucciones a los de seguridad. Yo no la oí, no valía la pena escucharla.

Los de seguridad la llevaron arrastras afuera de las oficinas. Al mismo tiempo que entraba en mi oficina y le marcaba a Alex.

—Cariño. ¿Todo bien?

Me senté atrás de mi escritorio y le conteste mientras veía una foto de él y Owen jugando béisbol con mis chicos.

—Sí, todo bien. Solo para avisarte que acabo

de sacar a Dana Northman del edificio. Te espero a

cenar en casa. Besos.

No le di tiempo a que contestara. Ya después hablaría con él.

La visita de Dana a la oficina, solo logró que mi decisión se volviera más sólida. Alexander Northman era mío y ninguna mujer, por muy de porcelana que fuera, me lo iba a quitar.

**El mundo se detuvo**

**Kaira**

Todo paso rápido y al mismo tiempo en una angustiosa calma.

Owen y yo teníamos una junta con la organización de la plataforma educativa Académica

de la Fundación Carter, era parte del Programa de Educación y Cultura Digital en la que Owen tenía trabajando un par de meses antes de que yo me uniera a la fundación.

Lisa y Berenice, las encargadas del proyecto académico, me explicaban que el plan era llegar a las cuatrocientas sesenta y cinco Instituciones de Educación Superior y Centros de Investigación que cotidianamente intercambian cursos, clases y proyectos, a través de su plataforma en Internet y

de las cuales Fundación Carter era subsidiaria.

El plan de Owen, es que a través del programa,

estudiantes,

profesores

e

investigadores

universitarios, intercambiaran conocimientos y

enriquecieran los procesos de aprendizaje, al

contribuir en esta plataforma con contenidos sobre

temas especializados, para las instituciones que no

tenían acceso al programa. Vamos, era algo así  
como

una pirámide donde los estudiantes más

avanzados,

ayudaban a los menos avanzados a tener el mismo nivel educativo.

Owen tenía un gran corazón, aun cuando luchara por esconderlo. Mi teléfono vibro, y lo ignore por segunda vez.

Lisa hablaba apasionadamente sobre líneas de comunicación y me pareció una verdadera grosería desviar mi

atención al teléfono.

Justo cuando vibraba por tercera vez,

escuche el eco de mi nombre, muy a lo lejos, muy fantasmal. Desvié la mirada hacia Owen y estaba al

teléfono, con el semblante desencajado y la mirada perdida. Escuche nuevamente mi nombre, solo que

esta vez más cerca. Mi teléfono vibro nuevamente y

por la mirada de Owen supe que no quería contestar

la llamada. Alex entro a la sala de juntas pálido, jadeante, como si hubiera bajado los cinco pisos que

separaba la sala de juntas con su oficina corriendo.

En una carrera de vida o muerte.

Levante el teléfono y pulse el botón verde.

—¿Bueno?

Mi mirada se cruzó con la de Alex y la de

Owen y nos conectamos al mismo tiempo. Una  
línea

de miradas muertas de miedo.

—¿Hablo con un familiar de los niños

Sophie y Kurt Jones?

El mundo se detuvo, las voces se acallaron,

solo una nube oscura que nublo mi visión y la voz  
en el teléfono existían.

—Soy su mamá.

Logré balbucear.

—Hablo

del

hospital

Northwestern.

Necesitamos que se dirija hacia el área de urgencias.

El auto donde venían sus hijos tuvo un accidente.

Los niños y su acompañante, vienen en camino al hospital...

Alex tomo mi bolso y colgó el teléfono. Me

tomo de la mano y sin decir palabras me saco de la oficina. Owen ya tenía el elevador esperando por

nosotros. No hubo palabras, solo el silencio y la nube oscura que nublo mi mente. Me subieron a un auto y nos unimos a la manada de carros de la ciudad. Solo el ruido estruendoso de un claxon me logro despabilar. Alex y Owen estaban al teléfono, tomándome de la mano. Charly manejaba esquivando y rebasando autos como perseguido por el diablo.

Adelante mi cuerpo y le pregunte:

—¿Ya sabes a qué hospital vamos?

—Sí, Kaira. En tres minutos llegamos.

Asentí envuelta en la nube oscura que no me dejaba ver. Incluso la voz de Charly sonó lejana.

Si les pasaba algo a mis hijos... simplemente no lo iba a resistir. Por alguna extraña razón me imagine lo peor, me imagine a mis hijos ensangrentados, gritando de dolor, el peor de los escenarios. Un quejido de dolor rompió el silencio, atravesó mi pecho y contrajo mi corazón.

—No te preocupes. Todo va a estar bien.

No supe quién hablo. Solo sentí que cuatro manos me apretaban y que dos hombres me sostenían.

Entramos al aséptico ambiente de urgencias en el Northwestern a medio día, con el sol

irrumpiendo por todas las ventanas. Al abrirse las puertas nos encontramos con Tony y otros dos elementos de seguridad de Owen.

—¿Dónde están?

Murmure muerta de miedo.

—Tras esa puerta, en unos minutos sale el doctor a dar informes.

La voz de Tony estuvo carente de emoción, solo el temblor en uno de sus parpados dio señal de

estrés. Mi amigo.

No logré sonreírle, solo asentí en forma de agradecimiento.

La sala de espera del hospital estaba helada.

En cuanto me senté en el incómodo sillón color café, empecé a temblar, era una mezcla de frío, nervios, miedo. Los dientes empezaron a chocar unos contra otros, era vergonzoso. Yo me proclamaba como una mujer fuerte e independiente y estaba temblando sin cesar.

Alex me cubrió con su chaqueta y Owen cubrió mis piernas con la suya. Ambos me envolvieron entre sus brazos, calentaron mi cuerpo frotando sus manos contra la piel helada de mis brazos.

No estaba sola. Nunca había sentido tanto pánico en mi vida, pero en ese momento, protegida,

arropada por estos dos hombres, la nube se empezó

a despejar. No estaba sola.

—¿Creen que tarden mucho en darnos noticias?

—Si tardan, entramos. No te preocupes, van a estar bien.

Aseguró con voz fría Alex.

¿Qué pasó?

¿Qué hacían mis hijos en un auto a medio

día?

—¿Familiares de Kurt Jones?

Una mujer más bajita que yo y de traje verde, solicito mecánicamente. Nos levantamos en unidad.

—Soy su mamá.

Por más que intente sonar fuerte, mi voz salió débil y a punto de romperse.

—Soy la doctora Bloom.

Se presentó extendiendo la mano y guiándome a la sala. Espero a que me sentara para seguir hablando.

—Yo recibí a Kurt, el niño llegó despierto y alerta.

Ya hicimos todas las pruebas

correspondientes y no da señales de sufrir algún daño neurológico, solo tiene una pequeña fractura en el fémur y un par de raspones.

Todo sonó bien hasta que dijo solo...

Hablaba con calma y segura de su diagnóstico, me

dio confianza, y media alma regresó a mi cuerpo.

—En unos momentos sale el doctor que está atendiendo a Sophie para darle informes.

La detuve cuando se dispuso a pararse.

—¿Sophie está bien?

Sonrió y casi logró que volviera a respirar.

—No tengo un diagnóstico preciso de ella.

Pero le aseguro que no es nada grave. Sophie está alerta, preguntando por su hermano y pidiendo

hablar con su mamá. También pidió hablar con...

¿gruñón y dormilón? Supongo que es un juego entre

ellos.

Y volvimos a respirar. Los tres jadeos combinados con la sonrisa de la doctora, regresaron el aire a nuestros cuerpos.

Antes de que la doctora Bloom regresara con Kurt, Alex preguntó.

—¿Cuándo podemos verlos?

Al escuchar la voz de Alex la doctora, que no dejaba de ser mujer, se ruborizó y agregó un poco titubeante:

—Todavía vamos a trabajar en su pierna, en unos minutos salen por ustedes.

Owen me tomó de la cintura y me envolvió

en sus brazos. Antes de cerrar los ojos y recargarme

en su pecho, vi la curiosidad en los ojos de la doctora. Si doctora, dos hijos, dos hombres, obviamente me gustaban los números pares.

Sophie se dislocó el hombro derecho y tenía una pequeña fisura en el tobillo. “Nada grave” como

dijo un doctor de lentes tipo Lennon.

Más tranquila y siempre tomada de la mano de Owen, fui más consiente de mi entorno. Alex daba órdenes en administración, Tony se mantenía pegado a una de las columnas de la sala de espera, los otros chicos de seguridad habían desaparecido

y

mi pulso se había normalizado. Solo hasta ese momento me pregunte ¿Qué demonios pasó?

—¿También te llamaron del hospital?

Le pregunte a Owen, mientras le regresaba su saco. Él lo tomó y lo recargó en el respaldo del sillón descuidadamente.

—¿Ya no tienes frío?

—No.

Acaricie su pálida mejilla y lo tranquilice.

—Ya estoy bien. Me puse un poco loca

¿Verdad?

Bufó y acercó su boca a mi cabello, me dio

un beso y suspiró. El que no se había tranquilizado era él.

—Ya no puedes estar más loca de lo que ya estas. Todo tiene sus límites.

—Tonto.

Le di una palmada en la pierna y respondió con un guiño.

—Ya están en piso. Vamos.

Alex me dio la mano y nos dirigió hacia los elevadores.

Usualmente las habitaciones de hospital son frías e impersonales. No las VIP. Con vista

panorámica al lago Michigan, sillones reclinables de

piel y cubierta de fina madera color miel, lo único que te hacía saber que estabas en un hospital y no en un hotel de cinco estrellas, eran las camas y las máquinas en la cabecera.

—¿Seguro que esta es la habitación?

Alex asintió, al mismo tiempo que vi llegar una camilla con el cuerpo indefenso de Kurt.

Había cantado victoria antes de tiempo, al ver la enorme hinchazón en su frente, mi alma volvió a huir. Tenía conectado una vía en su pálido bracito, un par de rasguños en su carita y una bota

del doble del tamaño de su pierna.

—¡Oh, Dios!

Di espacio, justo para que lo cambiaran de la camilla a la cama y lo conectaran a las máquinas.

—¡Me dijeron que no era grave! ¿Por qué esta inconsciente?

—No esta inconsciente, está dormido. Se quejaba de dolor de cabeza y le dimos algo para que descansara.

Un hombre de unos cincuenta años me explicó con un tono calmado y profesional.

—Soy el traumatólogo de sus hijos. Doctor

Rocha.

Extendió la mano y se presentó.

Alex le dio la mano, porque yo estaba muy ocupada cubriendo a Kurt con la sabana. Me acerque a besarlo, al menos su piel se sentía tibia y

suave. Mi niño.

Mi sollozo interrumpió el bip de la máquina.

Sabía que no estaba actuando al cien, necesitaba pensar.

—¿Por qué los niños necesitan un traumatólogo? Los doctores de emergencias aseguraron que solo eran un par de lesiones sin

importancia.

—Y así es.

Afirmó el doctor Rocha a un alterado Owen.

—Solo queremos hacer un par de exámenes para descartar alguna complicación. Es rutina en estos casos.

—¿Cuáles casos?! ¿A qué se refiere?

Levantó un poco la voz Owen y Kurt se removió en la cama.

—Owen. Está bien.

Alex estaba muchísimo más calmado que

Owen. Yo simplemente deje de pensar, solo sentía

una angustia rayando en la desesperación.

—Necesitamos que firmen unas formas...

Una enfermera salió detrás del doctor

Rocha y se acercó con tres hojas de papel y pluma en mano. Y no supo a quién dárselos.

En eso momento entro la camilla con Sophie

y yo ya no supe más de doctores, formas o firmas.

Solo de besar y abrazar a mis hijos.

—¡Ami!

Sollozó Sophie.

—Mi princesa.

La abrace y Sophie empezó a llorar pegada a

mi pecho. Acaricie su cabello y lo sentí seco, duro.

Me separe para examinarla y pude ver un enorme corte en su pequeño labio superior. Seguí el rastro de la sangre, que no era más que una sombra tras la limpieza, hasta atrás del oído, donde todavía tenía rastros de sangre seca.

—¡Oh, Dios!

Su precioso cabello color miel, se sentía duro por la sangre. No sé si fue la impresión de la sangre, de ver a mis hijos lastimados o el miedo de perderlos, lo que nublo mi visión.

—Ahora vengo.

Le susurre con un beso en la sien.

—Ami...

Chilló. Pero no pude parar. Salí casi

corriendo de la habitación, me recargue en la  
pared

más cercana y me deje caer. Permití que saliera lo

que tenía que salir, llore hasta que logré despejar  
la

nube que no consentía que razonara.

—Aquí tienes.

Tony se agachó junto a mí y me ofreció un

paquete de pañuelos desechables y un vaso de  
agua.

Después de limpiarme, tomar un poco de agua y

que

mi capacidad de habla regresara a mí, le agradecí con una sonrisa.

—Como te podrás dar cuenta. Soy una fortaleza cuando se trata de mis hijos.

Hizo una mueca y se sentó junto a mí. Era un hombre enorme, aun con las piernas dobladas, cubría la mitad del pasillo.

—Cuando se trata de los hijos es imposible no sentir.

Me gustó que intentara justificarme. Hice intento de levantarme y él con una agilidad contradictoria con su tamaño, se levantó y ayudo a

ponerme en pie.

—Gracias.

Hizo un movimiento de cabeza y volvió a su postura de guardaespaldas. Antes de entrar a la habitación subí la mirada y le pregunté:

—¿Sabes qué pasó?

Asintió ligeramente, pero no abrió la boca.

—¿Me puedes decir?

—El señor Northman nos sugirió que no te comentáramos nada por el momento.

—¿Les sugirió?

Volvió a hacer un asentamiento de cabeza

sin abrir la boca. ¡Alexander Northman Carter!

Olvide la molestia al ver sonreír con una

mueca de dolor a Sophie. Owen le cuchicheaba algo

y gesticulaba con las manos haciéndola reír. Alex

hablaba con una enfermera, mientras observaba

detenidamente a Kurt. Y yo, hecha una mierda

¡Valiente madre!

—Necesitamos su firma para comenzar.

Me hizo saber el doctor Rocha.

— *Por supuesto, disculpe.*

Me excuse en español.

— *Es normal estar alterado.*

Me contestó también en español. Sonreí y firme los documentos que la enfermera me acercó.

—Ahora si nos disculpan. Hay una sala de espera al final del pasillo, ahí pueden esperar. Una enfermera ira por ustedes cuando acabemos.

Espera a que Owen abrazara a Sophie, para poder acercarme y besar a mi niña.

—¿Te duele mucho?

Negó, haciendo un pucherito.

—¿Me perdonas por salir corriendo? Me asuste.

Mi niña acaricio mi mejilla con su mano buena.

—Yo también me asuste.

Cuchicheo inocentemente.

—Creo que es cosa de niñas. Tía Elena también se asustó, pero Kurt se aguantó.

¡Elena!

—Señora Jones ¿nos permite?

Le di otro beso a Sophie y repetí el movimiento con un adormitado Kurt.

—Te van a revisar. Voy a estar afuera ¿sale?

Te quiero.

Kurt movió su cabecita de arriba abajo con los ojos cerrados. Se veía tan frágil...

Nos sentamos en la sala de espera, que nada tenía que ver con la sala de espera de urgencias. Al

parecer si tenías dinero, podías pasar por la angustiosa espera, con máquina de capuchino y pantallas planas del tamaño de un cine.

Un pequeño quejido brotó de mi pecho al recordar a mis chiquitos llenos de agujas y maquinas. Otro escalofrío recorrió mi piel al imaginar su miedo, el susto en el momento del choque. Mis hijos eran todo ¿Cómo les pudo pasar algo así?

Ví que la puerta se entreabría y que Charly

se hacía notar. No me había acordado de ellos. Ya habían pasado un par de horas y ellos seguían trabajando.

Alex se levantó y me dejó en brazos de

Owen. Owen inmediatamente me arropo en su

pecho. Su calor me envolvió y un enorme velo

cubrió mi cuerpo, sentí una necesidad imperante de

cerrar los ojos y dormir. Perdí la batalla contra el

cansancio, mis ojos se cerraron por voluntad

propia, lo último que vi, fue la cara de Alex

contractándose por el ¿Miedo? ¿Enojo?

**Criptonita**

**Alex**

—Nos prometimos decirnos todo.

Nos recriminó. Le bastaron cinco minutos de sueño, para volver a recargar pila.

—No queríamos preocuparte. Es la única familia con la que tienes contacto. ¿Cómo te decíamos que se aprovechaba de los niños, de ti?

—¡Así! No soy esa clase de mujer que no se va a desmayar por la impresión. ¡Carajo! ¡Son mis hijos!

La prima era una usurera y nosotros íbamos a ser los regañados. Baje la guardia y me senté. La sala de espera se volvió diminuta de repente. Era ahora o nunca.

—Hicimos una rápida investigación, solo para saber sus antecedentes... Teníamos que saber con quién vivías.

Me justifique al ver su cara de enojo.

—Lo único que brincó fue su cuenta bancaria... Su considerable cuenta bancaria.

La incredulidad en su cara decía claramente que no tenía idea de lo que hablaba.

—Le hacen depósitos mensuales por quince mil dólares, de una cuenta procedente de Europa, más lo que le depositas tú, claro.

—Hace una semana se le acabó el dinero.

Para nosotros no fue una sorpresa que apareciera por aquí. Alguien la tiene que mantener, que mejor que Kaira. No haces preguntas, solo sufres para mantenerla y ya.

Termino por mi Owen.

—No puede ser... Todos estos años... ¿Ella tenía dinero?

Se sentó junto a mí y escondió la cara entre sus manos.

—Y mucho.

Le confirme. Kai no lo decía, pero para nosotros era obvio que había sufrido más de una

ocasión para poner el pan en la mesa. Y Elena solo

extendía la mano, nunca aportaba nada. Y para

colmo, ahora se había llevado entre las patas a los niños. ¡Maldita mujer!

—¿Por qué saco a los niños de la escuela?

No lo entiendo.

—Ni yo.

Y era verdad. Se suponía que quería a los

mellizos. Ese fue el motivo por el que permitimos que siguiera a su lado, cuando vimos que no era del

todo honesta con Kaira. Le dimos el beneficio de la

duda y nos había costado muy caro.

—¿Sabes qué pasó?

No quería hablar de eso, a menos que me permitiera asesinar a Elena. Y conociéndola, no me lo iba a permitir.

—Podemos hablar de eso más adelante. Lo importante ahora es que Sophie y Kurt estén bien. Owen mostrando más inteligencia que yo.

Se disculpó y salió de la sala de espera. ¡Cobarde!

—Quiero saber qué pasó con mis hijos en este momento, Alex.

La firmeza de la orden no permitía evasivas.

—Insisto que este no es el momento...

—Alexander.

Creo que nunca había usado mi nombre completo. Rogué para que no se mal interpretara nuestras intenciones y le dije la verdad.

—El personal de seguridad vio entrar al estacionamiento de la escuela un auto diferente a los regulares. Mientras revisaban la placa, Elena entro por Sophie y Kurt. El auto está a nombre de Elvin Pearson ¿Lo conoces?

—No. Nunca había escuchado el nombre.

—Pues el personal de seguridad tampoco.

Creyendo que era un padre de familia más, no vieron señales de alarma... La escuela de mierda

donde insistes en tener a los niños, no tiene sistema

de seguridad, cualquiera entra y sale, sus registros en general son un asco, ni siquiera pudieron hacer un listado en forma de los padres de familia. Ya me

lo había advertido Charly, esa escuela no es segura.

No tenía intenciones de reprocharle nada, solo quería marcar mi punto.

—¿Estás diciendo que es mi culpa?!

—No. Estoy diciendo que si los mellizos fueran a una escuela que tuviera mínima seguridad. Sophie y Kurt nunca hubieran salido de la mano de Elena.

—Elena es una de las personas autorizadas para recogerlos.

—¡Y mira lo qué pasó!

¡Joder! Se me fue de las manos la situación completamente. Se levantó como leona y temí por la seguridad del mobiliario.

Queriendo darle tiempo para que se tranquilizara, cerré la boca. Recargue la cabeza en el respaldo del sillón y la observe maldecir hasta el aire. Mientras la veía ir y venir con pasos finos y firmes, se me ocurrió que Kaira era una superwoman, no una mujer como nosotros

creíamos. Le fue fácil engañarnos, con sus besos y piel aterciopelada, camuflajeaba perfectamente la entereza, firmeza, determinación de sus actos, no importaba si el panorama era nuevo o difícil, ella lo

sorteaba con elegancia y nosotros no nos dimos cuenta. Y como superwoman, tenía su criptonita.

Sophie y Kurt eran su criptonita. Nunca la había visto perdida, sin palabras, sin fuerza.

Hice el intento de levantarme para pedir

perdón, pero Owen se me adelanto. Entro directo a abrazarla y a murmurarle estupideces, hasta que

Kaira perdió la expresión de asesina a sueldo y lo abrazo por la cintura. Por primera vez envidie el

carácter de Owen. Quise ser sus brazos y tenerla  
junto a mí.

—Ya tardaron.

Se quejó Kaira.

—No te apures, voy a investigar qué pasa y  
vengo con noticias.

Kaira lo soltó y se dejó caer en el sillón  
enfrente de mí.

**Gruñón**

**Kaira**

—¿Por qué tienes esa cara?

Le pregunté a Alex en cuanto Owen salió de

la sala.

—Nada... Supongo que... Me pregunto si...

¿Realmente me necesitas?

Se veía tan abatido con sus brazos

recargados en las rodillas y las manos

entrecruzadas.

—Owen te hace reír, te relajas con él. No te

estresa como yo. Pareciera que yo solo te hago

enojar.

—No seas ridículo Alex. Tú me haces pensar,

tú eres mi caballero de armadura brillante.

Alex bajo la mirada para esconderse. Mi

gruñón, no era tan gruñón como parecía.

—Para mí no es fácil confiar. Crecí con la familia modelo; querida y protegida. Y de repente, mi padre nos deja, en ese minuto también perdí a mi madre. Ella nunca se pudo recuperar de la pérdida.

Parece que las mujeres de mi familia, cuando nos enamoram, lo hacemos hasta la medula. Nos volvemos locas.

Le advertí.

—Poco después mi mamá estalló, yo hice que estallara.

Levantó la mirada y supe que iba a rezongar.

—¡No! Deja que te explique. Mi madre no me dejó sola, porque sí. Yo era una niña cuando me embarace. Tan niña como para quedar embarazada sin planearlo. Nunca pensé en las consecuencias, solo le di, por darle. ¿Me entiendes?

Bufó un poco, pero asintió.

—Estaba en una época en la que no me importaba nada. Finalmente vivía sola, sin la protección de la familia. Pasaba todos los fines de semana jugando póker o pool. No regrese a casa, hasta que supe que estaba embarazada. No puedes pedir, sino das. Yo no respondí, como una hija debe

responder. Mi madre tenía que usar mano dura y lo hizo.

El recordar lo frágil que me sentí cuando me negó su ayuda, todavía hacía que temblara.

—“Si eres lo suficientemente grande, como para coger. Eres lo suficientemente grande, como para mantener las consecuencias de la cogedera”.

Fue la primera vez que escuche a mi madre decir palabrotas.

—Su deber como madre, era ayudarte. No importa qué.

—No Alex. Su deber como madre era

educarme, darme educación. Y lo hizo. Todavía en ese momento de necesidad para mí, lo hizo. Si ella me hubiera cobijado bajo su ala, tal vez yo nunca hubiera aprendido a volar. Me costó trabajo, pero he sacado a mis hijos adelante. A lo mejor no con los lujos que ellos merecen o que mi madre nos habría dado. Pero si con mucho cariño. No solo se trata de poner un techo sobre sus cabezas o comprar ropa y comida. También se trata de que se sientan protegidos, amados, deseados. Y te puedo asegurar, que los mellizos saben que son bien queridos.

No supe en que momento empecé a llorar. Si algo les pasaba a mis chicos, yo... yo no lo iba a soportar. Alex me cubrió con sus brazos y pude volver a respirar. Él me daba protección, él era mi caballero de armadura brillante.

—No quiero que vuelvas a decir que no te necesito. Te necesito, como lo necesito a él. Ustedes son... míos.

Me apretó a su cuerpo dolorosamente, exquisitamente.

—Entonces cuenta con que siempre te voy a hacer enojar. Pero también cuenta con que los voy a

proteger. Aun cuando tú no quieras.

Mmm, eso no me gustaba ni tantito.

—Está en mi naturaleza ser posesivo y

gruñón. No lo puedo cambiar, así como tú tampoco

puedes cambiar ser tan necia e inteligente y bella y...

—No, no, no. Adulando no se llega a ninguna parte.

—¿Ya están peleando otra vez?

Se quejó Owen al entrar a la sala.

—Dejen de discutir. El doctor ya salió.

Alex me dejó ir y salimos en busca del

doctor. Ni Sophie, ni Kurt necesitaban otro

tratamiento, más que reposo por tres días, medicación para el dolor cuando lo necesitaran, y tiempo para que las fracturas y las magulladuras sanaran. Sin embargo, sugirió que lo mejor es que pasaran la noche en el hospital, solo como “observación”. Los tres asentimos al mismo tiempo.

Creo que los tres temíamos el reposo en casa, no porque no quisiéramos cuidarlos, sino porque nos daba miedo lastimarlos, sus heridas aunque no peligrosas, eran muy escandalosas. El chichón de Kurt se estaba tornando negro y el corte en el labio de Sophie se hinchaba cada vez más. Mis hijos que normalmente tenían mucha energía y no paraban de

hablar o hacer preguntas. Ahora estaban cansados, somnolientos y quejumbrosos por el dolor.

Cuando los niños lograron conciliar un sueño tranquilo, me dirigí a la habitación de Elena. Tenía que hablar con ella.

Al verme entrar se le contrajo la cara.

Estaba más magullada que los mellizos. Tenía hematomas e hinchazón por toda la cara, causada por la bolsa de aire y los cristales rotos del automóvil. Hubiera esperado que ella se llevara la peor parte del choque, pero no fue así. Por muy aparatoso que resulto, la peor parte se los llevaron los niños, ella solo tenía mallugaduras, ni un

esguince o fractura.

—¿A dónde llevabas a los niños?

No pude evitar la apatía de mi voz.

—Al parque.

Contestó a la defensiva.

Intente respirar profundo, de veras trate.

Pero simplemente no logré tranquilizarme.

—¿Los sacaste de la escuela para llevarlos al parque?! ¿En qué carajos estabas pensando?!

Tuvo la decencia de bajar la mirada.

Dejamos pasar unos segundos, ella tratando de encontrar valor o vergüenza. Yo tratando de

calmarme.

—Los extraño... ¡Todo esto es culpa tuya!

Me recriminó.

—Si no hubieras metido a esos hombres a nuestra vida, las cosas seguirían como siempre. Yo no hubiera tenido que sacar a los niños de la escuela y no hubiera acelerado para perder a los gorilas que siguen a los niños.

Ya no pude controlarme. Ella jamás iba a aceptar su error. Empecé a temblar por la impotencia, por el dolor... por las ganas de

asesinarla. Unos brazos me atraparon por atrás en el

momento justo que me abalanzaba sobre ella.

—Calma, calma... Dejala, no merece la pena.

Susurró Alex pegado a mi cabello. Solté el

aire, que no sabía que estaba reteniendo y deje caer

la cabeza hacia atrás. Al sentir el soporte de su cuerpo, el mío se relajó.

—Cuando salgas de aquí, ni mis hijos ni yo

vamos a estar en tu casa. No quiero que te acerques

a ellos, ni que les llames... ni nada. Tú ya no eres nada para ellos.

Sentencie. Por primera vez, vi que Elena

mostraba un poco de arrepentimiento, de conciencia.

—No tienes que salirte del departamento.

Anunció, mirando sus manos que no paraban de temblar.

—El departamento es tuyo.

Por un momento no supe de qué hablaba.

—Mi tía lo compro para que tuvieras un lugar donde vivir con los mellizos.

—¿Qué?

En blanco, mi cerebro no proceso.

—Dijo que no podías vivir en la calle con

dos bebés entre los brazos. Dije que era mío, para que trabajaras y no solo esperaras sentada a que las

soluciones llegaran del cielo.

Imposible. Mi madre se negó a darme su apoyo.

—Lo hice por tu bien.

No lo podía creer, simplemente... imposible.

Vinieron a mi mente todas las veces que me sentí incapaz de mantener a mis hijos sin su ayuda, sin el

techo que nos cubría.

No le recrimine nada. No tenía sentido

discutir el pasado. Aunque de ninguna manera iba a

permitir que destruyera mi presente.

—No te vuelvas a acercas a los niños.

Cuando salgas de aquí, avisame a que dirección te mando tus pertenencias, incluido los horrorosos muebles que pague y que tu escogiste.

—¡Claro! Ahora tienes un par de amantes que te pueden pagar los muebles que tú quieras.

Dijo escupiendo veneno. Y me deje morder.

—No unos ¡millones si yo quiero!

Al fin y al cabo, yo también era una víbora.

—Ya estas avisada, no te vuelvas a acercas a los niños. Si te acercas, los chicos de seguridad van a

tener permitido disparar a matar.

Salí de la habitación sin inmutarme por la expresión de dolor que se instaló en su cara al negarle a los niños. Ella ya pertenecía al pasado.

Camino a casa y con los niños sanos y salvos en los asientos delanteros. Intente pensar en lo que había dicho Elena. Finalmente tenía unos minutos para mí, mientras Sophie y Kurt les contaban su versión del accidente a unos muy atentos enanos.

Recargue

la

cabeza

en

el

respaldo

e

inconscientemente lo único que mi cabeza gritaba

era ¡Y la muy perra tenía la habitación grande! No  
logré concentrarme lo suficiente como para pensar

en mi madre. ¿Soy una terrible persona? Mi

conciencia decía sí, mi corazón decía tal vez, y mi  
cabeza solo pensaba en la habitación grande.

Estire mis piernas y me maraville del

espacio que tenía en la tercera fila de asientos. La  
camioneta parecía un pequeño avión, con asientos

de primera clase y botones por todos lados.

Benditos enanos y su dinero. A lo mejor Elena tenía

razón y me estaba aprovechando de Owen y Alex.

## **Dormilón**

## **Owen**

—Ya se durmieron.

Anunció Kaira al entrar a la habitación. Su voz, que hasta el momento había estado en un ritmo constante y reprimido, comienzo a quebrarse en las últimas palabras. Clavo los ojos en mí y con ellos parecía suplicarme auxilio para no romperse. El día

fue difícil; Kurt tenía dolor de cabeza constante, Sophie lagrimeaba cada vez que hablaba. Se movían

con trabajo y pesar. Intentamos de todo, pero no logramos que se olvidaran del dolor.

Cuando me senté a su lado, Kai ya estaba llorando. Mi corazón se contrajo al escuchar lo desconsolado y temeroso de su llanto. Se aferró a mi  
camisa y hundió la cara en mi pecho. Jamás en la vida me había sentido más necesitado, una sensación que nunca pensé importante y que justo en ese momento me resulto absolutamente vivificante. Acaricie su cabeza y retire el cabello de sus mejillas.

—Ya pasó Kai. Ya todo pasó. Ellos están

bien.

Se separó de mi pecho y me vio a los ojos.

Las enormes esmeraldas de sus ojos estaban rodeadas de un tormentoso rojo.

—¡Maldita sea! Te juro que nunca les va a volver a pasar nada... Te lo juro.

Un instinto animal nublo mi visión. Y me jure cumplir la promesa que le acababa de hacer, por lo que más quería. ¡Dios! Ellos eran lo que más quería.

La lleve nuevamente a mi pecho antes de que

viera

como

salían

las

lágrimas

de

reconocimiento de mis ojos. Los quería y los quería

como nunca me imaginé querer a nadie.

Ella lloro por el miedo a perder a sus hijos,  
yo porque los había encontrado.

Después de que dejó salir toda la angustia y  
con un último sorbo, se separó de mi pecho.

Intente

limpiar la evidencia de las lágrimas de mi cara,  
pero

algo quedo en ella, porque me veía con expresión  
interrogante. Afortunadamente se apiado de mí y  
no

preguntó nada.

—Te moje la camisa.

Se quejó entre hipidos. Rompí los botones y

me deshice de la tela mojada, intente limpiar su

preciosa cara con ella, pero se volvió a aferrar a  
mi

pecho.

Lo intente con todo, incluso repase las

carretillas que Sophie repetía para aprender a multiplicar, pero me fue imposible no sentir excitación al sentir su cuerpo suave y caliente junto a mi piel.

Era la primera vez que ella se mostraba tan vulnerable a mi lado y no lo iba a echar a perder con la enorme erección que con esfuerzos se contenía en mis pantalones. Volvió a temblar con un sollozo y a punto estuve de perder el dominio de mi instinto.

—Hable con el medi... ¿Qué pasa?

Alex entró a la habitación y como siempre, me salvo de mí mismo. Se subió a la cama del otro lado y me arrebató al amor de mi vida de los brazos.

—Le voy a preparar un té.

Salí casi corriendo de la habitación. ¡Idiota!

¿Un té? ¿Cómo diablos le iba a preparar un té?

Con pasos cortos y el corazón temblando de miedo, me acerque a la habitación de Sophie y Kurt.

Con sus ojitos cerrados y su boquita separada eran las cositas más delicadas que había visto y alguien los había lastimado.

No supe cómo pasó. Pero cuando reaccione,

me hallaba sentado en el suelo y recargado en la pared sollozando, observando a los niños. A mis hijos. ¡Mierda!

Me despertó un gemido, me levante del suelo y revise a los mellizos que seguían durmiendo

tranquilamente. Volvió a sonar un angustioso

gemido y me dirigí a la fuente. Kaira estaba

gimiendo y luchando contra las sabanas, tenía una

pesadilla. Alex dormía a su lado sin enterarse de nada, era normal que no despertara, dormía poco,

pero cuando lo hacía, se moría.

—Kai... Kai

Toque su pierna y todo su cuerpo se

contrajo. Se sentó con la sombra de la pesadilla  
acechando sus ojos

—¡Owen, los niños!

La pesadilla seguía vivida en su cabeza.

—Shhh, están bien. Están durmiendo.

Suspiró

y

finalmente

despertó

completamente.

—Fue horrible, Owen... Los niños.

La abrazó y me acosté a su lado.

—Están durmiendo, no te preocupes.

Cuéntame tu sueño...

Pensé que se había vuelto a dormir, hasta que sentí el susurró de su voz en mi pecho.

—Jugábamos en el parque. Sophie y Kurt eran más pequeños... raro. Sophie insistía en subir a

un árbol y Kurt corría alejándose de nosotras. Yo le

gritaba que se detuviera, que bajara del árbol... La jalaba y la jalaba y Sophie se partía en dos...

Corría

tras Kurt y el desaparecía... Los perdía...

Gimió nuevamente y se escondió en mi

pecho. No me gustaba su vulnerabilidad. Mi bruja era fuerte, no vulnerable.

—Ya...ya... Solo fue un mal sueño. Te prometo que nunca nada les va a volver a pasar.

—¿Por qué insistes en hacer promesas imposibles?

Se quejó. Si quiera ya no lloraba desconsolada.

—Porque las puedo cumplir.

La mecí entre mis brazos hasta que su corazón se normalizo. Un suspiro me aviso que se había dormido otra vez.

## ¿El Fin?

### Owen

Salí de la cama antes del amanecer, verifiqué que Sophie y Kurt siguieran dormidos y fui a la cocina a preparar un café.

—¿Qué haces?

Alex seguía medio dormido. Le pregunte con la mano si quería café y negó con un bostezo.

—¿Pasa algo?

—Quiero hablar contigo.

Nos sentamos en el pequeño comedor. Le puse azúcar a mi café y moví la cuchara despacio, buscando la manera de empezar.

—¿Qué te parece si lo dices de un solo jalón?

Alex me dio permiso para jalar la bandita, y así lo hice.

—Quiero casarme con Kaira, adoptar a los niños y lo quiero hacer solo.

Si te gusto EL JUEGO: Tú y Él

Por favor considera dejar una reseña, comentario o carita feliz.

Como siempre:

Gracias, muchas gracias por Leer.

**Agradecimiento**

**Especial**

Agatha, eres la mujer que vive todos mis pecaminosos pensamientos.

Gracias por dejarme compartirlos.

## **Agradecimientos**

A mis preciosas Mujeres Fénix & Amigas.

Gracias por todo el apoyo, cariño y amor.

Son las mejores.

A quien me ha leído, me lee y me leerá.

Es un placer entrar en su imaginación.

Emily, GRACIAS. Siempre estas para mí, espero que sepas, que el camino es de doble sentido.

Anita, GRACIAS. El cariño es reciproco.

Carolina, GRACIAS. Preciosa, el próximo sin falta.

Rita, GRACIAS. Por tu tiempo, las porras, eres grande.

Hannah, Ara, Fabi, Zuley.

GRACIAS, se les quiere.

**Azminda Cangar**

Si te gusto El Juego, te recomiendo los siguientes títulos.

Mis Hombres

∞∞∞∞∞

**Serie Mujeres Fénix**

# Atrapada

∞∞∞∞

## Trilogía El Juego

### El Juego: Yo

Espera mis próximas publicaciones:

### El Juego: Nosotros

Para nuevos lanzamientos, acceso a exclusivas ofertas y mucho más.

Visítame en:

[azmincangar@gmail.com](mailto:azmincangar@gmail.com)

[Facebook.com/Julia.Cangar](https://www.facebook.com/Julia.Cangar)

[facebook.com/azmindayagatha](https://www.facebook.com/azmindayagatha)

@AzminCan

About.me/Azminda.cangar

www.pinterest.com/azmindacangar

google.com/+AzminCangar25

[www.goodreads.com/author/show/7307761.Azmin](http://www.goodreads.com/author/show/7307761.Azmin)

Te Invitó

facebook.com/groups/710702289008485/

# Document Outline

- [Prefacio](#)
- [¡Bum! Kaira](#)
- [Al día siguiente Kaira](#)
- [Al día siguiente Alex](#)
- [Al día siguiente Owen](#)
- [Por la mala Kaira](#)
- [Te amo Alex](#)
- [Por la buena Owen](#)
- [Acoso Kaira](#)
- [Humildad Owen](#)
- [Acoso Alex](#)
- [Navidad Kaira](#)
- [Baby don't go Alex](#)
- [Un hombre Owen](#)
- [Chicken soup for the soul Alex](#)
- [Touch Owen](#)
- [Quiero Amar Kaira](#)
- [El regreso Alex](#)

- [El regreso Owen](#)
- [El regreso Kaira](#)
- [Maldita Mujer Alex](#)
- [Tú y él y yo. Nosotros Kaira](#)
- [Anti Niños Owen](#)
- [Cita con Alex Kaira](#)
- [Cita con Kaira Alex](#)
- [Regreso a la bañera Kaira](#)
- [Cita con Owen Kaira](#)
- [Mi arte Owen](#)
- [Benditas citas Kaira](#)
- [Cucharita Owen](#)
- [Nuevo día en la oficina Alex](#)
- [Estoy contigo Owen](#)
- [Que lo sepa el mundo Kaira](#)
- [Entera Kaira](#)
- [La primera, de muchas Kaira](#)
- [La plástica Alex](#)
- [Brujos Owen](#)
- [Primer intento Kaira](#)
- [Gatito Alex](#)
- [Seguridad Owen](#)
- [Art Attack Kaira](#)

- [Mis Amigas Kaira](#)
- [Los suyos Kaira](#)
- [Adiós Elena Kaira](#)
- [Miss Hertz Owen](#)
- [Cachondo Owen](#)
- [Tomando papeles Alex](#)
- [Alex, el bruto Kaira](#)
- [Sin ellos Owen](#)
- [Temblor Kaira](#)
- [Muñeca de porcelana Kaira](#)
- [El mundo se detuvo Kaira](#)
- [Criptonita Alex](#)
- [Gruñón Kaira](#)
- [Dormilón Owen](#)
- [¿El Fin? Owen](#)
- [Agradecimiento Especial](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Azminda Cangar](#)